

TRIPA VEINTIDÓS

CRÓNICAS MARGINALES

ALUMNA: Gisele Ferreyra
LEGAJO: 23131/0
DNI: 33.590.255
DOMICILIO: 79 entre 12 y 12 Bis. Número: F-15
PROVINCIA: Buenos Aires
CÓDIGO POSTAL: 1900
TELÉFONO PARTICULAR: (221) 155022458
CORREO ELECTRÓNICO: gisele.piru@gmail.com

TÍTULO: *Tripa Veintidós*. Crónicas marginales.
DIRECTORA DE TIF: Prof. Esp. Claudia Festa
ASESOR: Lic. José Ignacio Bossellini
FECHA DE PRESENTACIÓN: noviembre de 2017

DEDICO ESTE LIBRO A MI GENTE.
AL PUEBLO TRIPERO.

EL DUEÑO DEL CAPRICHOS MÁS GRANDE



*«La única diferencia entre un capricho y una pasión eterna
es que el capricho suele durar algo más»
(Oscar Wilde).*

-¡Felicitaciones, es una nena!

-Imposible. Me dijeron que era nene y ahí adentro está Lobo, fijate bien.

-No, efectivamente es nena.

Ruben se quedó sumido en la más profunda tristeza, cabizbajo y en silencio. Tristeza que sólo la compara con el descenso del 2011. Llegó a su casa sin decir una palabra, acongojado, vacío, apenado y abatido. Apagó el celular y se echó a dormir. Durmió a pesar de sufrir insomnio. Nadie lo molestó. La noticia lo mató psicológicamente y anímicamente, lo devastó. Él esperaba el varón y ya no habría Lobo Jordan, ya no habría padre e hijo. El Lobo se fue al descenso.

* * *

Ruben Jordan tiene 36 años y es hincha de Gimnasia desde antes de ser concebido. Es más tripero que humano. Es morocho, tiene pelo bien corto y entrecano; no usa barba como tampoco color rojo en su vestimenta -nunca-. Tiene un metro setenta de pasión tripera que se corporiza en su pecho erguido y su mentón levantado. "El Turco", como lo conocen algunos vecinos de su barrio en Ensenada, tiene ojos grandes y negros productores de una mirada profunda enmarcada por pestañas también oscuras y cejas tupidas.

Escapan del escote de sus remeras algunas letras de tinta grabadas en la piel, esas que saca a relucir cuando camina corajudo, prepotente y altivo. Esas letras son el amor y el capricho más grande que conoció. Esas letras se extienden a lo largo de sus clavículas. Ese tatuaje dice: Gimnasia. Gimnasia, el club de su vida, la institución que lo crió y la del escudo que tiene tatuado en su pierna.

Arrastra desde los primeros años de vida un pesar inmenso por la ausencia del padre quien dejó de visitarlo, se borró del mapa, se esfumó como el humo de una bengala. Por eso Ruben -consciente o inconscientemente- se siente inferior y decidió contrarrestar con la actitud más aguerrida, defensiva y ofensiva que podía generar. Siempre fue un chico más rebelde y difícil que su hermano, ese hermano con otro apellido pero del mismo útero. Ese hermano al que ama infinitamente, ese hermano socio de tablón, ese compañero.

Los curas de la escuela Don Bosco de Ensenada intentaron echarlo en tercero y cuarto grado por mala conducta; las maestras lo mandaron a varias consultas con psicólogos. No lo dejaron ir al viaje de egresados, pero fue igual.

-El papá de uno de los chicos me llevó y pude hacer todo lo mismo que mis compañeros, pero no dormía con ellos en el hotel -cuenta "El Jordan"- . Cuando me vio el cura se quería morir... odio a los curas.

Así terminó la primaria, entre suspensiones, faltas y amonestaciones. La secundaria no la terminó porque le gustaba más el fútbol.

Jugó en Fuerte Barragán (en Ensenada), en Gimnasia, en Racing, en Cambaceres, en Everton, en Tricolores. Estuvo por ir a jugar a Guatemala cuando se rompió los ligamentos de la rodilla. Hoy, la carrera futbolística continúa amateurmente: participa con Los Hornos FC de la Liga Amistad para el equipo de UPCN y lo hace con amigos.

—Era bueno, ¡eh! No llegué por pelotudo o, quizá, porque no tenía quien me acompañara.

Gimnasia vino a ser el depositario de su amor hacia ese padre poco presente, depositario de su amor desbordante y malgastado. El amor que Ruben fue acumulando para su padre y que no cabía más en su corazón golpeado y orgulloso, encontró destino. El Lobo fue su guía en el camino, el Lobo le enseñó de valores, ser tripero lo ayudó a ser quien es hoy.

—Pasé mis 36 años dedicado a Gimnasia, mucho tiempo. Es tiempo, es mi vida, porque la construí gracias al Club. Hoy puede decir que su (mala) conducta y sus caprichos se debieron a la falta de atención que requirió en su niñez y adolescencia. Hoy puede decir, con la frente en alto, que salió adelante como un campeón. Hoy agradece a

su abuelo y a su mamá por haberle transmitido genes azules y blancos. Hoy Gimnasia le dio tristezas, alegrías y compañía; le enseñó de amistad y le mostró valores incalculables; Gimnasia le enseñó a hacerse desde abajo, a renacer de las más profundas catacumbas. Hoy puede decir que Gimnasia es su refugio, un abrazo seguro, la música toda. Para Ruben, Gimnasia es su abuelo, es su madre, su hermano, sus hijas. Su familia. Su vida.

* * *

Su hijo Lobo ya no era tal. No era hijo, no era Lobo. Era hija, pero... ¿qué nombre llevará? Ruben, de nuevo víctima de ese sentimiento caprichoso que lo invadió toda su vida necesitó de muchas palabras de aliento para salir adelante.

–Me decían: “Ya está negro, acordate que cuando la veas te vas a enamorar como la primera vez”, y así me fueron levantando.

Además de la niña que esperaba con Claudia -su mujer desde hace 20 años- tienen dos hijas más: Milagros (17) y Valentina (12).

–A mí me da igual que sea nena o nene, lo más triste es que no podemos ponerle Lobo, ¿y si le ponemos Loba? –dijo la más grande.

–No, no queda bien –respondió un Ruben todavía dolido.

–¿Lobita?

–¡Ni loco! Le van a decir así por la calle y me muero.

–Entonces Gimnasia –dijo Milagros–, termina con A, es nombre de nena.

Ruben llamó automáticamente al Registro de Enseñada y consultó la viabilidad del nombre. Efectivamente el nombre era viable, no había prohibición alguna. La negociación fue con la madre de la nena quien no estaba muy de acuerdo con el nombre.

–Pero nosotros somos peronistas y en mi casa rige la democracia, votamos y ganó Gimnasia.

El 10 de julio nació un nuevo corazón azul y blanco, nació Gimnasia Renata Jordan. Primero fue socia de Gimnasia y después anotada en el Registro provincial. Las redes sociales explotaron de comentarios, los teléfonos sonaron sin parar, los medios de comunicación del país, pero también de Chile y Uruguay daban la noticia: “Fanatismo extremo”, “Dos locos fanáticos”, “¿Se volvieron locos?”.

“El turco Jordan” no tardó en contestar insultos y cargadas. Se encargó de localizar a todos y cada uno de los que “se hacían los vivos” y no daban la cara. Pero se cansó de hacerlo.

–La primera semana la pasé mal, hasta que entendí en la que me había metido, así que me relajé y listo –dijo.

Hoy Gimnasia cumple 8 meses y prefiere que sus hermanas le canten: “Hoy le cuento al amargo lo que es tener sentimiento”, a que su madre le interprete “Qué linda manito”. Gimnasia es socia al nacer y tiene un diploma de honor del club, la quieren bautizar en el Estadio Juan Carmelo Zerillo y ya planifican su entrada al Jardín de la Institución.

–Cuando le quieran decir Renata, ella va a decir: yo me llamo Gimnasia –sentenció Ruben.

* * *

– ¿Qué puede pasar para que no me operen? –pregunta Jordan a un amigo.

–Y... que te agarre tos, fiebre.

El 15 de junio de 2013 el Lobo terminaba su paseo por la segunda categoría del fútbol argentino, misma fecha que la Aseguradora de Riesgos del Trabajo (ART) había estipulado para que Ruben se operara la rodilla por haberse roto los ligamentos. Así fue que “el Turco” fiel a su estilo rebelde, caprichoso y apasionado se colocó tres vacunas antigripales. Algún síntoma debía contraer. No. Ni una línea de fiebre, ni una carraspera.

Entró al quirófano a las 9 de la mañana llorando como un nene al que no le dan lo que quiere. Insultó al camillero, a las enfermeras y al cirujano. Los acusó de “pincharratas” hasta que la anestesia hizo su efecto. Pero sus últimas palabras antes de perder toda sensibilidad fueron: “¿A qué hora me dan el alta, porque a las seis de la tarde juega Gimnasia?”

14 horas. El niño de 36 años sale de la anestesia. Por fin estaba operado, en la habitación y junto a Claudia, su mujer. Intenta incorporarse pero el dolor es muy fuerte y punzante todavía.

–Yo me voy a la cancha, tengo la entrada –le dijo desafiante a su esposa.

–Estás loco, no podés ni pisar.

–Te digo que me voy igual.

Claudia es, para Ruben, la mejor mamá que pudo haber elegido para sus hijas y la mejor compañera, la que le aguantó cada uno de sus berrinches de niño chiquito causados (todos) por Gimnasia. Para Ruben, Claudia es una fenómeno y la volvería a elegir veintidós veces, de ser necesario.

–Tenés que quedarte un poquito más, aunque sea para hasta completar el suero –insistía Claudia.

–Por favor, llamá al médico así me da el alta.

A menos de dos horas para el inicio el partido en el Estadio Provincial, el médico no atendía el teléfono, el que había quedado de guardia no podía firmarle el alta y las enfermeras menos. A Ruben le dolía más la paciencia que la rodilla.

–Escuchame una cosa: si en diez minutos no me dan el alta me voy pero antes de irme arranco todas las ventanas, todas las puertas, tiro las cortinas, le pego una patada al televisor y rompo todo a palazos con la muleta –le dijo a la Jefa de enfermeras.

Llamaron al médico. Le dieron el alta. Con una férula y un dolor inmenso en la rodilla disfrutó de los goles de Pereyra, Rasic y Miloc para lo que fue un triunfo 3 a 0 del Lobo.

Llegó a su casa con la rodilla hinchada y llena de sangre. Nunca más vio al médico. Nunca más dejó de renguear.

* * *

–En Argentina a Ronaldhino lo iba a manejar yo –dice sacando pecho– con mi amigo César.

Ruben acompañó a la lista de Gimnasia Grande encabezada por Mariano Cowen en las últimas elecciones del Club. Faltando diez días para los comicios se viralizó una información: Gimnasia Grande ya había acordado la llegada de Ronaldo de Assis Moreira a Gimnasia, más conocido por Ronaldinho.

Nadie tomó en serio la información, la mayoría desestimaba despectivamente la posibilidad de que el gaúcho jugara con la Azul y Blanca en el Bosque.

–*Dinho* te cobraba un 1,2 millones de dólares y tendríamos el doble de socios queriendo ver al negro en la cancha.

Las últimas comunicaciones de la negociación fueron vía Skype: de un lado el hermano de la estrella, Roberto

de Assis Moreira y, del otro, Mariano Cowen y Ruben Jordan. Todo estaba cerrado, los brasileros querían tener un porcentaje de las entradas, además de lo que embolsaban y programar partidos amistosos donde lo recaudado sea para ellos.

–A Ronaldhino le habíamos conseguido la mansión de los Muñoz en Villa Elisa, esa que tiene cine; habíamos conseguido a BMW y Santander Río –dijo Ruben–. Gimnasia no tenía que poner nada de guita.

Fue el candidato a Vicepresidente del Club, Antonio Gargiulo, quien dejó trascender la información y lo hizo en la radio deportiva más escuchada de la Ciudad.

–Era una bomba y teníamos que tener cuidado con la difusión, vos presentás un proyecto así y lo primero que dice la gente es: es mentira, y todos se creían que lo traía Guille Marín, pero él no quería saber nada.

Si el sábado 26 de noviembre de 2016 ganaba Cowen, Ronaldhino estaba el martes por la mañana en La Plata. Así habían quedado. Una semana antes iba a estar llegando el hermano de Dinho para ultimar detalles, pero ocurrió la tragedia del Chapecoense y el brasilerero decidió no viajar porque conocía gente de ese club.

–Nosotros tenemos una mala leche, estamos meados; ya le habíamos pedido el Sheep Robert a Marín para ir

a buscarlo, el Camaro ¿sabés qué? Los pinchas se iban a querer matar.

No vino Ronaldinho a Gimnasia. No ganó Cowen las elecciones y quizá un detonante fue, irónicamente, esta información. Nadie lo creyó.

–Estaba destruido y enojado después de las elecciones. Se lo relacionó a Cowen con Muñoz, con la vieja política gimnasta, nada más lejos –dijo –. Ojalá le vaya bien a Pellegrino.

* * *

Hoy representa jugadores de las inferiores de Gimnasia y Estudiantes; y trabaja en el Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires. Además está agremiado en UPCN y hace política social desde ahí para llegar a cumplir su sueño: ser Presidente de Gimnasia.

–Me interesa la política como a todos porque uno tiene familia y tiene que comer, pero mi objetivo es llegar a dirigir la Institución y se llega con poder –dijo –, lo estoy construyendo políticamente por afuera.

Es un fervoroso peronista y entiende que un tripero levanta las mismas banderas. Y en este sentido se mueve: promoviendo y buscando la justicia social con su aporte, así se necesite de *golpes de guapeza para conseguirla*.

Octavio "Poty" Soto, un tripero de 14 años, estaba gravemente afectado por la leucemia y se encontraba internado en la Clínica del Niño aguardando por plaquetas. Desde las conexiones que Ruben tenía por el gremio trató de ayudarlo, en principio, con la difusión del pedido de donantes de médula ósea.

—Lo conocí al nene, re tripero y me encariñé.

"Poty", además necesitaba unas ampollas que había que importar de Alemania y su entrada estaba prohibida todavía. IOMA no le daba la solución y ahí fue "el guerrero Jordan" a hacer justicia: buscó entrevistarse con el Director y tras presionarlo, logró que se traiga la medicación.

—El nene estaba internado —cuenta Ruben—, me llama un día y me dice: *hola amigo estoy medio dolorido y me tienen acá en un cuartito chiquito*.

Automáticamente fue a verlo. El cuarto tenía espacio sólo para la cama de una plaza, la que no tenía un colchón, sino dos colchonetas encimadas y un ventilador sin potencia. Los padres, con sillas desde la puerta,

acompañaban a Octavio. Se comunicó con el responsable de solucionarlo.

–Lo llamo, ¿qué tal? Te habla Ruben, soy el padrino de Octavio Soto un pibe que tenés en la clínica con leucemia, ¿a vos te parece tener al nene así?

–Debe haber un error –respondió.

–Escuchame una cosa, era para informarte nomas, ahora nosotros vamos a ir a buscar un colchón al Hospital de Niños, no sea cosa que algunos de los que están en la puerta nos pare porque se arma un tremendo quilombo –dijo firme el tripero –, te prendo fuego la clínica y te cago a trompadas a todo el personal.

–No puede ser, dame diez minutos que lo soluciono.

A “Poty” lo trasladaron de habitación, pero tenía las mismas características que la anterior.

–Lo pasaste a otra pieza pero es lo mismo y ¿los departamentitos esos que tenés en el Diagnóstico?

–Los estamos refaccionando.

–No me tomes el pelo, conozco a otro chico que está ahí –aseguró Ruben– lo que pasa es que el chico tiene OSPE y Octavio tiene IOMA.

Le cortó el teléfono no sin antes advertirle que iban a cruzarse en breve. Y así fue. A las diez de la noche del mismo día, se cruzan en la Clínica del Niño.

–Casi se hace pis, lo agarramos en un rincón con Lucas y mientras el amagaba, yo lo amenazaba, lo dejamos ir y a los cinco minutos mandó al nene a una habitación con aire acondicionado y Play Station. No era tan difícil.

Para Ruben, en la vida “hay que actuar así porque sino no funciona”.

Las cenizas a los pinchas

60 y 118. Corazón del Bosque. Cuna y cobijo de almas. Punto de encuentro de la pasión más exorbitante y el amor desmedido. Muchas generaciones pasaron por el templo sagrado. En este caso, el abuelo de Ruben talló su historia en la ochava de “la Centenario” y hoy, en ese mismo lugar descansan sus cenizas.

Es el lugar donde cada Tripero fue armando su historia. Fue creciendo y conociendo valores, sentimientos y códigos. Familia, amor y amistad pasaron por el Estadio. Risas, llantos, abrazos e insultos. Es donde el alma se personifica para tomar clases de vida que se llevarán a

la práctica una vez fuera de la burbuja. Es un semillero, el alma se nutre de conocimiento vital.

El 9 de mayo de 2015 falleció Mónica, la madre de Jordan.

–Ella siempre decía: el día que me muera, no me velen y las cenizas tírenlas en la cancha de Gimnasia, sino se van a acordar de mi para toda la vida.

Amenazante como su hijo, no les dejó más alternativa y tiraron sus cenizas en el centro del verde césped del estadio. Pero Mónica tenía un pedido más: “guárdense un poquito y tírenlo en 1 y 57, y otro poquito desparrámenlo en la cancha donde los *vecinos* sean locales”.

Como un mandato divino se cumplió al pie de la letra con el pedido.

–Vamos a ver si terminan la cancha y vamos a ver si vuelven a ganar algo –dijo orgulloso Ruben.

Eso mismo tienen que hacer sus tres hijas con él y sus nietos con sus hijas. Se trata de la tradición de la familia Jordan, un sentimiento de pertenencia a la *familia gimnasta* que les infla el pecho de orgullo. O, quizá, se trate de un capricho más de estos locos triperos.

Cada fin de semana visita a su madre al Bosque. Se acerca al terreno de juego por los jardines y se para en-

tre la platea techada y la tribuna, se aferra al alambrado y pierde la vista en el centro de la cancha.

Puede dar fe que atraviesa una línea imaginaria que permite el acceso a una burbuja contenedora de una energía diferente, buena y reconfortante energía. Ésta aumenta su densidad a medida que las almas triperas se conectan, su madre, su abuelo y tantos triperos están ahí. Una respiración profunda se produce en señal de saludo.

Para un Tripero, nada mejor que otro Tripero. 60 y 118, su lugar en el mundo. Su historia, su presente, su futuro y su capricho. Alguien dijo que la diferencia entre un capricho y una pasión eterna es que el capricho suele durar algo más. Y Gimnasia para Ruben es más que pasión, es más que amor, es capricho. Un hermoso e infinito capricho.

UN FANÁTICO RACIONAL



¿Puede un fanatismo ser racional? Si el fanatismo, por definición, es una actitud o actividad que se manifiesta con pasión exagerada, desmedida, irracional y tenaz en defensa de una idea, teoría, cultura, estilo de vida; ¿cómo puede algo irracional responder a la razón?

Verano del 82. La Favela. La Plata. Torneo relámpago. Treinta monoblocks amarillos con doce departamentos cada uno. Un cuadrillé lineal de ventanas oxidadas se abren a las ocho de la mañana y convidan de su intimi-

dad al vecino: cada una ofrece ropa interior, toallas y toallones que esperan secarse a sol; miradas de nenes expectantes ante la inminente jornada y mascotas que jadean por el agobiante calor.

Una polifonía de güiros, teclados y guitarras brota de los interiores y se funde armoniosamente en la música más latina de todas, la banda de sonido de las vidas de los vecinos: cumbia. Esa cumbia que sonará “al taco” hasta la finalización del torneo a las ocho de la noche, y más.

Pastos altos, malezas, autos abandonados, vidrios y piedras en el suelo forman parte de la escenografía y los campos de juego. Los equipos están armados, los cruces también. No hay tantos botines como pies. No importa. Se apostó plata y nadie sabe si al final del torneo habrá pago o pelea.

Arranca el torneo, la circulación de cerveza y sustancias comunitarias. Los códigos también florecen.

–¿Querés fumar? –dice uno de los pibes de la esquina del fogón.

–¡No! No le den al pibe, eh –grita otro de escalafón barrial superior– No fuma ni toma así que no lo jodan.

Darío Britos tiene 12 años, es defensor en su equipo, pero no consume más que fútbol. Tiene muchos amigos.

Dos de ellos lo serán para siempre y estarán a su lado cuando las canas aparezcan, luzcan brillantes y caigan. El resto de los chicos que corre tras la pelota de cuero gastado y lastimado se divide en dos: los unos, que no saben que sus vidas no se extenderán lo suficiente como para ser testigos de su envejecimiento y los otros, que no saben que estarán tras las rejas.

A uno de los chicos no lo dejan jugar el torneo, el padre lo cuida, no quiere que se lastime, ni consuma “cosas raras”.

—¡Jose! —llama el padre desde la ventana—, ¡entrá, a ver si te golpeás!

Enojado José Luis Calderón entra a su casa. Desconoce que el día de mañana será ídolo en el club que viste de rojo y blanco.

Hasta que cumpla 22 años, Darío, vivirá en La Favela y aprenderá de amistad, solidaridad, lucha y compañerismo. Hará cursos de resistencia, madurez, respeto y consolidará su amor por fútbol, su pasión por Gimnasia y Esgrima La Plata.

* * *

Darío tiene 47 años, poco pelo y algunas canas. Es entrenador de la categoría 2004 del Lobo, forma deportivamente y educa social y culturalmente a chicos de entre doce y trece años. Edad que tenía cuando competía en torneos relámpago. Tiene una sonrisa continua en su mirada y otra que dibuja su boca al hablar. Es dueño de una calidez humana que no queda en stock. Su voz transmite calma, sus ojos pequeños reposan en paz sobre lo que observa, sus movimientos acompañan un hablar sin apuro, pausado, respetuoso y atento. Es un repartidor de cariño.

Está casado y tiene tres hijas de entre 17 y 22 años, dos de las cuales pasaron por casi todas las disciplinas que Gimnasia ofrece: hockey, gimnasia recreativa, patín y vóley.

–Yo soñaba y decía: *mirá si mi hija es una Loba, iqué lindo sería!* –cuenta Darío–. Pero ella no quiso ir más a entrenar y está bien.

Vive cada día de su vida pendiente de Gimnasia y sus mujeres lo acompañan en la pasión. Le importa el fútbol, el vóley, el hockey y el básquet, los socios y las instalaciones. Le interesa Gimnasia. Gimnasia caminó siempre a su lado y él le jura que no la abandona.

–Gimnasia no es parte de la vida, es la vida misma.

* * *

Suena el teléfono.

–¿Hola?

–¿Britos, Darío? –dicen del otro lado.

–Sí, el mismo.

–Mirá, llamo porque el pibe que juega de volante por derecha se merece jugar en AFA y no lo están citando ni para Metro –ordena uno de los comerciantes más grandes de la ciudad.

Claro que el señor en cuestión pensaba desembolsar una suma importante de dinero para que ese chico saltara pasos en su carrera. Claro que no es el único señor que propone ese negocio. Claro que ese señor que dice ser de Gimnasia no lo es al privilegiar sus intereses personales por sobre el crecimiento del club. Claro que Darío no aceptó. Claro que Darío no acepta jamás estas propuestas indecentes. Y no lo hace porque es un profesional y porque ama a Gimnasia, porque Gimnasia no es su trabajo, Gimnasia es la vida misma y hay que cuidarla y fortalecerla.

–Nosotros tenemos que captar lo mejores chicos para el Lobo –dice– hay gente que se cree que porque los chicos tienen un apellido importante o a su familia le va muy bien con su negocio, uno tiene que citarlo y muchas veces ese chico no tiene las condiciones.

Y si no tiene las condiciones Darío trabajará más con ese jugador, pero no lo citará a la competencia de AFA, mucho menos por presiones y coimas.

–No corresponde tratar distinto a un pibe porque llama alguien que tiene mucha plata o poder, que al pibe de la villa que anda muy bien.

Pero también tiene que lidiar con padres exigentes, esos padres que pretenden que su hijo sea un “barrilete cósmico” de una práctica a la otra, que pretenden que gambetee como Ronaldinho, que meta goles a lo Marco van Basten, que sea una bestia ofensiva como Éric Cantona y que defienda como Rio Ferdinand.

–Yo no los voy a hacer gambetear, te lo juro que no –asegura Darío–. Hay troncos y sirven porque te saca todas del fondo; ahora, a gambetear no te puedo enseñar, es pura habilidad y con eso se nace.

Él trabaja con la categoría más grande de infantiles cuatro veces por semana y los sábados juegan partidos. El objetivo fundamental es que lleguen a novena

división de la mejor manera, tengan las condiciones que tengan, venga de donde venga el jugador, se trabaja con todos para perfeccionar su rendimiento a partir de cuestiones técnicas.

–Yo te puedo explicar por qué te conviene jugar al pase, dársela a un compañero o te puedo enseñar a hacer un control pero a gambetear: no.

Además se busca educar e inculcar valores como la honestidad, el respeto, el compañerismo y el sentido de pertenencia con el club, el amor a la camiseta.

–Son valores con los que nosotros formamos a los chicos, porque no todos llegan a primera división y los que no llegan queremos que sean buenas personas y que recuerden haber pasado por Gimnasia con alegría, que jamás puteen al club.

Son chicos de entre doce y trece años, chicos en plena etapa de formación y desarrollo. Algunos tienen pelos en las piernas, otros todavía no. Algunos tienen voz más grave y profunda, otros todavía hablan como niños. La nuez de Adán no la tienen todos, como tampoco la “remodelación” de huesos faciales. Algunos parecen hombres, otros parecen nenes. En los vestuarios se escuchan Los Redondos, pero hay mochilas de “Ben 10”. Están en desarrollo, están en formación futbolística, física y personal. El Bosquecito es una escuela, Darío

más que un “profe” es un maestro. El Bosquecito es un hogar y Darío un padre. Así trabaja: con honestidad, temple, respeto, compromiso y lucha diaria. Lo hace por dignidad y en nombre del club. Por y para el Lobo.

Pero no es cualquier maestro, no es cualquier padre. Darío es quien pone la cara frente al rival, frente a las familias de los chicos, frente a los “sobornos” desvergonzados; pero es quien educa en nombre de Gimnasia.

—No soy yo, es Gimnasia.

Por eso prepara a los chicos para el partido del fin de semana y para el alargue: sus propias vidas. Por eso sabe que no puede insultar a un árbitro, que no puede generar un clima de violencia y de odio para con el rival así sean los “vecinos”. Por eso el da el ejemplo a los chicos. No fuma, pero si lo hiciera, no fumaría delante de ellos. Educa con el ejemplo. Educa como un padre y un maestro. Educa en nombre de Gimnasia. Él es Gimnasia.

* * *

Cuatro mil ochocientos setenta y ocho. Ese es su número de socio tripero. Diecisiete los años que tenía cuando se asoció. Treinta los años que hace que paga ininterrumpidamente la cuota social. Es vitalicio del club.

Vivió y recuerda con dolor y orgullo el “cuadrangular de la muerte” de 1979. Ese cuadrangular que Gimnasia compartió con Platense, Chacarita y Atlanta. Fue el mismo año en que Carlos Dantón Seppaquercia convirtió el gol más rápido de la historia: a los 5 segundos de haber empezado el partido y pateando de mitad de cancha. De esa desquiciante competencia sólo uno se salvaba del descenso. No fue Gimnasia.

Pero Gimnasia curó ese dolor y resurgió en la campaña del '84.

—Pude estar en el ascenso: en la cancha de Racing y el 30 de diciembre acá en el Bosque, hermoso.

Estuvo en el metegol de madera de 1 y 57 el día del clásico número 100, en 1985. Gimnasia recién ascendido volvía a cruzarse con su rival después de siete años. El Loco Fierro volvía a pintarles la cara a los vecinos: se subió al alambrado, cruzó toda la cancha corriendo como un lindo demente, trepó al alambrado de la otra cabecera y recuperó un “trapo” tripero y lo regresó a la guarida. Ningún “hincha rojo y blanco” emitió sonido

alguno. Darío estaba en esa guarida, esperando y ovacionando la actitud del querido Amuchástegui.

Siempre siguió a Gimnasia: a todas las canchas, de visitante, de local, campeonatos, subcampeonatos, descensos. Siempre.

—Yo iba con la barra y fui a la B, he ido en tren a la cancha, a la Bombonera de noche y cuando pelamos el trapo gigante en la cara a los bosteros —dice con una sonrisa pícara—, fui a la cancha de Platense, con los tira piedras de Saavedra.

Ya en el nuevo milenio participó por algunos años de la Agrupación Azul y Blanca que, a su vez, colaboraba con el club en las áreas donde más voluntarios se necesitaban. Algunos compañeros suyos e integrantes de la Azul y Blanca fueron directivos más adelante como el Ingeniero Daniel Galli y el contador Juan Carlos Escanda.

Darío, particularmente, fue miembro del Departamento de Fútbol juvenil junto al Juan Carlos Mancinelli una eminencia en su labor y quien hace muchos años que tiene su oficina en la sede social de calle 4. Se encarga de la planificación, los fichajes de los juveniles, la ropa, va a los partidos y se encarga de la seguridad y las ambulancias.

—Yo iba y colaboraba, hacía el inventario de la ropa, los sábados me subía en los colectivos con los juveniles por

si se rompía el micro, hacía las viandas –cuenta Darío. Fue de gran ayuda para el Lobo pero también le sirvió a él para tener contacto con los planteles, con la rutina, comenzó a observar la función de los entrenadores y el manejo con el grupo. Su camino estaba marcado. Su destino estaba escrito y lo estaba descubriendo.

–Ahí mi carrera empezó a tomar forma... –se interrumpe el relato, Darío queda mudo.

Ya no estaba ahí, sino mirando la televisión. Su narración queda suspendida porque Neymar acaba de picarla en el Camp Nou para estampar un 2 a 0 del Barcelona sobre el Celta.

Darío está enfermo. El fútbol es el virus.

* * *

Cuando terminó la secundaria empezó el profesorado de Educación Física pero al año y medio lo dejó por el fútbol. En Bahía Blanca le pagaban unos pesos por hacer lo que le gustaba: jugar a la pelota. Se fue.

–Siempre compartir cancha y vestuario suma experiencia –dice– yo puedo mirar y decir: *qué lástima que no termine la carrera, tendría un laburo estable, pero si no hubiera tenido vestuario por ahí no podría estar dirigiendo.*

El vestuario le dio experiencia en la resolución de conflictos entre compañeros, le dio herramientas que edificaron valores, que dieron forma a aquellos que mamó en La Favela y que más tarde inculcaría en sus dirigidos.

Jugó al fútbol a nivel liga, en la Villa San Carlos cuando estaba en la D; en ligas del interior, en los viejos “regionales” que hoy son: Argentino B y Argentino A. Fue a jugar a Coronel Suárez. Acá en La Plata en la liga de Magdalena, en la liga de Chascomus. Siempre jugando al fútbol, siempre ligado a una pelota. Esa misma pelota de cuero maltratada y lastimada en La Favela, esa misma que hoy lleva debajo del brazo a los entrenamientos, esa misma que sigue con la mirada en la cancha, esa misma que picó Neymar, esa misma que pateó tantas veces. Esa misma pelota que nunca lo empachará.

* * *

Trabajar con Mancinelli lo ayudó a decidirse por hacer el curso de DT entre el 2003 y el 2004.

–En el momento que empecé a hacer el curso estaba terminando de jugar en la liga y el técnico de primera me ofrece dirigir la reserva en El Cruce –cuenta–. Así que mientras hacía el curso, dirigía y me servía como práctica.

A Darío, mágicamente, un compañero de liga lo acercó a Pedro Troglio, por entonces DT de Godoy Cruz de Mendoza en el Nacional B, para que le hiciera los informes. Como “El Tomba” jugaba con los rivales que dejaba Defensa y justicia, Darío siguió toda la campaña de “El Halcón”.

–Como por arte de magia, también, Pedro viene a Gimnasia y yo le sigo haciendo informes para primera división –dice–. Ese fue mi posgrado, yendo cada día a Estancia Chica.

Participó, observó e informó de todos los entrenamientos de las campañas 2005 y 2006. No daba indicaciones, se limitaba a darle la “carpetita” a Troglio. Esta etapa fue, sino la más importante, la que recuerda con más afecto y agradecimiento. Junto a Pedro conoció la más pura sencillez humana. Un Pedro que había hecho inferiores en River Plate, que había compartido habitación con el “Pájaro” Caniggia, que jugó en Japón y en Italia,

que jugó un mundial, que jugó la final del mundial, que marcó un gol en un mundial. Un Pedro que jamás uso todo su currículum para sacar ventajas personales, un Pedro que le pagó de su bolsillo y eso, Darío no lo olvida.

–Se lo puede cuestionar como técnico, si hasta a los más grandes se los critica, pero Pedro tiene una humildad enorme; sus primeras palabras hacia mi fueron: *vos opinana de lo que te parezca acá porque sos tan técnico como yo* –recuerda–. A mi Pedro me marcó para siempre.

El significado de “magia” es: conjunto de conocimientos y prácticas con los que se pretende conseguir cosas extraordinarias con ayuda de seres o fuerzas sobrenaturales. Y para Darío ese ser sobrenatural es Pedro y su humildad es su fuerza divina.

* * *

En las categorías infantiles tuvo dos períodos: de 2007 a 2010 y desde 2013 a la actualidad. Atravesó cambios de comisiones directivas, deudas, cheques falsos, cambios de coordinaciones, reclamos de refacciones en el Bosquecito.

En el medio de los dos períodos, “lo fueron” de Gimnasia en medio de un cambio de gestión, sin previa explicación. Darío continuó buscándose el mango como entrenador en Villa San Carlos y manejando un taxi que aún mantiene. Jamás se le cruzó por la cabeza hacerle un juicio al club. Hacerle un juicio a Gimnasia es como asesinar a la propia madre. Valores y más valores que sólo un tripero conoce, que sólo un gimnasta lleva a la práctica. Valores y códigos del pueblo unido.

Una pasión escondida

–Yo era un hincha fanático y enfermo, pero en el curso de técnico me hicieron más racional, como que me sacaron la pasión.

Gracias a su profesión entendió que ser futbolista es un oficio que requiere habilidad manual o esfuerzo físico, aprendió a respetar el trabajo del otro y por eso ya no putea a entrenadores ni a jugadores cuando va a la cancha. Quizá entienda que tal o cual no tiene nivel para estar en primera división, opina, debate, pero no putea. A esto él lo llama ser un “hincha racional”.

–Es muy fácil putear enseguida, a lo mejor es la primera y por ahí le rebota al jugador y lo putean –dice–. Es la

primera, esperará un poquito que por ahí hace un gol y te tapa la boca.

Este “hincha racional” recuerda haber festejado, revolcado en el piso, con una locura exacerbada por el odio –siempre racional, claro– hacia los de 1 y 57, el gol de pechito de Lionel Messi a los 109 minutos en la final del Mundial de Clubes y que puso 2 a 1 arriba al Barcelona.

–Messi no me debe nada –dice con firmeza y guapeza bien triperas–. Además, se le escapó a Verón y la metió de pecho, ide pecho! Que le vengan a decir “pecho frío”, ¿adónde frío? Hermoso ese pecho.

El mismo “hincha racional”, en el año 2006, agarró la carpa que usan para las vacaciones y se fue con su hija más grande a Estancia Chica, en el medio del campo, alejados de la ciudad. Ellos dos en la carpa, algunos dirigenes en la Casona. Todos aislados y desconectados de lo que se vivía en la ciudad. Boca Juniors perdía la final del Apertura 2006.

Al mismo ser racional si alguien le dice que no le interesa el fútbol, decide no hablarle más.

–No tenemos nada de qué hablar, nada en común.

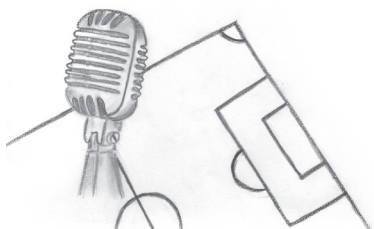
Darío, ese ser que se considera a sí mismo un fanático racional pero la pasión irracional lo condena a estar, di-

vina y mágicamente, perdido de amor hacia Gimnasia; ese padre del corazón de tantos chicos, tantas generaciones que pasaron y lo recordarán toda su vida por haber sido quien les marcó el camino de la honestidad, el respeto y la importancia de ser buenos tipos. Darío, ese amigo ejemplar, ese hombre agradecido a la vida, a los pequeños gestos, a la humildad de las personas; ese jugador de torneos relámpago en La Favela e informante en primera división en una de las campañas más gloriosas de Gimnasia. Darío, ese colaborador gimnasta que vive por y para el Lobo, ese Lobo que pudo haber sido campeón mil veces, pero él lo quiere como es ahora; ese Lobo que tuvo dirigentes que lo dejaron sin trabajo pero al que decidió volver sin el más mínimo reproche.

Darío, ese enfermo por el fútbol, quien dice que Gimnasia es una forma de ser y para quien el Lobo es la vida misma. Darío quien asegura ser una persona racional es, como todo tripero, un fanático desmedido y tenaz. Pero, sobre todo: irracional. Porque Gimnasia es locura, el tripero es demente y los locos de verdad, creyendo poder volar son felices.

—En el curso de DT me sacaron la pasión... Por ahí, capaz, la escondieron.

EL BOSQUE HABLA Y ELLA ES SU VOZ.



«Gimnasia nunca va a ser una tabla ni un promedio, sería muy mezquino.

A Gimnasia lo define fundamentalmente su gente, la más genuina y pasional.»

Néstor "El Ronco" Basile.

"Bienvenidos triperos y triperas, bienvenidos al estadio Juan Carmelo Zerillo, nuestro querido Estadio del Bosque", resuena una voz desconocida en la cancha.

Es un aullido con la calidad y claridad estética suficientes para lograr cautivar a las veinte mil personas pre-

sentes. “¿Qué?”, “¿quién es?”, “¿por qué?”. Los hinchas curiosean, desorientados, unos con otros. Buscan, intentan descubrir lo que sucede. No están acostumbrados, no entienden. Todas las miradas, cansadas de no encontrar respuestas se funden en la misma dirección: la Cabina N° 1. Allá, arriba de la Platea Techada. Nada.

Se trata de una sinfonía dueña y creadora de una pureza absoluta, un tono y un alcance elegantes, una modulación delicada y una coloratura pasional que detiene el tiempo en 60 y 118. Con la pureza y la articulación de palabras y fonemas, con la armonía que los sonidos alcanzan se genera una curva melódica que abraza a todo el pueblo gimnasta.

Esa voz. Ese aullido. Esa *voz del estadio* que, de ahora en adelante, será femenina. Esa voz del estadio que, por primera vez, pertenece a una mujer. Esa *voz del estadio* que hace historia. Esa historia que conoce y sabe hacer la mujer. Una mujer. Toda mujer.

Ivana Rodríguez es la *voz del estadio* de Gimnasia y Esgrima La Plata. Es la voz del Lobo y es tripera.

* * *

"...pues sin luchas no hay victorias, y nosotros las queremos, porque siempre padecemos hondo anhelo, ihondo anhelo de triunfar!"

Suena el añoso Himno del Lobo dejando trazos de historia gimnasta y rocío de identidad triperas suspendidas en el estadio. Explota el Bosque de aplausos y se baña de pertenencia y amor; se inyecta pasión, *embriagándose de entusiasmo* y así, *satisfecho de alegría* y *derrochando valentía* espera el inicio del partido.

Gimnasia recibe a Quilmes por la decimoquinta fecha del Torneo de la Independencia. En lo alto Ivana, *la voz*, está ansiosa. No tiene nervios, ni temor porque sabe lo que puede dar. Toda su vida se preparó para hacerlo sin tener la certeza de que este momento llegaría, efectivamente, algún día. Nunca dejó de soñarlo, pero se preparó días y noches, preparó su voz para ser "la del Bosque", preparó su corazón para hablarle a cada uno de los triperos como tripera, preparó su alma para estar ahí y canalizar sus emociones por los altavoces. Entrenó sus ovarios que están listos para salir a la cancha en esta competencia que comienza y espera no termine. Sí, ahí está ella: tripa, ovario y corazón.

Son las cinco de la tarde. El sol golpea los vidrios de las cabinas y calienta el pecho de Ivana en lo alto. El pecho que se infla de orgullo y emoción tras el himno, el pecho erguido que desprende una guapeza sin igual, con el

tórax dispuesto para pronunciar las próximas palabras. Ella está lista.

“Esta es la formación del Lobo: con el 31, Alexis Martín Arias; con el número 4, Facundo Oreja; con el 2, Sebastián Gorga; con el 28, Manuel Guanini; con el 25, Lucas “El Bochi” Licht -dice la voz y frena esperando el aplauso- en el medio, Fabián Rinaudo con el 21 y Lorenzo Faravelli con el 8; con el 27, Nicolás Ibáñez; Brahian Alemán viste la camiseta número 30 y Ramiro Carrera, la 32; con el 12 Nicolás Mazzola”.

Levanta la mirada. El Bosque está desierto. Se escucha, de repente, el sonido de la brisa que mueve los eucaliptos en un danzar fresco y auténtico. El ulular del viento se fusiona con su voz. Pero el estadio es vida, energía, fuerza, vigor y es eternidad. El Bosque nunca está vacío.

Ahora es Ivana la que no comprende, divisa en los tablores, a lo lejos, al “Loco” Fierro aferrado a un trapo para no caer del paravalancha, atrás del arco, en la tribuna Centenario. Ve, también, al Negro José Luis con su corte Stone, su remera negra, con el pecho erguido en su típica caminata de ochava a ochava, abajo, en el pasillo.

Como si se tratara de un sueño sin razón o un hechizo mágico, empiezan a brotar y encenderse imágenes, siluetas, triperos y triperas que habitan el Juan Carmelo

Zerillo. Lo cuidan y protegen. Esos triperos para los que el único cielo es entre los tablones del Bosque.

Más abajo, el Doctor René Favalaro habita, naturalmente, su “techada” y **palpita** ansioso el inicio del partido. Y frente a ella, el viejo sector H, la Platea “Néstor Basile”. Pero el Ronco no está ahí, fiel a su estilo y esencia está en la cabina, transmitiendo para su querida “Tribuna Gimnasta Radio”, sumergido en esa utopía divina que sólo Gimnasia es capaz de brindar.

Hay tres personas que miran fijamente a Ivana, a lo lejos. Su mamá, su compañero y su hijo. Ocupan, uno al lado del otro, tres butacas de la “Néstor Basile”. Ese “pack familiar” que costó tanto conseguir hoy tiene un lugar vacío: la cuarta butaca. Pero Ivana funde su energía y la proyecta hacia ellos, direcciona su voz hacia su familia, como su amor desparramado por esa escena inolvidable y ese sueño interminable.

–Los miro a ellos, les hablo a ellos y a todas las almas que habitan el estadio, ellos y yo –dice–. Ahora es Gimnasia y yo, es como uno a uno, es nuestro momento.

Su momento. Gimnasia y ella.

“Señor juez, usted dispone de las acciones”.

Fernando Espinoza pita. Arranca el partido

* * *

Primer tiempo. Mueve Gimnasia. El Bosque se puebla nuevamente de cuerpos que acompañan al resto de las almas presentes. *“Hola basurero, acá está de nuevo, te saluda la banda de Fierro”*, cantan bajo el rayo del sol del marzo que acuna el día de la mujer. Explotan de delirio efervescente y desatan esa abstinencia generada por el receso del campeonato.

Ivana, *ella*, apaga el micrófono hasta su próxima intervención y observa el partido como lo hizo siempre, pero esta vez desde más arriba. Ve todo el estadio.

“La voz” tiene 28 años. Es morocha: pelo largo, ondulado y oscuro. Sus rasgos son delicados: su boca con forma de corazón luce un labial color Merlot, *porque rojo no usa ni el calzón*. Su nariz tiene un estilo griego: mantiene su grosor equilibradamente hasta la punta, siguiendo una línea casi recta. Los ojos redondeados y de pupilas bien negras son los hacedores de una mirada cálida que “entrelíneas” revela que Ivana, no conoce de traición y jamás lastima intencionalmente. Ivana, como todo tripero, es buena leche.

Es noctámbula porque hace nueve años es locutora de las noches de la Red 92. Está graduada en el Instituto

Superior de Enseñanza Radiofónica y le falta la tesis para recibirse de Periodista. Da clases de oratoria y locución en la Universidad Nacional de La Plata. Graba publicidades y conduce eventos. Trabajó dos años en radio Gol del diario Hoy, donde aprendió a flotar luego de sumergirse en el corazón del machismo. Su guardavidas fue su actual compañero, el operador de la radio en ese entonces.

Tiene un hijo de seis años y un compañero de pasión y familia. Ese nene de media docena de abril, de decenas de partidos del Lobo, de tantas tardes de entrenamiento de básquet en el Polideportivo, ese nene nació hinchado de Gimnasia. Nació, como *ella*, con la más firme y sólida convicción de ser y pertenecer al pueblo tripero.

Al finalizar un “clásico fallido” por copa Sudamericana, allá por el 2014, Ivana invadida del sentimiento de enojo, resignación y contrariedad, blasfemó y maldijo al “karma”, a los vecinos, a los propios, a Pedro Troglio, a la vida, a Dios y a la Virgen. Y le dijo a su hijo: “Si vos querés hacerte de otro cuadro, hacete, no hay problema”.

–Me gusta contar esta flaqueza que tuve por la respuesta de mi nene, me dijo: “No mamá, a mí me gusta ser del Lobo” –dice emocionada–. Y contra eso, ¿qué vas a hacer? Contra lo que sentís, es como cuando estás enamorado de alguien que no te da bola y bueno, el amor es así.

Amar a Gimnasia tiene cosas malas y cosas buenas: el tripero putea y mientras putea piensa con quién toca el fin de semana próximo.

—Y decís: ¡la puta madre! ¿Por qué hago esto?

Una vez más, el amor es así.

* * *

17' del Primer Tiempo. Brahian Aleman encara el área de manera intempestiva como el guerrero Leónidas y sus 300 espartanos en las Termópilas. Lo derriban ante la mirada del juez Espinoza, quien marca el penal que Licht se encarga de ejecutar para convertir el primer gol contra Quilmes.

La voz mira hacia su derecha y se detiene en la ochava del "corralito". Ese corralito que nació para contener a mujeres y niños ante cualquier incidente que pudiese ocurrir. Ese corralito era el lugar más seguro para ellas y sus niños.

1999. Otra vez el Bosque en estado espiritual. Otra vez la brisa. Ivana está en el corralito con su mamá que gastó

el dinero que tenía guardado para ir al circo de Ensenada. *La pequeña voz* prefirió Gimnasia a piruetas, prefirió la fiesta al circo y decidió asistir a lo que sería un partido histórico entre el Lobo de La Plata y el "Lobo" jujeño. Como no había plata para comprar entradas y las del circo no eran canjeables en el Bosque, no les quedó más que ingresar al "templo" en el segundo tiempo cuando las puertas se abrían para que la gente pasara gratis.

Ivana tiene 10 años y tiene miedo. Está sostenida del alambre del corralito, sufre y disfruta del griterío ensordecedor de "La 22", de los miles de triperos que asistieron a lo que fue triunfo de siete sobre cinco a los tocayos. Cada gol es un grito de guerra y rudeza.

Su memoria regresa al cuerpo, a la cabina N° 1. La proyección astral se produce y mientras transcurre el partido piensa en Gimnasia. Al pensar en Gimnasia piensa en su infancia en El Dique de Ensenada, en su madre, en ese corralito que visitó minutos atrás, en su abuela enojada porque comía rápido para irse a ver al Lobo; piensa en todo lo que dejó por ir a la cancha, en la plata que gastó; piensa en todas las personas que conoció gracias al Lobo.

Ivana recuerda a las mujeres que solamente iban al corralito de la ochava de la Centenario, las mismas mujeres que año tras año fueron adquiriendo derechos, exigieron igualdad de género, lucharon por sus reivin-

dicaciones sociales y coparon las tribunas a la par de los hombres: sus pares. Y hoy... hoy una mujer es la *voz de un estadio* de fútbol. Es la voz que habla y dirige las ceremonias triperas.

–Ahora estoy en la voz del estadio –dice–. Estamos, porque NO SOY YO, ES UNA MUJER.

* * *

31' del Primer Tiempo. Fito Rinaudo remata desde más de 30 metros y la pelota se clava como un puñal en el arco del cervecero. Explota el Bosque con el segundo gol de la tarde.

Puñal... un puñal como que el Ivana le clavó a su madre al decirle que era peronista. Su mamá que militaba en la juventud radical, le festejó la mayoría de los cumpleaños a la *pequeña voz* en los comités de la UCR. Pero la niña rebelde e independiente tomó otro camino.

–Es coherente esa decisión con el sentimiento con Gimnasia, porque el Lobo es pueblo y se diferencia de la aristocracia, por así llamarlos.

Ella transita por el sendero que, entiende, le marca el Lobo. Siente que hay un *ellos* y un *nosotros* en la vida gimnasta en general. El tripero es pueblo, es el barrio y el labrador, ese que se contrapone a la elite, a las clases altas y oligarcas (como aquellos compañeros de la secundaria, becada, en el Sagrado Corazón de Jesús).

No existe posibilidad de dialogo entre amigos y enemigos, ellos y nosotros: distinta calaña. Ambos se creen con identidad original y la condición humana y tripera, sobre todo, se cimienta sobre esa base de relaciones antagonistas.

Así, Ivana no puede ser “tan amiga” del “ellos”, de la gente que viste de rojo y blanco, porque siente que no puede compartir lo más profundo de su existencia, no puede congeniar, no puede compartir nada porque sus convicciones son inquebrantables y su honestidad suprema. Si la persona tiene el corazón de león, ella no puede generar conexión. Nunca. Jamás.

–Hoy por hoy yo lo vínculo con la política: tener un pincha y un macrista es lo mismo en mi casa.

Puñal... puñal al corazón es el que hubiese sentido si su hijo era hincha del otro club de la ciudad.

–Que tu hijo te pida pintar la pieza de rojo y blanco, es el peor dolor que puede sentirse.

Pero el nene nació tripero como ella quien con los únicos hinchas triperos del secundario (tres), armó la Filial El Dique, allá por el 2005 cuando al Lobo lo desterraban del Bosque tras el partido con Newells. Como Presidenta de la filial se plegó a otras agrupaciones y emprendieron la lucha para el regreso al Bosque: juntaron plata con rifas, sorteos y festivales, pintaron las rejas del "Zerillo" del lado de afuera (porque el Presidente de aquel entonces no dejaba que los socios ingresaran), pintaron las miles y miles de banderitas que flamearon con el más hondo pesar y la más profunda alegría por pertenecer en aquel día fatídico de los siete goles en el estadio Provincial; marcharon e hicieron quilombo para volver a casa.

Se volvió al Bosque y ella mira desde arriba como en un panóptico que todo lo ve, pero no puede ser vista.

* * *

Entretiempo. Gimnasia le gana 2 a 0 a Quilmes. Y es el momento de *la Voz del Estadio* que recuerda el Día Internacional de la Mujer con orgullo, valentía y coraje frente a tantas personas en un contexto históricamente machista. Ella está segura.

–Me puse palabras claves, para que no me agarre el vaho ¿viste? –dice–. Porque el miedo de todo locutor siempre es quedarse sin voz o ahogarse en la típica laguna por olvidarte una palabra.

Ella continúa con su relato y los aplausos aceleran el curso del viento que llega hasta lo más alto de las cabinas. Está contenta. Hace mucho tiempo que sueña con este momento.

Suenan el bombo y las trompetas dando inicio al segundo tiempo. Suena el Himno, pero esta vez el de la República Argentina y proviene de la tribuna. Esa tribuna rebalsada de pueblo, chorreante de dignidad trabajadora, de familia delirante, honesta y leal; movimiento popular e inclusivo, de todos y de todas. Triperos y argentinos como el corazón de Favaloro que late cada partido en el Bosque.

Ivana sabe que debe ser correcta, no puede cantar, no puede putear, no puede festejar.

–Se me quita el hábito del puteo en la cancha, pero estoy viviendo a Gimnasia desde el aspecto que me faltaba vivirlo: lo viví yendo a la cancha de local y de visitante, lo viví viajando, gastando plata, no teniendo plata, entrando en el segundo tiempo de chica, lo viví con mi marido, con mi hijo, con mi vieja.

Le faltaba éste, el punto máximo.

32' del segundo tiempo. Lobos deleita con su juego y habilita a Matos en la puerta del área, que gira y de media vuelta y mete el zurdazo para marcar el tercer gol y así sellar lo que sería la utopía cumplida para Ivana. De esos imposibles posibles que sólo Gimnasia conoce.

* * *

–Hola, ¿Ivana Rodríguez?

–Sí, soy yo.

–Te llamamos del Club de Gimnasia y Esgrima La Plata porque vos hace unos días dejaste una carta en mesa de entradas y la tratamos en reunión de Comisión Directiva; nos gustaría tener una reunión con vos.

–No quiero sonar ansiosa, ni ser apurada, pero hoy tengo que llevar a mi nene a básquet y voy a estar en la sede.

–Yo también voy a estar.

Plenitud máxima en el entendimiento de esa locutora que cada vez que asumía una nueva Comisión Directiva en el Club presentaba una carta ofreciendo sus servicios. Estado de éxtasis para ella que percibió una entrañable desconexión con la realidad objetiva y se conectó con una realidad puramente espiritual.

La psicología dice que la persona que experimenta el éxtasis a menudo, desconecta sus sentidos hacia el exterior y los enfoca hacia el interior. Eso le sucedió a Ivana que no pudo salir de su interior, otra fase, otro nivel. Todos los sentidos se combinaron para dar como resultado un silencio atroz. Irónicamente, la voz revirtió la dirección y caló en lo más profundo de su ser.

La carta fue recepcionada por las dos gestiones anteriores y ella volvió a su casa con una copia sellada en cada oportunidad. Nunca la llamaron, ni siquiera para decirle: no. La tercera es la vencida, dicen. Pero para que ese vencimiento sea efectivo, Ivana modificó algunas líneas de la carta. Más bien, sumó algunas cuestiones.

–Que mi sueño era ser la voz del estadio pero que sabía que era algo difícil, que ofrecía mi voz para la conducción de los eventos del club y, lo más importante, que yo sabía que era muy difícil pero estaría orgullosa de que mi club levantara la bandera de la igualdad de género.

Y ahí va, Ivana, con su hijo a la Sede Social de calle 4. Ahí va con su hijo en una mano y su sueño bien protegido en la otra. Ahí va a paso rápido pero firme, ese andar que toda la vida esperó transitar. Las diagonales y avenidas platenses le abren paso, los tilos y naranjos se hincan ante su marcha; el tránsito, los autos y los peatones se detienen, la realidad se congela. Ella, su hijo y su sueño son los protagonistas del momento. Nadie más. Llega. Atraviesa el umbral.

—¿Ivana?

—Sí.

—Pasá.

—No te voy a mentir, se presentó en la reunión de comisión tu carta y hubo de los dos bandos —dice Norberto Gobbi, Gerente de Marketing— los que dijeron “¡qué bueno, es mujer!”, y los otros, que dijeron “che, pero es mujer”.

Por supuesto que *ella* tenía muy claro que eso podía suceder.

—De todas maneras, nos gustaría conocer tus intenciones —dice Gobbi.

Ivana le dijo que su sueño era ser *la voz del estadio del Bosque* y que no pretendía cobrar ni un peso por hacerlo.

También aclaró que no quería sacarle el trabajo a la otra "voz", a lo sumo proponía hacer un trabajo a dos voces o, simplemente, prestar sus servicios para eventos del club. De esta manera relegaba su sueño por un tiempo más.

Gobbi le comentó que la vieja voz del estadio ya no se escucharía en 60 y 118, que este era su momento y que la Comisión Directiva la quería en la cabina.

Alegría inmensa. Regocijo interior. Ivana está más viva que nunca, sus cuerdas vocales bailan al ritmo de su corazón.

—Me tomo el atrevimiento de poner una condición: antes de cada partido quiero que suene el Himno del Club.

* * *

Final del partido en el Bosque. El Lobo le acaba de ganar a Quilmes por 3 a 1.

La voz del Bosque acaba de cumplir su sueño. Es un logro que tiene varias aristas que convergen en un único triunfo, en la victoria más grande de todas. Como hincha, como profesional y como mujer.

–Por ahí la gente dice: “¿un sueño? ¡Pará tampoco estás en la CNN!” –dice–. Bueno, para mí el sueño es este, no la CNN. Para mí es un sueño cumplido.

Ivana está orgullosa porque en el club de sus amores, ese que pudo haber sido campeón veinte veces pero no salió y la hizo enojar, entristecer y resignar para después levantar el alma y el corazón para seguir, una y mil veces; ese que perdió muchos resultados, pero que ganó en calidad humana, esa que se refleja en cada tripero, en cada compañero de tablón, luchas y caravanas. Está orgullosa porque en su club hoy levanta la bandera de la igualdad de género, porque hoy las triperas hablan a través de ella, las mujeres proyectan su voz en el Bosque, voz que se amplifica y multiplica en el resto de la sociedad. Y es ella, una mujer antipatriarcal desde la cuna, la que lucha de la forma más noble contra la violencia y a favor de la igualdad de género.

El Lobo le da voz a la tripera, a las triperas, a la mujer, a las mujeres; porque al Lobo lo hace grande su gente.

¿Una religión?

La Voz del Bosque es mujer y cuestiona los mandamientos religiosos, principalmente las escrituras sagradas por tener pasajes machistas.

–La Biblia dice que la mujer no puede estar con pantalón, sino con pollera y que deben bajar la cabeza y callarse mientras el hombre habla –dice y asegura firmemente–, juro por Dios que dice eso.

Se define como católica, pero no cree en curas ni en monjas. A veces cree en Satán o les reza a figuras religiosas que no conoce como el Gauchito Gil, o a las que conoce, como Gilda.

–Tengo un quilombo con eso: mi abuela es evangelista, mi mamá siempre creyó en Dios, toda la vida fui a escuela católica, tengo todos los sacramentos menos la extremaunción y el matrimonio, pero soy tripera.

Es tripera, dice, y eso significa que no hay límites para esa pasión y cuando de Gimnasia se trata es capaz de prometerle a San Expedito la construcción de una capilla en la puerta de su casa. Prometió ir caminando a Luján, la virgen no cumplió y no fue. Prometió no ir al bingo por tres meses y dejar de fumar, el Lobo le ganó a Rafaela en el Bosque 3 a 0 y tuvo que dejar los vicios.

Lleva colgada una cadenita en su cuello con la imagen de Santa Teresita de los Andes Chilenos. Tiene una relación especial con esa virgen porque se la regalaron, no la buscó. Sostiene que es milagrosa.

–Siempre me cumplió lo que le pedí, pero todavía no pedí lo que estás pensando referido a Gimnasia, se lo voy a pedir cuando tenga que hacerlo.

Ivana es *la voz* de todos los triperos, es un cachito de identidad gimnasta. Es un pedazo de tablón, un grito sagrado, un palpar, un abrazo, una caricia. Es *la voz del Bosque*, es la música toda.

Como tripera ama y odia, está condenada a esta enfermedad que no busca sanar, muy por el contrario: busca congregarse con el resto de los fieles enfermos en una misa que celebra, cada vez, el pertenecer.

–Uno le habla al barba: “¡Loco, te pedí mil veces! ¡Una mándame, una!” –dice Ivana–. Le prometés, primero, todo el amor del mundo y que te vas a hacer monja si Gimnasia gana un clásico y, después, que te vas caminando a Luján. Y cuando no te lo cumplió: ite vas a la concha de tu hermana, Dios!

El hincha de Gimnasia ya nace con ese patrón de conducta. ¿Cuál? La de dar todo a cambio de pequeñas satisfacciones, la de vivir el aquí y ahora como el labrador o la laburadora que vive con lo justo para comer. El tripero es parte de ese pueblo que busca momentos de felicidad cotidianos: un triunfo el domingo, un abrazo de la familia o el llamado de un amigo. Ser tripero es una forma de manejarse en la vida. De Gimnasia no se hace,

se nace. Se nace con demencia, con delirios divinos, con fe excesiva, con lealtad, solidaridad y honestidad supremas. Para Ivana el Lobo es *como un pecado mortal que te condena poco a poco* a sentir orgullo por pertenecer.

Ahora, ella pidió y prometió. Pidió por su carrera, pidió cumplir su sueño y hoy está sentada a la derecha de Dios Padre: "El Ronco" Basile.

¿Y si esta vez el de arriba le levantó el pulgar a los triperos?

CIEGA RAZÓN DE VIVIR



“Gimnasia es una manera de vivir, una forma de entregarte a algo que te da placer, con un interés que excede al que tiene el común denominador de las personas por algo”.

Víctor Hugo Morales.

¿Fantasía y realidad? No hubo milagro. El Lobo descendió. **A esta historia le da igual.**

Es el anteúltimo día de junio del año 2011. La Presidenta hace una semana decidió (y oficializó) ir por la ree-

lección que ganará ampliamente. El país está envuelto en un proceso electoral que empieza a tomar forma. El mundo está conmovido con el tsunami y terremoto en Japón oriental, por las revueltas en el mundo árabe, por la muerte de Osama Bin Laden y Amy Winehouse. El cholulaje mundial observa con admiración berreta la boda del Príncipe Guillermo en el Reino Unido.

Todo eso al tripero le importa un carajo, está en su burbuja: el Bosque. Gimnasia hace poco más de dos años que está en terapia intensiva y el pueblo gimnasta dice presente cada horario de visita. El Lobo recibe a un San Martín de San Juan con ventaja de un gol en el partido de ida de esta promoción. Hay que ganar sí o sí.

Minuto dos del primer tiempo. Sí, dos minutos apenas y el goleador verdinegro -no tan santo-, Sebastián Penco, advierte que el "Mono" Monetti está adelantado y coloca, por encima, lo que sería un cachetazo condenatorio. Condena que se veía venir, condena que estuvo en stand by dos años desde la hazaña contra Rafaela. Sentencia que ni el gol del "Chino" Vizcarra en la segunda etapa pudo apelar.

Los corazones albiazules están abstraídos de la realidad e inmersos en esa sensación de profunda resignación con un tinte de orgullo absurdo. El Juan Carmelo está oscuro a pesar de no ser ni las cinco de la tarde; las tribunas están saturadas de color azul marino oscuro, es invierno

y los abrigos se amalgaman formando un único telón. De fondo, la banda sonora que invita a todos los triperos a levantar cabeza e inflar el pecho, resuena un canto de falsa victoria con un vozarrón que denota tristeza.

Y ahí están ya resurgiendo miles y miles de seres desde el más profundo dolor. Siempre están, apoyándose unos a otros. Alborotados convierten el dolor en un grito victorioso de pertenencia, ahogan la angustia, aferrándose al más fiel sentimiento: la pasión.

Héctor Baldassi consagra la sentencia dictada, pita y se termina la angustia. Gimnasia desciende a la B Nacional y los sanjuaninos suben a ocupar su lugar en la primera división del fútbol argentino. El Bosque explota de llanto alegre y dedica un cálido aplauso de felicitaciones a la visita. Grita y agita que “le gusta ser de Gimnasia”.

—¿Vamos al centro? —pregunta alguien por ahí.

Y sin dudarlo empiezan a bajar los tablonos. La tarde ya no es tan fría, ni tan oscura. Los abrigos son revoleados y las camisetas florecen cual primavera azulada. El Lobo descendió y los corazones triperos ascienden al más alto escalón pasional.

Por la Centenario baja Fabrizio. Su papá lo llevó por primera vez a la cancha en el 96, el día que el Melli puso primera en la mitad de la cancha, se pasó tres jugadores

de Banfield, enganchó al cuarto y se la picó al arquero. Golazo. Fabrizio tenía 2 años, hoy tiene 23. Guillermo estaba en su mejor momento, hoy en el peor: se retira viendo al Lobo descender después de 32 años. Principios y finales. Finales y principios.

Los hinchas Mens Sana son partícipes de esa (falsa) realidad, esa existencia ideal necesaria y generada. Esa realidad que solo existe en la mente de quien lo imagina. Festejan. ¿Festejan descender de categoría? ¿Festejan que el electro tripero no marca garabatos sino una línea recta terminal? ¡Claro que no, festejan pertenecer!

¿Fantasía o realidad? A esta historia le da igual.

A reír sin preocuparme hoy vine hasta acá

Son las cuatro de la tarde de un día bien platense: húmedo y caluroso. Fabrizio Berlingieri está en los jardines del estadio del Bosque. Tiene puesta la Hummel blanca 97/98 ¡cuánta gloria en una camiseta!: el viejo Timoteo -su boina y maestría-, los goles del colorado Sava, el "Coco" San Esteban a la Selección, el retiro del "Beto" Marcico, el paseo a los vecinos en el Bosque 3 a 0 con dos goles del Pampa y uno de Ylliana; vecinos que daban indicios de lo que sería -años más adelante- el gran abandono, yéndose del estadio tras el último gol.

Está, entonces, expectante y con una cerveza fría en la mano -pieza fundamental en esa escenografía tripera-. Observa lo que pasa a su alrededor, mira las piletas, las parrillas, la cancha, la gente que entra y sale, los pibes que pican la de básquet y tiran al aro, las familias que pasan por el museo. Mira la avenida Iraola, al costado. Respira Bosque. Es feliz.

Tiene pelo castaño y corto, salvo por un mechón que cae hacia atrás y es un poco más claro. Su barba, que al sol es colorada, enmarca la boca que sonrío y acompaña la música que el fuelle de sus ojos provoca. Ríe, vive, respira, camina y goza Gimnasia.

—A Gimnasia hay que disfrutarlo, no hay que hacerse mala sangre —dice—, si el fútbol pierde, lo vas a disfrutar desde el básquet, desde el vóley, pero lo tenés que vivir y disfrutar.

Cuando alguien decide hacerse un tatuaje se reinventa, renace, son sus genes electos e independientes. Fabrizio tiene uno que va desde el hombro hasta el codo derecho, todo el contorno. Los tatuajes son vida y él decidió dibujarse en su piel a un Lobo, un Bosque, el escudo y la armadura. Todo junto, todo mezclado, todo suelto, todo unido.

Comparte pasión y techo con su papá en Tolosa. Tiene una hermana que vive con su mamá y que le diseñó el

otro tatuaje que luce en el brazo izquierdo: "CJS", formadas por los títulos de las canciones de Callejeros que más lo representan: "Ilusión", "La llave", "Imposible", "Morir", "Creo", "Suerte", "Presión".

Estudia derecho y trabaja en una compañía de seguros a la que siempre va vestido de azul y blanco. Tiene muchos amigos, algunos que usan el rojo y blanco.

–Me respetan como tripero que soy y saben que no se pueden poner a entablar una discusión porque siempre los voy a terminar cansando, a la larga o a la corta. Fiel a su enfermedad y locura, rechaza el color rojo, pero también el naranja por ser de la misma gama cromática.

–Un color representa mucho –explica–. Ellos están acostumbrados a ver negro y gris, rosa, mostaza o naranja en el Ciudad de La Plata, pero nosotros estamos acostumbrados a ver la vida en azul y blanco.

Gimnasia se disfruta **no se llora porque en las lágrimas no hay salida.**

Siempre relojeando al cielo, desde el suelo y no arriba

Para Fabrizio ser tripero es una manera de existir y de entender la vida, desde valores hasta la forma de vestir

y consumir pero, sobre todo, él lo conecta directamente con la alegría, el placer, la fiesta y el optimismo.

El Lobo está en la B y tendrá casi dos años de paseo purgador por esa categoría. Pero el tripero tiene la facilidad de armarse contra la adversidad y ante eso, ningún tropiezo lo agarrará desprevenido. Desde el suelo el corazón Mens Sana se pone de pie y no resucita porque jamás muere, renace. Brota como una nueva célula de esperanza, **el límite es el cielo**. Ese cielo que impulsa la lucha cotidiana del laburante, del estudiante, del padre, de la madre, de los hijos y amigos; ese cielo que va mutando para mantener viva la chispa interior de alcanzarlo. Ese cielo que es banquete para la manada. Son pequeños momentos de plenitud que un tripero solo puede explicar. Entre ellos está Fabrizio **luchando por lo imposible, porque lo posible se agotó**.

Gimnasia descendió y hay que salir a la calle a poner el pecho. Desde chico, Marcelo, su papá le enseñó a soportar y resistir con valentía y alegría los reveses de la vida. Ese esfuerzo, ese aprendizaje le sería muy útil para demostrarle a los problemas que el que manda es el tripero.

Su papá, quien colgó el cartel "Peligro de derrumbe" en el metegol de madera de 1 y 57, quien siguió a Gimnasia a todos lados, disfrutó de su locura tripera y la fue desperdigando por todas las canchas. Ese ser

trastornado es también resultado de una crianza al límite de una demencia enajenante. Carlos, abuelo de Fabrizio, fue quien inyectó vehemencia a la familia, fue quien inculcó esta pasión exorbitante y desmedida; como tantos otros locos, fue quien -allá por el año 68- dejó de lado sus necesidades para destinar su salario a la compra del predio de Abasto que hoy es patrimonio y orgullo gimnasta.

-Mi abuelo está acá -dice Fabrizio señalando el verde césped del Bosque-, falleció hace trece años y cumplimos con su pedido: esparcir las cenizas atrás del arco y en el centro de la cancha.

Las cenizas que nutren el glorioso suelo y revitalizan de energía divina al templo y a cada tripero que en él se encuentra. El alma allá arriba, en la tercera bandeja de la H, junto a Oscar Montesino quien dio la vida por lo que tanto amaba: el estadio del Bosque. Estas almas fueron impulsoras de luchas por la cesión de las tierras de 60 y 118, junto al tan querido Néstor "Ronco" Basile, en el 90, y hacedoras del Día Mundial del Hincha de Gimnasia.

Lo peor que se le puede hacer a un gimnasta es sacarlo de su casa, el Lobo sale de su guarida sólo para cazar y luego regresar a su madriguera. Ya lo decía Montesino: "Me sacás del Bosque y me sacás medio pulmón". Y Fabrizio quiere morir en el Juan Carmelo y alentar desde ese, su cielo. Pero ahora está en el suelo, no arriba.

En ese suelo nutrido por tanta vitalidad tripera, con sus venas azules y el corazón bien cargado de emociones y guapeza heredada.

No cualquiera suma sin restar

Y el Lobo descendió, che. Ya no hay anécdotas de caravanas de fiesta, aguante y carnaval. No. ahora los más pibes lo viven. Es momento de salir a poner el pecho.

–Tengo ganas de hacer un mural –dice Fabrizioo.

–Nosotros estamos pintando por todos los barrios, venite –le dijo Martín.

Así funcionó, funciona y fue (es) un éxito, porque cuando la gente de Gimnasia se organiza, se junta, provoca terremotos sísmicos pero sociales y culturales, también. No hay límite para la pasión y ahí están, colonizando barrios. Haciendo murales quienes tienen mejor muñeca, pintando postes los que tienen más entusiasmo que técnica.

Un grupo de entre veinte y treinta personas visten joggins “arremangados”- hechos bermudas- o jeans rotos, Topper blancas descosidas y escritas; y, por supuesto, la Azul y Blanca. Llegan -con baldes de pinturas

y pinceles que consiguieron a pulmón- al Barrio Aeropuerto, Monasterio, Ringuelet, Tolosa, el Mondongo, el Churrasco y todos los barrios de la ciudad de La Plata. Descargan una parrilla y tiran unos choris para compartir con los vecinos que quieran ayudar. Se canta, se baila, se toma, se fuma y se milita Gimnasia. El objetivo era (es) claro: que cada barrio tenga su identidad gimnasta y descendidos, más aun. ¿Por qué? Porque las calles hablan, las calles de los barrios de la ciudad siempre fueron tripas y Gimnasia en las malas necesita (y sabe) estar presente.

Fabrizio entiende que el Lobo es su gente y destaca el valor y entereza del hincha de Gimnasia, el ser distinto a todos los demás. Así en el peor momento de Gimnasia, la manada resurge desde las más profundas tristezas y penurias. Prevalece el amor, la pasión y la fiereza. Firme a sus convicciones y **siempre fiel a esta razón**. Y suma, porque capitaliza el dolor y lo convierte en revancha. No cualquiera suma sin restar.

Sin saber si creer si esta elección de vida valdría mi fe

Como un hombre enseñado y acostumbrado a las adversidades no es fácilmente sorprendido, Fabrizio se fue a todos lados a ver al Lobo en la B: a San Juan, a la Capi-

tal, a Mendoza, a Mar del Plata, a Madryn, a Corrientes. Siempre prepotente y altivo, siempre guapo.

Estadio Tomás Adolfo Ducó. Año 2012. Gimnasia visita al Globo en una noche fría de agosto. Ambos en posiciones de descenso a la B Metropolitana. El árbitro Ceballos les da dos penales a Huracán que efectiviza Milano. El Lobo pierde 2 a 0. Lluve. Hace frío. Se corta la luz y se suspende el partido por 25 minutos. Se desata el descontrol y la alegría.

—Con la gente nos mirábamos como diciendo: ¿qué carajo estamos haciendo acá? Y estamos acá, no me preguntes por qué ni qué se me pasó por la cabeza. No me preguntes por qué, yo vengo igual.

Gimnasia perdió y volvió a La Plata de fiesta.

“No me preguntes por qué”, repite Fabrizio sin cesar. No hay razón en la locura, claro. Es irracional, pero como hay cierto placer en la locura que solo un loco conoce, este loco de mil caravanas escribió, hace seis años, en su perfil de Facebook: *“Me voy a la cancha porque ni la violencia, ni la lluvia, ni la fiebre, ni nada detiene esta pasión... ¡Ah! Me faltó agregar que ayer me atropelló un auto”*.

Tenía poco más de 16 años cuando iba en bicicleta por 25 y 33 y un auto lo levantó y revoleó contra el asfalto. Hecho pelota se levantó y se fue a ver al Lobo igual.

¿Hospital? ¿Médicos? La única medicina estaba en el Bosque, él lo supo y fue por su dosis.

Seremos negros, seremos basureros, pero en la plata mandamos los triperos

No le gusta hablar de él. Se siente solo un eslabón, un pedacito de Gimnasia que es grande, es su gente, es pueblo y carnaval. Es sólo una parte de este espléndido y solidario tren (sólo de ida) que le dio un lugar. Tren del que jamás quiere bajar, tren generador del estruendo casi divino que quiebra todos los sentidos con un "Dale Lo".

Cuando habla del hinch de Gimnasia sus ojos brillan y su joven voz tiembla. Sus manos y su frente sudan. Está hablando del sentimiento más profundo que puede habitar en una persona. Ser de Gimnasia es ser buena madera.

—El triperero está sumamente relacionado con eso: en los momentos más duros, cuando tuvo que estar, estuvo; y en los buenos momentos, como decíamos, también.

Pero, ¿qué son las malas y qué son las buenas? Para Fabrizio, junto al Lobo todas son buenas. Es la predisposición del fiel, como alguien dijo por ahí "los locos de verdad, creyendo poder volar, son felices". Pase lo que pase, así se encuentre en la más honda profundidad, el

compromiso y el amor es más fuerte. Esa es la esencia misma del hincha Mens Sana: resistir, bancar y estar.

Y ahí caes en la cuenta de que lo que cuenta es lo que se siente en la calle, en la gente y no en los inventos de estos incoherentes de esos medios caretas rojiblancos y el periodismo berreta que pretende ver al Lobo derrotado y a un club en ruinas. Lo que todavía no entendieron es que cuanto más adverso sea el panorama, más vital el pueblo gimnasta.

Para Fabrizio Gimnasia es la droga de su corazón, droga que pone en funcionamiento su órgano vital, es lo que necesita para vivir.

—La alegría por la que mi mundo gira —dice—, es la droga de mi corazón y el corazón es el motor de mi existencia.

Gimnasia es su motor, el motor de tantos triperos que no se apaga nunca porque los corazones que pasaron a la tercer bandeja siguen latiendo: su abuelo, Montesino, Basile y tantos viejos, viejas, piberío que no saben de abandonos.

A la gente sólo la ayuda la gente

Cuando empezó la murga tripera, en 2013, Fabrizio participó porque entiende que es la esencia de la institu-

ción, el germen que estuvo dormido y que se revaloriza y despierta ahora. El origen, su raíz, porque la murga representa lo popular. Y Gimnasia es pueblo.

El corso es tan popular que la palabra no figura en la Real Academia Española como tal. Pero simbólicamente tiene un significado en el barrio y en las calles: el corso es fiesta y se alude a él por su carácter alegre, jocoso o festivo. ¿Y las murgas? El término "murga" se relaciona en su origen con *musga*, forma semipopular de *música*.

—Los chicos le ponen el pecho y el corazón a la murga y es para destacar porque eso es Gimnasia, la gente, la fiesta, la murga y lo popular.

Sólo Gimnasia es capaz de alborotar los barrios con los corsos, solo Gimnasia sabe de murgas, música, brillo, baile y disfraces. Los vecinos no lo entenderán jamás, ellos son la elite a la que el pueblo viene a estorbar. Ese pueblo con las facultades mentales alteradas pero con toda la pasión y las luchas cargadas en su espalda, firmes y orgullosas de remarla a diario.

—Eso a los vecinos, en el fondo, les duele... no nos calienta, para un tripero nada mejor que otro tripero.

El tripero es el obrero que tiene su origen en los frigoríficos Swift y Armour de Berisso. Un 25% de los jugadores Mens Sana trabajaban en la tripería. De ahí el mote,

por supuesto, pero de ahí también el valor del trabajo, el coraje cotidiano para afrontar las dificultades que enfrenta el tripa para **hacerse cargo del pan, de su esposa, de sus hijos, el alquiler y algo más.** La valentía de hacer frente a lo que venga.

Ese es el Tripa, como Fabrizio y tantos cientos de miles. Ese es el Tripa el que sabe de batallas culturales, el que sabe de comunidad y compañerismo, el que sabe de remarla en la peor adversidad. El Tripa es quien desafía todo orden impuesto, es quien silbó en manada la marcha peronista cuando estaba proscrita, mientras de la tribuna de enfrente resonaba “Estudiantes y la Marina lo más grande de la Argentina”... Marina protagonista de la época más oscura de nuestro país. El tripa es pueblo, es murga, es fiesta, es rocanrol, es identidad. El tripa es Patria.

Fabrizio prefiere hablar de todo esto y no de él, como decía el enorme Oscar Montesino: “No me gusta porque a mí me gusta hablar de Gimnasia más que de lo mío”. Fabrizio, Oscar y tantos triperos no son parte de este movimiento de inadaptados sociales, de desequilibrados mentales y enfermos de pasión, ellos SON ese movimiento. Ellos viven, ven y respiran azul y blanco. Hablan de ellos, de Gimnasia.

EN LAS SOMBRAS DEL BOSQUE



*“El pueblo aprendió que estaba solo
y que debía pelear por sí mismo
y que de su propia entraña sacarían los medios,
el silencio, la astucia y la fuerza”,
Rodolfo Walsh.*

Ayer

I.

–Si andás bien en la escuela te llevo a conocer el mejor club del mundo –dijo Rómoli, el director del Instituto de Menores de San Andrés de Giles.

Antonio ni por asomo lo dudó. Tenía poco más de diez años pero ya sabía cocinar, lavar la ropa, secarla y doblarla; aprendió a arar la tierra, a trabajar la huerta, a ordeñar vacas y esquilarse ovejas.

Para el *chango*, hacer los deberes y tener buenas notas era algo menor y hasta divertido. Un hermoso desafío que lo llevaría a asombrarse con el Santos de Pelé y su deslumbrante "Ballet Blanco"; o, a lo mejor, viajaría a España a conocer a Di Stefano y su Real Madrid de las cinco copas. La promesa podía efectivizarse más cerca, acá en Argentina, y terminara conociendo a Menotti, Sanfilippo o al "Tanque" Rojas.

De cualquier manera, para ese niño adulto que fue arrojado al mundo sin más que su cuerpo y algunos recuerdos; para ese hombrecito que se hizo solo, para Antonio que fue tallando y esculpiendo valores, su propia manera de ver la vida y de interpretarla; para el *chango* no existía la posibilidad de rendirse.

La década del sesenta daba sus primeros pasos, ¿sabía Antonio que ese era el principio de una nueva historia? ¿Sabía que de grande sería como un padre para muchos chicos como él? ¿Sabía ese *changuito* que el estadio del Bosque sería su cobijo? ¿Se imaginaba parte del cimiento que le daría solidez y mantendría de pie a toda una institución? ¿Estaba al tanto que más adelante sería un engranaje fundamental de la máquina de pasión más grande del mundo?

No. No lo sabía. Era chico y no predecía el futuro. Lo que sí sabía era que sin luchas no hay victorias y él las quería, él las necesitaba como a los abrazos adeudados de sus padres que jamás se pondrían al día. Él pudo y puede solito.

Terminó la primaria a los quince años con la segunda nota más alta. Fue escolta de la bandera, le regalaron un libro y una linda ceremonia de egreso con banda celeste y blanca en el pecho y *todo*.

–Te lo tomaste en serio, negro –dijo el director entre lágrimas de emoción.

–Como todo en esta vida, señor, ahora le toca a usted cumplir su parte.

Así llegó Antonio Mercado a Gimnasia y Esgrima La Plata, el mejor club del mundo.

II.

Es riojano de categoría 51. Sus primeros años de vida fueron entre valles, quebradas y recolección de frutos levantando la bandera de los indios diaguitas y haciendo honor a su legado y tradición ancestral.

Como en La Rioja no existe un curso de agua que permita una adecuada vegetación, la población intensifica el trabajo de la tierra para que la economía de la provincia prospere. Así es que los pibes aprenden el oficio de agricultor antes que patear una pelota, se crían en las quintas y agradecen cada año a la Pachamama que, bondadosamente, ofrece una fructífera cosecha.

Antonio hizo doble escolaridad en una institución primaria franciscana de su provincia, donde le enseñaron a cuidar animales y producir sus propias huertas. Fue monaguillo del cura Isaías pero, como no era santo de su devoción, cuando le tocaba pasar el cofre para las limosnas, tomaba prestados -piadosamente- algunos *morlacos*. Era feliz, o eso cree. ¿A los nueve años se puede conocer la felicidad? ¿Se conoce alguna vez? ¿Qué es la felicidad?

III.

Era un día como tantos otros donde el sol radiante del mediodía agrietaba el suelo árido de La Rioja, cuando sus padres lo llevaron de visita a la casa de su tío. Una visita que no tenía calidad de tal. Una visita que quedaba lejos: provincia de Buenos Aires. Lo dejaron en San Martín, con el hermano de su papá y con sus conocimientos

en agricultura. Su *cachito* de felicidad quedó a más de mil kilómetros de distancia, en la escuela, sus amigos y su infancia. ¿Los padres? No, ya no estaban. Volvieron al norte. Antonio ahora es el peón de su propio tío.

Los días y noches del Buenos Aires húmedo pasaban y el *changuito* de 9 años trabajaba a sol y a sombra para su patrón que, de paga, lo alojaba en un lugar que no quería estar, le daba la cantidad de comida que sirviera para mantener la fuerza laboral y no lo mandaba a la escuela para que no malgastara energías.

Ocaso. La tarde caía y el cálido ocre otoñal iba despidiéndose de la luz hasta el próximo día. Los chicos del barrio volvían de la escuela y los esperaba, en el mejor de los casos, una chocolatada con “galletitas del almacén”; en el peor, mate cocido, pan y miel.

—¿Cuándo voy a ir a la escuela? —dijo Antonio que miraba atento, como cada día, el andar de los vecinos con un poco de celos.

—¡No vas a ir una mierda a la escuela! ¿Eso querés saber? ¡Nunca, porque me queda poco acá! —respondió el tío totalmente desencajado. Se ve que no había tenido un buen día el *pobre hombre*.

—¿Cómo que te queda poco?

–Sí, me voy al carajo de esta ciudad.

El ocaso llegó para el *chango*, también. Pero él no tenía una merienda que lo esperara, más bien los gansos, gallinas y cerdos esperaban la suya. El tío tenía un plan, él no podía quedarse atrás. La esperanza de que sus padres lo aparezcan y lo lleven de nuevo al norte se transformaba en una resignación. ¿Qué iba a hacer?

–Yo me voy –le dijo a su vecina de algunos años más grande que él.

–Sos muy bueno Antonio, no te merecés esto.

Y escapó nomás, sin nada más (y nada menos) que sus esperanzas, su coraje y un paquetito con comida preparada por la familia de al lado. No supo más de su tío.

IV.

San Martín. Once de la noche. Antonio. Nueve años. Solo. De Buenos Aires conocía la casa de su tío, nada más. La noche estaba oscura y vacía. Se escuchaban algunas chicharras de juerga que contradecían el frío que empezaba a calar los huesos del *chango* que no llevaba campera. Caminaba. Por la vereda, por la calle. Subía, bajaba. Pateaba hojas amarronadas, crocantes y frági-

les. Las pisaba. Hacía ruido para acompañar el silbar de los insectos. Miraba adelante, atrás. No había nada despierto en el oscuro San Martín. ¿Todavía era San Martín? ¿Cuánto tiempo pasó?

De repente el silencio de las calles rezumbó en sus oídos acostumbrados al vacío nocturno. Se acostumbró y el silencio ya no era tal. Había ruido, un barullo imposible de describir porque no entendía qué sonaba, de dónde venía, quién lo hacía. Por momentos escuchaba perros a lo lejos y, por otros, gatos maullando cerca. Nada alrededor. Sentía respiraciones y presencias delante, pasos detrás. No había nadie, estaba solo. ¿Estaba loco? No. Tenía miedo.

Cuando era chico (más chico), un indio diaguita le enseñó: *“Cuando tengas miedo y no conozcas a nadie andá adonde haya mucha luz o mucha gente”*. Nunca antes sintió miedo, por lo que jamás creyó necesitar el consejo de aquel hombre sabio, aquel pedacito de infancia riojana que asaltó sus recuerdos en el momento indicado en ese Buenos Aires hostil.

Como una señal divina, una luz blanca asomaba en la lejanía del túnel callejero y hacia ella fue. Un hospital. Gente. Por fin. Se quedó, durmió en el piso frío del hall. Todavía era San Martín.

V.

Antonio rotó de instituto en instituto, de ciudad en ciudad, de gente en gente. Gente que se compadecía del *pobre muchacho*, gente que no. San Andrés de Giles fue la última parada de esa gira por un mundo sordo, ciego y mudo, donde vio que todo es mentira y que nada es amor. Ese mundo frío, ese mundo adverso, esa realidad tan vacía de sentimientos.

No era La Rioja, no. Sí era su nuevo hogar, así lo sintió y sentirá siempre: el instituto *de Giles* fue su casa y Rómoli, el director, su padre.

Hoy

VI.

–Rómoli me prometió el mejor club del mundo –dice el *chango* de más de sesenta años–. El tipo me mintió, me trajo acá.

Se ríe bajo la enredadera que decora el sector de piletas de los jardines del Juan Carmelo Zerillo. Bromea porque Gimnasia le dio la vida. El Lobo le inyectó el veneno más punzante y profundo de todos, ese vene-

no benigno que altera las facultades mentales de cualquier persona. Hoy Antonio es uno de los Mens Sana más enfermos de todos.

Se ríe. Tiene cuatro hijas y una esposa que viven en Ringuelet. Las ve de vez en cuando porque trabaja de lunes a sábados de seis de la mañana a dos de la tarde como mantenimiento en el Estadio del Bosque y los días de partido atiende el conmutador de Intendencia e intenta sacarle las dudas a los socios despistados, olvidadizos, locos, enérgicos y ansiosos. Pero, además, cuida un comité radical. ¿Por qué? “Me quedo ahí porque en el 87 y en el 2001 estuvo brava la cosa, nos rompieron todo el local y no quiero que pase otra vez”. ¿Qué horario cumple? Todo el restante al que ocupa con Gimnasia. Vive en el comité, come, se baña y duerme ahí. Le conviene: volver a Ringuelet todos los días para volver a salir, no tiene sentido y lo primordial es Gimnasia.

VII.

Son las 14 del primer viernes de abril de 2017. Antonio ya “salió” de trabajar, pero sigue en el trabajo. Si salió fue para comprarse un sánduche de jamón y queso y una Fanta en el kiosco. Almuerza bajo la sombra del follaje más maravilloso y mágico de todos.

Pantalón azul, remera blanca. Piel oscura, cabello claro -invasado por canas que todavía no atacaron sus renegridas y tupidas cejas desconfiadas-. Su cara es grande, redonda, abultada y esponjosa como un cálido colchón de goma espuma. Es corpulento como un ogro de fantasía pero no impone miedo, más bien ternura. Porque sonrío. Sonrío con sus gestos. Sonrío con sus ojos, su boca y sus palabras.

-Rómoli parecía mi padre -cuenta-, y de grande le dije a mi viejo: "pude suplirte con otra persona, un tipo que se portó muy bien, que me enseñó a caminar la calle y a crecer, eso que tuviste que haber hecho y en su lugar me tiraste en lo de tu hermano".

Bautizó, entonces, a Rómoli como su padre. ¿Por qué? Porque lo cuidó, lo aconsejó, le dio abrigo, techo, contención y formación. Porque lo ayudó a enfrentar los embates de la vida. Porque llenó el vacío enorme que arrastraba el *chango*. Porque no lo hizo trabajar sino hasta terminar la escuela. Porque le marcó como tenía que pararse frente a una mujer la primera vez y le advirtió, lamentablemente para Antonio, que tomando cerveza se desinhibiría. Lamentablemente porque el chango bebió y se durmió. En fin, esa es otra historia que pudo revertir en la segunda oportunidad.

Habla del Instituto de Giles y se le llenan los ojos de lágrimas. Ahí, dice, se reencontró con la felicidad.

Pero ya no era la misma que creyó conocer en su provincia natal, es una nueva y renovada felicidad. Una felicidad con alas y sin ataduras, una felicidad libre que -aun hoy- disfruta más, una felicidad de la que aprende a diario y la cuida. Mientras vivió en Giles, no necesitó más.

Observa las ramas que sobresalen desprolijamente de la enredadera que cubre las mesas de los Jardines del Bosque y recuerda con brillo en su mirada y en su hablar, momentos... retazos de plenitud.

-Yo propuse hacer una quinta en *Menores* porque era lo que sabía, pero también aprendí a hacer las tapas de canelones.

Los domingos almorzaban pastas y, una vez al mes, canelones. Un canelón cada uno de los veinticinco pibes que vivían ahí. El director notó que los chicos se quedaban con hambre, pero la cocinera no daba abasto con la producción: "*Si alguien me ayuda, yo le enseño y podrán comer dos cada uno y, a lo mejor tres*"; dijo.

-El director preguntó quién se animaba y yo esperé a los más grandes, como nadie decía nada dije: "*Yo*" - cuenta, orgulloso, el chango que ahora, ofuscado, corta con las manos algunas ramas-. Esto debería estar más prolijo, mañana lo corto.

Así que ya no sólo dedicaba su tiempo en cuidar gallinas, trabajar la huerta, ir a la escuela y juntar puntos para llegar al mejor club del mundo, sino que era cocinero y, además, lavaba la ropa junto a otros tres compañeros.

–Cuando me fui de San Andrés de Giles fue como irme de la casa de mi abuela, pero tenía que irme.

Estaba preparado.

–Rómoli nos dijo: *tienen que salir de este pozo y meterse en la jungla, porque detrás de esa pared está toda la gente y ustedes la tienen que salir a pechar.*

Y eso hizo. Quiso dedicarse a la mecánica, fue a Verónica, para estudiar la de aviación, pero los curas lo rebotaron. No le sirvió apelar a su pasado como católico, apostólico y romano. Las clases estaban iniciadas y no permitían nuevas admisiones. Rómoli lo llevó a La Plata. En la ciudad de las diagonales compartió sus días en la Escuela de Artes y Oficios José Manuel Estrada, en Los Hornos, con el “ángel rubio”, el asesino serial.

–Me llamaba la atención como iban a verlo a Robledo Puch, –cuenta– icarajo, a mí nadie me iba a visitar! Yo no conocí la visita.

Pero Rómoli cumplió su promesa, había sido arquero juvenil en Gimnasia y Esgrima La Plata. Antes de dejar al

chango en el colegio platense, lo llevó al Bosque. Conoció esa tarde al Lobo del 70 conocido como "La Barredora de José". Estuvo con Gatti, Rezza, Pignani, Onnis y hasta el mismo José "Puchero" Varacka.

–Yo hice nido, me apichoné y me quedé acá –dice Antonio perdiendo la vista en lo alto de la tribuna Centenario.

Otra vez estaba solo. Esta vez en La Plata. Observaba como el personaje más nefasto de la escuela recibía visitas y hasta tenía fanáticas. No terminó la secundaria, empezó a trabajar descargando tomates en un depósito de verduras.

–Conseguí unos mangos y con eso venía a la cancha, buscaba al director a ver si lo podía encontrar. Él ya no estaba conmigo.

Partido tras partido se acercaba al Bosque y buscaba. No encontró más que pasión tripera que se caló en sus venas, en lo más profundo de su ser. No vio más a Rómoli. No se fue más de Gimnasia.

VIII.

No hubo un partido que no contara con la presencia del *chango* en la tribuna. Cuando los tomates ya no rendían, buscaba otro trabajo. Trabajó en el Ministerio de Salud

como personal de limpieza y en el peaje de la autopista Dellepiane, en Capital Federal. Las ganas locas de ver a Gimnasia impulsaban sus días, su vida toda. Se trataba de algo necesario, esa dosis de energía para estar de pie. Antonio sabía que ese era su lugar.

Un compañero del peaje le consiguió un nuevo trabajo. Iba a ganar menos, pero era en el querido Bosque. En su nueva casa. Así empezó a vender hamburguesas y gaseosas en el puesto de comidas del sector visitante. Trabajó cerca de un año y se ganó el cariño de todos los empleados del club. Claro, Antonio llegó rebalsado de valores, explotado de humildad y compañerismo.

El *chango* es de La Rioja, pero nació tripero sin saberlo.

El destino fue dibujando su camino. De acá para allá, de compañías y de abandonos, de familia no tan familia, de maestros padres y de compañeros amigos. De soledades. Él nació allá, lejos, pero el Lobo es propietario de una fuerza sobrenatural, coercitiva y magnética. Atrae a toda persona solidaria, de corazón generoso y honesto, la que a pesar de las adversidades no se rinde, que conoce la importancia de la familia y los amigos, que valora el trabajo y la lucha desde abajo. Una vez más, Gimnasia cobija, recibe y atrae al pueblo, al *buena leche*.

Y así fue que se encontraron Antonio y Gimnasia. El tipo humilde y luchador, con la institución más popular de todas. Ambos dueños de pasiones extraordinarias, pa-

sión por la vida y por el otro, pasión innata. Pasión unificadora. La misma, la única. Estaban hechos el uno para el otro. Hoy Gimnasia es su familia, su casa. Y el *chango* es un tripa más, miembro de la manada más grande y loca de todas.

Pero no se quedó vendiendo comida en los partidos. Pasó a trabajar de utilero con las divisiones inferiores del Lobo. Es increíble como la vida da vueltas, casi siempre sobre el mismo eje, y en cada vuelta se pone curita a la herida antigua. Antonio estuvo 14 años siendo el padre de muchos chicos que soñaban con llegar a la primera división, muchos chicos que -como él años antes- estaban lejos de sus familias y de su lugar.

El *chango* replicó la enseñanza que recibió del director del Instituto de San Andrés de Giles, fue el padre de muchos, el amigo de otros y el compinche de todos.

–Estuve en el Bosquecito, ¡qué lindo! –se emociona–, con Rinaudo, Aued, Martinena, el colorado Imola y tantos que ya me mareo con los nombres.

Todos esos pibes inflaron de amor el corazón de Antonio, amor que funcionaba como combustible del motor que lo levantaba a diario para lavar ropa de un día para el otro, para dirimir conflictos, para comprar pan -de su bolsillo- si no había para acompañar la raviolada, para reír hasta con las tripas por las macanas de los chicos,

para abrazar cada fin de año a los que se iban, para apoyar a los que quedaban en el camino.

Todos esos pibes. Tantos pibes. Todos lo recuerdan. Los que siguieron, los que quedaron, los que se fueron. Los que hoy son abogados o periodistas, los que están gordos y con hijos, los que la rompieron afuera, en otro club u otro país. Todos. Siempre un “*ichango!*” resuena en sus oídos. Ya no hay vacío en él. Ya no hay silencio. Hay alboroto, alegría y familia.

–Me acuerdo un día que estaba cortando el pasto en la casa de 2 y 39, los chicos llegaron después de entrenar y me ofrecieron ayuda –cuenta entre risas y camina alrededor de las canchas de tenis–. Les dije que llevaran una bolsa a la sede, a Mancinelli.

Y eso hicieron, después de almorzar todos junto agarraron la bolsa de consorcio llena y pesada y la llevaron. Eran entre ocho y nueve chicos. Se iban turnando. Juan Carlos Mancinelli, emblema del fútbol juvenil de la institución, abrió la bolsa y tenía basura. Solo basura.

–*La venganza será terrible*, me dijeron y lo hicieron: me llevaron engañado al primer piso, a vestuarios y me tiraron en la pileta con agua fría –interrumpe el relato, se ríe y llora. Muy pícaros estuvieron.

IX.

Aprendió a hacerse solo. Jamás esperó nada de nadie. Limpió infinidad de veces la pensión de los chicos, ayudó en la cocina, viajó en pretemporadas y cuidó el semillero.

–Es que esto es como si fuese mi casa, yo estuve en un lugar donde nosotros nos hacíamos las cosas, estoy acostumbrado. Y lo hago con placer.

A las inferiores nadie les lavó la ropa como él: 120 mudas a diario. En cuestión de horas y con una sola máquina, la ropa estaba limpia y doblada para volver a ensuciar.

–Eso lo hacen River, Boca, San Lorenzo, Independiente, los clubes con billetera gorda, pero yo dije “Gimnasia también lo puede hacer”. Y si me ponían otra máquina más, hacía un despelote.

Históricamente, Gimnasia tuvo un semillero largo y prometedor del cual abastecerse económica y futbolísticamente. Un semillero con un trabajo diario de los coordinadores, donde se articulan la cuestión meramente deportiva con el compañerismo en busca de un trabajo en equipo y una preparación lo más acabada posible de cara a la etapa profesional de cada pibe. Un semillero que vio crecer y emigrar a primera división a los Chiro-las, a los Mussis, a los Rinaudos, a los “toritos” Naón y tantos emblemas más.

–Lo que yo aprendí del club es una cuenta sencilla: si nosotros sacamos y vendemos dos jugadores, pagás el sueldo de todos –dice–. Entonces yo no miro el esfuerzo diario, si veo o no veo a mis hijas, si gasto más plata en taxi de lo que gano, porque yo sé que cuando finalice el año van a vender dos. Y va a haber guita para todos.

Y sí, es sencillo. Es una cadena de favores. Gimnasia es trabajo mancomunado, es un pueblo unido capaz de vencer en cualquier batalla. Y Antonio es un eslabón fundamental en esa cadena. Es quien trabaja hoy en la sombra del Bosque. Es quien da hasta lo que no tiene por el Lobo. Quien descubrió su ADN gimnasta día a día.

X.

Hoy extraña trabajar con los pibes. Está hace un año como personal de mantenimiento en la prioridad del club: el Estadio del Bosque. Y atiende el teléfono los días de partido. ¿Qué hace? De todo, lo que se necesite. En horario laboral y extra laboral.

–Yo estoy tan feliz laburando acá que no me importa si tengo que venir a la madrugada, el asunto es que se haga lo que hace falta.

¿Qué cosas hacen falta? Y, como una casa: cortar el pasto, arreglar la enredadera y las plantas, limpiar y pintar las piletas y toda la estructura de jardines, barrer y limpiar baños, lavadero e intendencia. Y hasta a veces le ha tocado ir a la sede de calle 4 a sacar agua del tercer piso para evitar que se pudriera la madera de la cancha de vóley.

La familia Casamiquela lo pidió para que ayudara en la disciplina pero el jefe de personal decidió que continuara en el Bosque.

—Me hubiese gustado pero me quedé siempre con las ganas de ir a trabajar a básquet, de utilero, de lo que sea, es mi sueño.

Detrás de cada evento de fútbol, básquet, vóley y patín, detrás de cada tarde en el Bosque con mates y amigos, detrás de cada acto, asamblea o fiesta, hay organización y entrenamientos deportivos; pero también hay gente como Antonio que trae en la espalda una mochila llena y pesada de dura historia y que, sin chistar deja el corazón y la vida por Gimnasia, sin pedir nada a cambio. **En las sombras del Bosque está él, el *chango* que ni haciendo fuerza puede hacerle daño al club, el *chango* predestinado a dedicar su vida a Gimnasia, Gimnasia predestinada a cobijar al *chango*.**

En la sombra del Bosque está Antonio, envenenado de amor tripero. Si, veneno del bueno. Ese que no se

saca con nada, el permanente, el indeleble, el imbatible. En las sombras del Bosque está el riojano corpulento y con *cantito* en su manera de hablar, ese que da su vida si juegan con el patrimonio del club, que enloquece si alguien pretende morder más de lo que corresponde y iguay, si adelante suyo se critica a un tripero! Pobre de aquel.

En las sombras está él, disfrutando de su premio: está en el mejor club del mundo.

EL CROMOSOMA G DE LAS LOBIZONAS



*“Hay personas que nunca se vuelven locas,
qué vida tan horribles deben vivir”.*

Charles Bukowski

Se apagó la luz.
No hay mar, ni arena.
No hay aroma a sal,
Y no huele a libertad.

Extraña las luces de *su* Miramar, esas luces que jamás se apagan. Esa claridad permanente, ese sol noctámbulo. Ese lugar, aquel lugar. Se estremece de incertidumbre, se siente pequeña ante la inmensidad del paisaje urbano de la gran ciudad que más tarde conocerá y entenderá que no es tan grande. Se siente sorda ante los ruidos de La Plata que, comprenderá, no son tantos. Se siente ciega porque no hay luz. La ciudad está oscurecida por los altos edificios que ensombrecen las calles grises platenses.

Anabel Aon está sola en un lugar que -cree- no es el suyo. Como los prisioneros en el mito de la caverna de Platón se siente en una profundidad desconocida donde sólo ve figuras creadas y manejadas por otros hombres que proyectan todo tipo de sombras. Esa es la referencia que tiene del mundo exterior. Esa es su percepción de la nueva vida.

Lo que no sabe es que pronto esas cadenas se romperán, esa oscuridad se iluminará y que aquel recuerdo de claridad y libertad resurgirá para corporizar y dejar de ser una evocación a la memoria. Ella saldrá de su departamento, caminará por las calles -antes grises- y las verá azuladas. Verá el azul más brillante de todos, ese tinte que irradiará luz a toda su vida.

Anabel siempre verá luz. Su luz. Luz de sol. Luz de luna llena. Luz azul. De Lobizona.

* * *

Ahí, en 25 y 32 hay un estadio al que quisieron decirle "único" con el consentimiento de los vecinos rojiblancos. Claro, para quien no tiene donde dormir, cualquier piso es una cama. Sin importar que el dinero de aquella corrupta construcción haya provenido de manejos turbios, "ellos" aceptaron sin chistar la unificación de la localía.

¡Pero el Lobo no! Gimnasia tiene una larga historia de luchas y la del Juan Carmelo Zerillo no es menor y quizá sea la más grande batalla y muestra de amor que el pueblo tripero pudo dar allá por diciembre del 90. Aquella tarde cientos de personas movilizaron y pregaron frente a la Municipalidad de La Plata el deseo de permanecer en 60 y 118. Exigieron a las autoridades que la identidad gimnasta se respetara y se quedara en su casa: el corazón del Bosque.

Años de lucha, prédica y combate. Solos contra todos los poderes. Todos. Gimnasia tiene casa, Gimnasia tiene Bosque, tiene estadio, identidad y pasión.

Pero allá por el 2009 todavía las asociaciones ilícitas de personajes públicos y no tanto hacían que el Lobo sea local en los clásicos en el Estadio Provincial Pincharra-

ta. Como dijo el gran Dante Panzieri, sus resultados de dudoso origen “marcan una época que nos avergüenza” como argentinos.

En cambio, el Lobo no tranza con nadie, ni tiene amigos y por eso a veces cuesta un poco más conseguir frutos. Pero como la adversidad lo hace más fuerte, ese clásico número 145 se plantó de local en un lugar prestado, frío, hostil y si se mira fijo es rojo y blanco. En fin, ahí estaba el fiel pueblo tripero bancando al primer equipo. En la cabecera se dispusieron banderas al revés en señal de protesta, porque al Tripa no le cabe jugar en el cuenco de cemento provincial.

En cuanto al juego, fue un tanto trabado pero el Lobo se acercaba más al arco de Andujar que ellos al de Sessa. Podía darse para cualquiera. Carol Madelón mete cambios: entran el querido Juan Cuevas y Nacho Piatti. Pipino no falló y en la segunda que tuvo los embocó. Centro de Marcelo Cardozo desde la izquierda, Cuevas superó a Angeleri y definió con una perfecta volea de zurda que ya tenía pasaje a México. Nada pudo hacer el arquero.

El provincial estaba siendo testigo por primera vez de un triunfo clásico tripero. Estaba asistiendo a la magnífica sensación de la victoria gimnasta, a la explosión de pasión contenida desde el 2006 -desde aquella goleada fatídica futbolísticamente, pero heroica en las tribunas-, al éxtasis y a la locura que desbordaban sus escalones

fríos e incoloros. Al Estadio Ciudad de La Plata se le erizaron las fosas, el tiempo se suspendió para aquella enorme y trucha construcción que no entendía nada.

En medio de esa fiesta azul y blanca estaba Anabel. La misma de la caverna de Platón. La misma que llegó de Miramar a trabajar a La Plata porque la empresa así le propuso y ella decidió aceptar. Ahí estaba ella con su pareja de sangre azulada. Todo era festejo y alegría para un Lobo que se llevaba tres puntos al Bosque.

Minuto 6 de descuento. 51´ del segundo tiempo y Sánchez Prette golpea al corazón triperero estampando el 1 a 1. Golpea, sí. Más vale. Obvio. Y más sinónimos. Los tripas se miraban unos a otros, no entendían. O si, entendían. Ese espacio les es esquivo, ese lugar no es el suyo. Ese lugar es adverso a su esencia. Ese lugar es, para los vecinos, como un resultado más de esos que supieron conseguir, les calza justo: fuentes inmorales y tramposas. Gimnasia está fuera de eso y no comulga con hostias vencidas ni vinos picados.

Dolió pero, una vez más, se festejó. ¿Se festejó? ¡Claro! Se festejó ser triperos y pertenecer a la gran familia gimnasta. Se celebró tener cancha, se celebró por el Bosque y por las generaciones pasadas y futuras. El Lobo siempre celebra y el triperero siempre agradece a la vida por presentarle a la maravilla más fabulosa de todas: Gimnasia.

En ese preciso momento una ametralladora de sentimientos y emociones flotantes tomaron una sola dirección y calaron dentro del cuerpo de Anabel, "la Negra". ¿Qué emociones? Pasión, amor, dignidad, igualdad, pertenencia, sufrimiento, valor, coraje, garra, dolor, fuerza, alegría.

Fue una tarde oscura para el pueblo tripero, pero esa oscuridad trajo la noche más luminosa de todas que irradió y dio un manto de luz a la vida de Anabel. La luna llena es el sol tripero, el sol que Anabel creyó perdido en Miramar. Ese sol que creyó no la había seguido por la ruta 2. Ese sol está y estuvo acá, la esperó siempre y se encontraron el 5 de abril de 2009 en el estadio provincial y pincharrata.

–Ese día me enamoré de Gimnasia y cuando digo Gimnasia digo gente, su gente –dice la Negra.

Se prendió la luz
Hay pasión, hay pueblo
Hay aroma a Bosque
Y huele a libertad.

Y ahora ella quiere jugar al hockey. Es que toda su vida lo hizo. Bueno, no. Empezó a practicar con el palo y la bocha cuando tenía 12 años. Jugaban amistosos con, por ejemplo, el Club Ferrocarril Bartolomé Mitre de Buenos

Aires. Para ella era particularmente especial porque no sólo viajaba con sus amigas a otra localidad y emulaban mini viajes de egresados con una cierta (in)frecuencia de días, sino que era “re groso” porque conoció a gente que admiraba como Karina Masotta y Otto del Vilmar, el entrenador de arqueras de la Selección. Gente a la que veía por televisión a las tres de la mañana cuando los Juegos Olímpicos se desarrollaban a casi doce mil kilómetros de distancia y a trece horas de diferencia. Allá, del otro lado del mundo, en Sydney.

Ana, a veces tenía hockey, a veces no. A veces había profe, otras no. Pero lo que siempre había -cuando jugaban- eran fiestas. ¡Sí! Se trataba de un grupo humano en formación, chicas adolescentes que estaban incorporando vivencias a su tránsito por esta existencia terrenal. El hockey terminó por ser una excusa para encuentros entre amigas, fiestas, alcohol y rocanrol. Sí. Como todos y cada uno de los que está leyendo esto.

Aquel hockey juguista de Miramar fue parte fundamental en la formación de la Negra. No existía una competencia oficial, existía amistad, familia, compañía, compañerismo, diversión y solidaridad. ¡Pero qué lindo que es el hockey para ella! Es un jarrito lleno de mar que se trajo de la costa, un puñadito de arena de esa que calienta los pies que se enfrían al bajar el sol, un cachito de su infancia que trajo con su bolso para La Plata. Ama el hockey. Es una parte de ella.

Cuando era piba no era muy aficionada al estudio. Más bien era tirando a holgazana. Ella prefería compartir con amigas y amigos sus días. Pero su mamá se puso firme y le dijo: "Vos te llevás materias, vos trabajás para pagarlas". Y así fue que la Negra se calzó los largos y empezó a laburar a los 14 años, se pasaba todo un verano trabajando en una verdulería cerca de su casa. O en la fiambrería. O ayudaba en cuestiones administrativas en el transporte donde su papá era chofer. Algo siempre hacía.

–Yo laburé porque si repetía no iba a ir con mis amigas
–dice Ana.

Así aprendió a manejarse como adulta desde chica y entendió que las amistades se construyen y alimentan a diario, que a la familia se la quiere, se la respeta y ayuda. Así adquirió todas las herramientas necesarias para salir a la calle con suficiente espalda a bancarse la que se venga.

Y así, con esa espalda se presentó a su primera y única entrevista de trabajo. A los 18 años, cuando terminó el secundario. Era (es) una empresa de Zona Franca.

–Y yo le hablé del hockey, de lo que me gustaba hacer, ¿qué más iba a decirle? No sé qué querían que les dijera.

Pero se fue tranquila por haber sido sincera, por haber sido transparente, por haber contado lo que ella sentía

y le gustaba hacer, aunque nada tuviese que ver con las competencias necesarias para el puesto.

–Un día me llamaron y me dijeron que me estaban construyendo la oficina.

Entró y no se fue más. Hace casi 20 años que trabaja para la misma empresa. La Negra tuvo una base contable en la escuela, pero... en la escuela ella hizo amigas. En su trabajo aprendió día a día, se hizo cotidianamente y desde abajo. Empezó organizando facturas: las que tienen IVA a aquel talón, las que no tienen IVA al otro. Y así. Hoy es la mano derecha del dueño y trabaja en Ensenada de lunes a viernes.

Se prendió la luz
Hay trabajo, hay futuro
Hay aroma a infancia
Y huele a libertad.

2009. Hay aroma a infancia, sí. Ana quiere jugar al hockey en La Plata. No quiere dedicarse solamente al trabajo.

Una tarde volvió de Ensenada y se puso en campaña: agarró la tijera y desmontó las mangas -cortas- irregulares de una remera-pijama de baja calidad. Musculosa, pantalón, zapatillas y unas ganas incontrolables de ju-

gar. Se fue a probar a Everton y ahí permaneció algunos días, pero como en los recordados tiempos de Miramar lo mejor que se llevó fue la amistad de dos compañeras: Cecilia y Mailén. Al resto de las chicas le apasionaba más la indumentaria adquirida en grandes marcas que los córners cortos y los *shoot-out*.

Se fue del club pero con dos amigas en el debe. Cecilia, insistidora, la llevó a probarse a muchos lugares. Ninguno las convencía y la Negra moría por delirar con la bocha.

—En Gimnasia están empezando a reflotar el hockey, ¿vamos? —dijo la Chechu, en lo que sería la última prueba para ambas.

—De una.

En 58 y 123, cerca de Berisso, cerca de Ensenada, cerca del glorioso Estadio del Bosque está el Bosquecito desde 1992. Un predio de 11 hectáreas destinado a concentrar las actividades de todas las categorías infantiles y juveniles de Gimnasia. Busca la formación integral de los pibes y cuidar, revalorizar y educar al semillero. Ese semillero tripero que tantas satisfacciones le dio al club. Ese semillero tan patrimonio, ese semillero tan capital, tan fundamental, tan “Mens Sana in Corpore Sano”.

Pero en ese predio también estaba Lucía Romagnoli junto al actual DT de primera división del hockey, Daniel Roelling. Incansable luchadores, como todo ser tripero derrotaron las adversidades y presentaron un proyecto para reflotar el deporte en el Lobo. ¿Por qué reflotar? Porque el hockey fue un deporte pionero en el club, junto a la esgrima.

Que sí, que no. Que no es el momento, que faltan materiales, que no hay apoyo de la dirigencia, que cambió la comisión, ahora sí. Bueno, ya no. Que no importa, lo hacemos igual y a pulmón.

¡Y sí! Como si el espíritu tripero no supiese de tozudez, de esfuerzo y coraje. En 2011 comenzaron a trabajar con tripa y corazón en el hockey tripero. Con ellos, las Lobizonas. ¿Muchas? No. Un puñado. No llegaban a ser más de un equipo para competir en encuentros de 7.

La Negra Aon cayó ahí. Entre su trabajo -ese que trae desde Miramar- y su hogar -ese que está iluminado desde que conoció a la luz azul-, está el Bosquecito. El Bosquecito tenía sólo una luz. ¿Una sola? Sí. Si se veía era gracias a las luces de los autos que oficiaban de focos direccionados a la cancha.

A pulmón. Pastos altos. Pozos. Poca luz... isobre todo poca luz! Contra todos los pronósticos, la Negra se que-

dó. No sólo se quedó, sino que se enamoró del Bosquecito. Ese lugar pasó a ser suyo.

Ese predio es hoy su casa. ¿Por qué? Lógica pura: allá, en la Costa Atlántica, Ana nació con el “Cromosoma G”. ¿De qué se trata? Todos los que leen esto lo tienen incorporado y lo desarrollan sin darse cuenta. Más bien, el cromosoma es quien desarrolla al ser interior de cada persona. Hay quienes ni siquiera están enterados de ser portadores del mismo hasta que conectan con quien también lo lleva.

–¡Hola, bienvenida! – dijeron al unísono las hermanas Daniela y Juliana Olivero, iluminadas por las luces de posición de un Volkswagen Gol corto de batería.

Ese acercamiento fue suficiente. Los capos de la genética explican que el número de cromosomas es constante para las células de una misma especie. Y esta especie es determinada por 22 cromosomas “G” por célula. Ese cromosoma innato a cada ser, ese ser gimnasta, esa especie tripera: las Lobizonas.

Y esa especie fue creciendo, la manada fue cada vez más grande, los deseos de las chicas también, las ganas de competir y de tener una cancha propia, igual. De 7 Lobizonas pasaron a ser cerca de 100 para el 2014. El esfuerzo de las jugadoras y el cuerpo técnico se empezó a ver plasmado en frutos deportivos. Ese año juga-

ron el primer Torneo Metropolitano sobre césped, todas las categorías competitivas clasificaron a los playoff y la primera se mantuvo en una posición fantástica todo el campeonato.

Un año después comenzaron a notarse las limitaciones de las Lobizonas que, a pura garra y corazón, le ponían el pecho, el pulmón y los ovarios a los entrenamientos nocturnos y, prácticamente, a oscuras y sin materiales para representar de la mejor manera al club que las cobija como puede. Ellas son Gimnasia, ellas reflotaron la disciplina dejada de lado por antiguas dirigencias. Ellas tuvieron un sueño, transitaron juntas un mismo camino y, sin más que su pasión, siguieron luchando contra las adversidades.

En 2015, entonces, decidieron seguir compitiendo. ¡Más vale! Tienen el Cromosoma "G" por lo que: abandonar nunca, rendirse jamás. Compitieron, por primera vez, en césped sintético pero entrenando en natural... ¡y qué natural, hasta huecos profundos en el piso, cual selva sin león! Pero las Lobizonas portadoras del gen tripero más aguerrido, testarudo y luchador la rompieron y estuvieron a punto del ascenso.

Cada año fueron tomando más guapeza basurera, más amor y pasión azul y blanca. Si de perseverancia y trabajo hay que hablar, las Lobizonas con su esencia popular y trabajadora emergen en la mente.

“Y la Negra es la Negra”, te dicen quienes hablan de Anabel Aon. Es dueña de una fiereza incalculable y de un compañerismo sin igual. El Bosquecito se adueñó de ella, no la deja escapar. Todo grupo humano necesita empuje, fuerza y cohesión, necesita el engranaje justo y necesario para caminar a la par y conseguir un mismo propósito. Ana es ese engranaje. Ana es el Cromosoma G de las Lobizonas.

La Negra no se apartó del camino desde aquel 2009 cuando el hockey sólo contaba con una luz y muchos pozos. La Negra no se apartó del lado de Lucía y Daniel por más que hoy, años después las condiciones no sean mucho mejores. La Negra no se corrió del camino, ni a palos, porque en el Bosquecito encontró esa luz *miramarense*, esa luz que se encendió cuando conoció al triperío desbordante de alegría pasional en un clásico adverso en el Estadio provincial y pincharrata. Esa luz familiar. Esas compañeras, esas chicas. Ese equipo, esa familia.

Se prendió la luz
 Hay hockey, hay cromosoma
 Hay aroma a familia
 Y huele a libertad.

La Negra es negra. Bueno, morocha de pies a cabeza y tiene una sobrina rubia que se llama Canela. Es la hija de su hermano menor, Nicolás. La hermana más grande, Paola está en Miramar con su hijo de veintiuno y la madre. Los que no están físicamente también la acompañan: su hermano Paulo y su papá.

Cuando estaba en su ciudad natal, los domingos eran religiosamente dedicados a la familia. El padre, camionero, sólo estaba en casa ese día para almorzar juntos. Pasara lo que pasara, los seis debían dominguear. No era una obligación, eh. Lo disfrutaban, claro. El calor de la familia, el amor desinteresado y la comodidad del hogar, no tiene reemplazo. O sí.

Los domingos en familia son inamovibles. En La Plata no está su familia de sangre. Sí su familia tripera. No hay domingo que la Negra no pase en el Bosquecito. Ella es defensora en la cancha y fuera, es capitana dentro y fuera. Es líder natural, es la madre, la hermana, la amiga de todas las chicas. Es la más grande y la que tiene más experiencia. Es la que la luchó desde dentro para formar uno de los grupos humanos más unidos y luchadores de todos.

Y no están sus hermanos y sus padres, pero los domingos los comparte con su familia basurera, allá en el Bosquecito o en San Luis, donde son locales las Lobizonas. Porque Gimnasia solo le dio satisfacciones. Y cuando

dice Gimnasia, dice la gente. Cuando dice Gimnasia dice la camiseta, la Azul y Blanca. Cuando dice Gimnasia, dice hockey. Lucha y perseverancia.

–Yo con otra camiseta no lo haría, el Bosquecito es mi casa, la [división] Intermedia mi familia –dice–, el Lobo te cautiva, te enamora.

La Negra hizo raíz en el Bosquecito. Y sus frutos, sus hojas verdes y frescas se ven hoy reflejadas en cada tarde compartida, cada actividad, cada viaje, cada entrenamiento, cada lucha por la cancha de sintético.

–Me gustaría que Gimnasia tenga una cancha y un kinesiólogo porque es súper importante para nosotras y más con las lesiones que sufrimos – dice frunciendo sus cejas, también negras–, pero si no la tenemos, ¿qué me calienta? No puedo compararme ni con las Lobas, ni con Santa Bárbara.

Claro, simplemente, porque ella sabe que sin luchas no hay victorias, su cromosoma la guía. No puede doblegarse ante el vacío sintético, porque la lucha no hubiese tenido sentido. Seguirá remándola e incentivando a las pibas.

–Lo que más quiero es la cancha porque va a ayudar a todas las chiquititas, nosotras ya estamos grandes. Se puede mejorar, siempre, pero nosotras ya estamos.

Se prendió la luz
Hay hockey, hay cromosoma
Hay aroma a familia
Y huele a libertad.

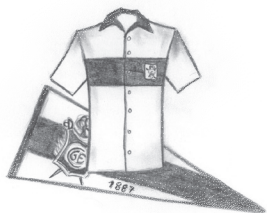
Las Lobizonas la apodaron "La Negra 22". Por estar loca, por ser quien le mete alegría al hockey. Por estar loca, por ser quien contra viento y marea luchó por levantar el grupo humano del hockey tripero que tanto rema por permanecer de pie. Por estar loca, por ser la confidente de las chicas. Por estar loca, por dar todo lo que tiene y lo que no, también. Por estar loca, por amar a Gimnasia como todos los que cuentan con sangre azul. Por estar loca, por tener 22 cromosomas G en cada célula. Por estar loca, por ser la Lobizona líder de la manada.

No se puede defender lo que uno no siente y La Negra 22 está loca por Gimnasia, por su gente, por el hockey, por la familia gimnasta. La Negra 22 es Tripa, es honestidad, es guía y enseñanza, es amistad, garra y corazón. La Negra 22 es luz en la ciudad, en el bosquecito y en el camino largo que todavía resta a la disciplina. La Negra 22 es fortaleza mental, es liderazgo, es empuje, es amor. Sin ella la especie no hubiese evolucionado de tal manera. Sin ella los domingos no serían tan domingos y las Lobizonas no tan Lobizonas, porque ella es su Cromosoma "G". Ella vino a prender la luz. Esa que Gim-

nasia le prendió a su vida. En Gimnasia volvió a jugar, volvió a soñar.

-Una vez una flaca me preguntó cuál era mi pasión y no supe qué contestarle, hoy te digo: mi pasión es Gimnasia y cuando digo Gimnasia, digo su gente, nosotros.

EL CRIADOR DE FANTÁTICAS REALIDADES



“De eso se trata, de coincidir con gente que te haga ver cosas que tú no ves, que te enseñe a mirar con otros ojos”,

Mario Benedetti.

El Lobo cumplió 80 años y el recuerdo de ese día se mantiene vivo sobre los cristales de la vitrina. Un banderín que alguna vez supo ser azul y blanco intenso reposa sobre un soporte que mantiene intacta su rigidez de lona, recuerda los festejos del 67. Desde un costado lo vigila un muñeco rubio de plástico inflado, tripero él, con la casaca y un parche en el ojo. Al lado, un

conejo del mismo material, color rosa pero bien tripa. Los dos de la misma categoría: 1965.

En el mismo estante un cepillito lustrador de zapatos, ¿del Lobo? Sí, al menos eso dice el escudo de chapa pequeño, detrás. Un bono de socio de la gran campaña del Lobo del 62, dos carnets de afiliación a Gimnasia de distintos años pero misma década y una urna.

—Acá está mi papá, falleció en febrero del año pasado.

El padre de Marcos está donde pidió estar: en el estante dedicado a la década en que él representó al Lobo en una olimpiada, vistiendo la de arquero, jugando para la sexta división; justito al lado de la foto blanca y negra de la formación que así lo demuestra. Ese, el de la esquina es Compagnucci padre, el de la urna embanderada con la Azul y Blanca, el que presentó Gimnasia a Marcos, Marcos a Gimnasia; el que permanece en la habitación más preciada de su hijo. En ella habitan miles de recuerdos, anécdotas, personajes e historias. Marcos las reúne, su padre las custodia.

Habitación tomada

Con los brazos cruzados casi simétricamente y una sonrisa radiante, Marcos Compagnucci, viste orgulloso la

gloriosa camiseta tripera que emula la que más de una vez vistió el Tanque Rojas. La misma que usó para dejar cuatro jugadores en el camino y estampar el tercer gol frente a un Ferro que terminaría cayendo por 5 a 2 en el Bosque en el '62, o para meter triplete frente a Independiente también en 60 y 118, en el mismo año.

La remera blanca, bien prolija, combina con la armonía del corte de pelo. Negro el cabello, azul el jean y las zapatillas. Todo parece estudiado, hasta sus músculos como salidos de un libro de anatomía: trabajados, perfectos.

Pulcritud y prolijidad a la orden de Gimnasia. En el barrio Amebs de La Plata tiene su tesoro más valioso: su Colección Tripera. Marcos recibe a todo aquel que quiera conocer en su humilde espacio un retazo de historia gimnasta.

Tiene 39 años y hace 25 que acumula objetos de Gimnasia. Sí, todo lo que sea y demuestre pertenecer al Lobo: desde recortes de diarios hasta camisetas de todos los deportes, de toda la manada. Objetos de ayer, de hoy y de siempre. Comprados y donados. Lo que sea, él lo tiene.

Camina por lo que alguna vez fue su dormitorio, mira las vitrinas y estantes repletos de historia. Tiene cuidado, el orden y la limpieza son fundamentales. Se sienta

en la silla que espera por él a diario en aquel, su refugio. Suspira y el pecho se le infla de orgullo al conectar con aquella energía. Respira memorias.

Ya no se ve el placard, ni la cama. Tampoco hay mesita de luz. Cada vez es menor el recuerdo del espacio que encerraban esas cuatro paredes, cada vez es mayor la densidad de momentos pasados que son parte de la memoria colectiva gimnasta y a la que él decidió darle un espacio físico y emocional. Ahí está, sentado en un espacio cada vez más reducido. Los recuerdos de tanta gente lo dominan en un pabellón del que disfruta ser prisionero. Quiere más. El deseo de acumular no tiene fin.

Quienes inauguraron el hábitat fueron los recortes de diarios que anoticiaban sobre el movimiento sísmico registrado por el Observatorio de la ciudad, allá en el 92 cuando por la séptima fecha del torneo Clausura, Perdomo hizo delirar al triperío presente tras un tiro libre que Yorno no pudo atajar. Pero estos recortes descansaban en una cajita que Marcos, con 14 años guardaba en un cajón.

Los recortes empezaron a tomar vida propia, se reprodujeron como la misma historia de Gimnasia. Cada acontecimiento era atrapado por la habitación. Una especie de imán comenzó a atraer momentos que quedarían allí para siempre. El espacio, el mismo. Se comenzó a nece-

sitar de más muebles, percheros, vitrinas y cajones. Las banderas azules y blancas, las camisetas, los cuadros y objetos se adueñaron del espacio. Ya no hay lugar para Marcos. Solo puede sentarse y observar, como cada día. Sentarse y proyectar quién será el próximo personaje en entrar, la próxima historia por resguardar, el siguiente hecho por enmarcar.

Se sienta junto a su viejo. Están. Sólo están. Es su lugar. La pieza fue usurpada por Gimnasia como la casa tomada de Cortázar. Marcos va cada día y se sienta, lo necesita. Necesita la energía vital que emana de cada rincón para enfrentar la vida, es su escape, su cable a tierra. Es ahí donde la realidad queda suspendida y, al apagar la luz y cerrar la puerta, las memorias fluyen como flashes mágicos que vuelan sin sentido generando una especie de atmósfera mística, hasta que una próxima persona entre y respire pasión albiazul.

Eternas presencias

Se cierra la puerta y del armario escapa todo el material gráfico envuelto herméticamente con folios para evitar su deterioro. Hay cientos de tapas de revistas donde Gimnasia es protagonista, la colección completa de la revista "Solo Fútbol", láminas triperas, notas a jugadores, diarios ordenados por temporadas (completas).

Desde más atrás, saltan de sus cajas de cartón azul, buscando respiro, la serie de todos los clásicos disputados con el otro equipo de la ciudad. Todos se juntan con los "Olé" de todos los tiempos y con bolsones de figuritas: las de mayor edad, redondas y de un cartón más resistente; las menores, que sufrieron el avance del sistema que limitó el costo de producción, cuadradas y de un papel brillante casi transparente. Jugadores de todos los tiempos en sus dorsos: desde Scarpone, Currell, Varallo, hasta "Teté" González, el "Turbo" Vargas y hasta Alexis Martín Arias.

Al costado, el espíritu de Basile que acomoda, uno sobre otro, los 118 ejemplares de la revista partidaria más popular de todas, que reflejó la identidad gimnasta como ninguna. Un vozarrón repite mientras tanto: "No hay que ser sectarios porque el sectarismo acaba con todo atisbo de revolución". El Ronco, con tres colecciones completas de Tribuna Gimnasta se dirige al estante de los ochenta y las deja allí, al lado de una pila de recortes del diario El Día que anoticiaban sobre el centenario tripero. "No hay que ser sectarios", repite Basile siempre optimista, compañero y solidario, Basile. Su figura se esfuma y se despide hasta el próximo día, dejando la energía toda entre esas cuatro paredes.

Y más allá la década del 50, fotos, carnets de socios. Un cartón de bingo tripero de la línea "Gol". Está un poco pálido, pero el escudo tripero en color negro está

más vivo que nunca. José Domingo Chirico desajusta los cordones de la camiseta para dar respiro a ese pecho cargado de intrepidez albiazul y se sienta a lustrar sus botines "Sportlandia", los mismos con los que se convertirá en goleador tripero con 27 goles en 33 partidos, los mismos con los que dará la vuelta olímpica ante Colón en diciembre del 52 para ascender a Gimnasia a Primera División.

La revista PBT reflejó el campeonato del Lobo, ahí junto a la imagen de un General Perón levantando las banderas de justicia social, soberanía e independencia enarboladas junto a la Azul y Blanca. Mismos valores, misma lucha. El 52, dolor en el corazón de los argentinos por la partida de Eva, resurgimiento de la periferia desconcertada, renacimiento de una identidad jamás muerta. Gimnasia y Esgrima de Eva Perón estaba en primera otra vez. PBT, ahí, en el estante de Marcos, lo recuerda.

Chirico silba, despacito. No quiere despertar de la siesta a Don Giodini. ¿Giodini? Sí, como Don Pizarro, dueños de los carnets de socios de la década del 40. Descansan dentro de esos libritos de reluciente cuero marrón con el sello dorado de la insignia tripera. Socios con seño arrabalero, con marcas de lucha y nostalgia inmigrante que se dejan entrever por su mirada fija melancólica, pero con el coraje necesario para hacer patria en esta tierra.

Obdulio Tomatti entra en escena, se saca el sombrero y saluda: “¡Arriba Gimnasia!”. Don Pizzarro despier-ta, atolondrado y vocifera: “¡Arriba nomás!” Todos lis-tos arrancan camino para la organización del próximo festival bajo el lema “La adversidad no nos vence, nos retempla”. El Movimiento Arriba Gimnasia, que iba jun-tando apoyo, levantó a toda la ciudad para generar el re-surgimiento Mens Sana allá por el 44. Salieron todos los muchachos para el Bosque, comiendo “Pastillas Chuli” y dejando el obsequio de la golosina en la habitación de Marcos: el fixture del torneo.

Cuánta gente agolpada en un mismo sitio. Ahora es Rai-mundo Maldini quien se acerca. Pero no lustra, sino que se saca los botines embarrados. El defensor está enoja-do. Revolea la boina que usó durante el partido. El Lobo perdió con San Isidro por la mínima diferencia. Lo que no sabe Maldini es que cuatro meses después, en febre-ro del 30, con un doblete de Maleanni, Gimnasia sería el campeón de la Copa Estímulo. La primera publicación en la historia del Club fue la revista “Mens Sana”, al lado del cabreado defensor, está la número 2, con el Lobo co-ronado y una postal del equipo, donde posa sonriente. ¡Tranquilo, Raimundo!

1937 y Gimnasia de La Plata cumple 50 años. Cuánta elegancia, cuánto aroma *fifí*. Se empilchan como para un casorio: dirigentes, jugadores, matrimonios de so-cios, personalidades de la ciudad se preparan para el

cincuentenario tripero. Sobre la repisa quedan los souvenirs de la gala: medallas de pesado metal plateado con -todavía- fragancia festiva.

Una batahola de pibes corre desesperado hacia el vendedor de llaveros -un tanto obscenos-, los reconocidos "Llora, llora pincharrata". Los había de plástico, los había de metal. Al vendedor se los quitaron de las manos y a Marcos le quedó uno, en el rincón de su colección setentosa. Y claro, los pibes estaban como locos, la Barradora de "Puchero" Varacka no paraba de ganar; más adelante el básquet tripero conseguiría dos subcampeonatos (76 y 77) y dos títulos Metropolitanos frente a Obras Sanitarias en el 78 y en el 79. Todavía aúllan los Gladiadores desde las láminas encuadradas en la habitación del barrio Amebs.

Charly Carrió se relaja y, siempre distinto, se descuelga del cuadro del equipo que ascendió en el 84. "¿Qué es esto?", pregunta. Claro, está escrito en otro idioma. Cerquita suyo, los 90. ¿Es chino? No. Marcos tiene el diario del día anterior al partido que disputó el Lobo (campeón de la Copa Centenario) con el campeón japonés, Kawasaki Verdi. Hay una entrada popular y una platea. Todo en japonés.

Remeras, buzos de entrenamiento, pecheras, camisetas Hummel, New Balance, Adidas, Penalty, Topper, Kappa. La de Olave, la que el Melli Guillermo usó para hacer-

le el gol a los vecinos en el Torneo Centenario -primer registro de abandono rojibanco, cuando derribaron con un pedrazo al árbitro Biscay y éste tuvo que suspender el partido, en fin, como siempre-. Colgada en el perchero también está la que usó el uruguayo Ostolaza para marcar en el 93 frente a Platense y la colorida de Enzo Noce del 96. Todas encierran algo de historia. Y no se tocan, no se usan.

Toda esa historia reaparece, toma vida, forma, aroma y colores cuando las puertas se cierran. Una especie de realismo mágico, espiritual y material. Cuando se visita la colección, todas las presencias vuelven a su posición. Marcos Compagnucci preserva y acumula presencias que su padre custodia. Pero también se queda cuando se va. Sí. Marcos está ahí también, como una presencia más, junto a las revistas "Caras y Caretas", "Patoruzú" y "Alumni"; la foto original de la chimenea y del tanque del Juan Carmelo Zerillo; junto a las Lobas de todas las épocas, al Expreso del 33, al Lobo del 62 y a la hinchada más gloriosa tras el triunfo 4 a 1 frente a los del otro club de la ciudad. Marcos está en un cuadro también, cerca de uno del "Mono" Monetti y otro de "Fito" Rinaudo; al lado del Bosque bajo nieve, aquel día histórico para la ciudad en 2007.

¿Qué hace Marcos Compagnucci en un cuadro? En el cuadro está el equipo de Gimnasia que empató en el año 1984 con Colón de Santa Fe en el Estadio del Bosque.

Año del ascenso. Castagneto, Lúquez, Bianculli, Ingrao, Tempesta, Andrada, Kuzemka, Carrió, López, Marasco, Flores, formaban bajo la dirección de Nito Veiga. Marcos con 7 años lo miraba desde las cabinas de transmisión periodística con su papá que no era periodista peor había conseguido un pase.

Marcos y su padre están en el cuadro del partido. No se ven. Se sienten. Lo hacen como cada día cuando, al encontrarse en la habitación, sus energías se funden en un lazo de pasión y amor inquebrantable. 20 de octubre de 1984. En el cuadro está el equipo que más tarde ascendería a Primera División, pero también el inicio de la relación entre Gimnasia y el pequeño Marcos. ¿Cómo sabe que ese fue el primer partido? El cuadro llegó a sus manos y lo estudió, obsesivamente, jugador por jugador. Se dio cuenta que la única vez que habían saltado a la cancha esos once había sido ese día. El día que, gracias a su padre, conoció la verdadera razón de su vida.

Volver

Se abre la puerta y las presencias vuelven a su lugar, de manera prolija retoman sus posiciones originales, esas que Marcos destinó a cada una. Esas que su padre mantiene vigiladas. La energía queda suspendida en el aire de la habitación que solo se escapa sobre el alma

de algún visitante. Hubo momentos en que salieron todas juntas o por temática de ese espacio, como en 2013, 2014 y 2015 cuando se expusieron en el Pasaje Dardo Rocha en lo que fue “Supercolecciones”. O, también, en el Bosque, frente al Salón El Decano cuando se cumplieron 20 años de la Copa Centenario.

Se abre la puerta y con ella la necesidad de Marcos de tener algo más. Lo consigue y, automáticamente el objetivo es otro. Trabaja en la imprenta del Ministerio de Salud, gracias a su padre. Lo que gana se destina a su colección. Entrenaba arduamente su cuerpo para competiciones de fisicoculturismo. Lo hizo desde los 20 años. Ya no compite y el tiempo lo dedica a Gimnasia. La disciplina necesaria para llevar un estilo de vida sano, con entrenamientos estructuradamente rigurosos y con un orden estipulado, hoy la proyecta y la pone en práctica con la obtención de objetos, recuerdos e historia. Así como su colección fue ganando espacio físico, también empezó a ganar terreno temporal.

No planea tener más hijos, quiere seguir construyendo historia gimnasta.

—Ya tengo un hijo.

Su hijo es su colección, ese cúmulo de energía que se retroalimenta a diario con la de los cuerpos de quienes, enamorados del sentimiento más antiguo de todos, con-

curren a la habitación tomada. Allí espera su padre y su hijo. Marcos lo sabe y por eso dedica todo su tiempo y dinero a criarla. Es su espacio, su lugar.

–Vengo sólo para acá y miro, las tapas, las ordeno y las vuelvo a poner.

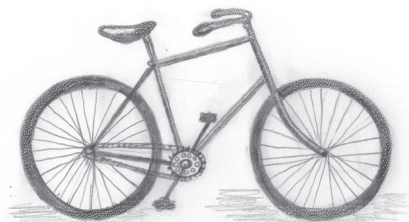
Cada día repasa con la mirada el tesoro que allí guardó, el tesoro que crece y que no tiene fin. Es su paraíso, junto a tantas almas triperas que florecen en cada rincón.

Para Marcos Gimnasia es su vida, es todo. Su colección –que es su hijo– y su viejo. Es lo que lo mantiene dedicado al tope cada día, es por lo que se levanta y sale a trabajar. Trabajar para que todos los triperos conozcan su historia. Gran historia gimnasta con un incalculable valor emocional, con personajes, hechos y lugares que no quedaron en el olvido, sino que él pudo rescatarlos y darles un orden temporal. Su obsesión se funde con el amor tripero y lo comparte, abre las puertas de su espacio para que el pueblo tripero conozca que su historia está más viva que nunca; que con desempolvar la energía se renueva; que la valentía de tantos héroes anónimos, jugadores, dirigentes, socios e hinchas está más latente que nunca. No hay tal maldición, nadie le bajó el pulgar a Gimnasia. El Lobo tiene historia, el Lobo es enorme y en su cuarto, Marcos la conserva y piensa dedicarse siempre a ella.

¿Por qué lo hace? Por Gimnasia, porque la primera vez que vio la Azul y Blanca en el Bosque, se enamoró. Porque de tener que elegir un recuerdo, se bloquea y no puede inclinarse sólo por uno, todos son trascendentes. Porque al gritar los goles abrazado a su viejo deseó que ese instante sea eterno. Porque ahora, con su papá dentro de su tesoro máspreciado, lo tiene todo. Porque su viejo le enseñó a sentir a Gimnasia y hoy están ahí frente a frente, rodeados de tinte azul, entre falsos eucaliptos y olor fresco de Bosque. Frente a frente, hoy, son mucho más que dos. Se miran, se sienten, se respiran. Son felices dentro, con compañías espléndidas, con energías radiantes.

Marcos se seguirá dedicando a la colección. Esa colección que crecerá y seguirá tomando habitaciones de la casa. Y más. Morirá algún día pero su alma quedará junto a la del Loco Ciaccia, las de los invitados del centenario, la del Loco Fierro, el Negro José Luis, Montesino y tantas otras más. Junto a la de su padre, para resguardar y custodiar lo que juntos lograron: erigir un lazo inquebrantable de amor, perpetuidad y resurgimiento constante de pasión basurera. Su obsesión por Gimnasia no tiene fin, su colección tampoco y mientras exista la raza tripera seguirá su camino, su reproducción lógica. Cuando Marcos no esté, observará desde un rincón como otro ser recogerá su colección histórica y la llevará como bandera a la victoria gimnasta.

EL FAN DE SU MEJOR AMIGO



“El fanatismo es la única fuerza que Dios le dejó al corazón para ganar sus batallas. Es la gran fuerza de los pueblos: la única que no poseen sus enemigos, porque ellos han suprimido del mundo todo lo que suene a corazón.”

Eva Duarte

Me contaron que había un fan. En realidad, el fan. Pero en Gimnasia hay miles de fanes. Pero este es distinto. Y sí, porque la fidelidad a la Azul y Blanca lo distingue. Sigo sin entender, este fan es como todos entonces. Sí, pero diferente. No se trata de exponer a cada sujeto de

sangre ardientemente azul a una especie de *tripérometro* que mida el grado de lealtad por su club y, a partir de ahí, trazar divisiones -inútiles, por cierto- en la consecución de logros individuales. Jajá. Sí, me río en medio del relato porque el gimnasta que escribe y el que lee sabe que *somos todos o no es ninguno*. ¿De qué individualidad hablamos, entonces? De ninguna. Pero éste sí que es distinto.

Obviamente se me dio por conocer esa singularidad. Fue en 2017 a pocos días de su cumpleaños. Una tarde platense oscura y mojada. No llovía pero la humedad, saben ustedes, rocía los empedrados y diagonales que relucen como recién lustrados. Hay que caminar con prudencia para no resbalarse, o arrastrar los pies para deslizarse cual niño con patines. Y así llegué a la parrilla El Barba sobre la calle 49. Me esperaba él, sí, el fan. Y yo ya lo conocía.

* * *

Cristian Cauteruccio es el fan. Me parece que no lo sabe. Sí sabe que tiene 21 años, que es hijo único, tripero hasta la médula y socio al minuto de nacer. También sabe,

o al menos es lo que cuenta, que trabaja en la parrilla que su abuelo paterno hizo funcionar en la esquina de 1 y 60 hace muchos años y hoy sus herederos trabajan a diario, pero en 49 entre las calles 2 y 3.

Naturalmente, ahí uno puede comer asado, vacío, chinchulín, pollo o franestic, no en ese orden necesariamente. Y acompañar con fritas, ensalada y provoleta, pero siempre dejándose un recóndito espacio en el estómago para queso y dulce, higos o zapallo en almíbar como postre. El que se acerca a la parrilla puede decidir sentarse en las mesas o sobre banquetas altas alrededor de la barra para que el chimichurri no huya despavorido y termine por ensuciar las piernas del comensal. Pero además, los que eligen la altura tienen una vista privilegiada de la erupción de jugos de cada corte de carne que arde sobre el fuego que “el Barba” remueve para mantener encendido.

Pero hoy no está prendido el carbón, ni la leña. No hay carne sobre la parrilla, no hay olor a fritura reciente, ni murmullos que se estrellan en el aire con la sonoridad del repiqueteo de los cubiertos entre sí. De este lado de los ventanales de vieja fonda hace frío. Hace frío como en toda parrilla donde el fuego no está prendido, claro. Y es invierno. Y las ventanas son grandes y de vidrio. Hace frío. Cristian hoy no está en la cocina. Ah, sí. Cristian, el Fan, trabaja en la cocina con su papá.

–Todos hacemos de todo, pero mi especialidad son las papas fritas –dice.

Y no es joda. No es fácil hacer unas buenas fritas. Tampoco es lo mismo hacer fritas para acompañar milanesas, que para acompañar una bondiola parrillera. Mucho menos se comparan con las de cervecerías de moda. Para que tengan la crocancia justa y acompañar el colchón suave, magro y jugoso de *la colorada*, hay una técnica que Cristian no piensa develar. Como la milanesa tiene su secreto, las fritas de “El Barba”, también.

El Barba es su tío, el hermano de su papá. Los dos están al lado de Carlos Timoteo Griguol en un cuadro que cuelga en el salón. El Viejo había ido a comer en los años noventa a la parrilla. Él y muchísimos jugadores de Gimnasia eran habitués del lugar. Sanguinetti, Saccone, el Pampa, el Yagui y demás jugadores deleitaron sus paladares después de jornadas gloriosas en el Bosque. La mítica parrilla es reconocida en la ciudad por su fuerte identidad y extracción tripera. Es un estandarite albi azul que todos los Cauteruccio levantan en cada apertura del local.

–Todos los partidos del Lobo los pasamos, los sufrimos y los disfrutamos.

El cuerpo técnico del vóley también come ahí. Paula Casamiquela -eslabón fundamental del proyecto amateur

que las Lobas llevan adelante con gran valentía y juego para dejar a Gimnasia en lo más alto de la historia del deporte-, eufórica tras el campeonato de la Liga Nacional, meses atrás, ocupó una mesa del Barba. Claro, la parrilla queda a tres cuadras del único Polideportivo de la Ciudad, donde las Lobas dan cátedra y alcanzan la gloria, siempre.

—Y le obsequiamos un buen vino, lo mínimo que podemos darle a quien tanto nos da.

Paula. Campeona, ella. Entrenadora de campeonas, compañera de campeonas, hija de campeona. La familia Casamiquela escribió, toda junta, páginas y páginas de la historia del club. Los Cauteruccio lo saben y ellos, campeones del asado, agasajan con su atención a cada cliente. Que también lo saben. Y por eso no hay persona que haya pasado por “El Barba” que no la recomiende.

Cristian se para detrás de la mesada revestida de azulejos. Lleva un buzo con capucha azul. En la manga derecha dice, en blanco, “Gimnasia”. En el pecho, del lado del corazón, el escudo y debajo se lee “Hockey”.

Ofrece mate, amargo. Siempre amargo, como en el campo. Amargo como los vecinos. Y conversa, le gusta hablar de Gimnasia. Cuando no trabaja, ni está en el curso de operador de PC, Cristian visita el Poli, el Bos-

quecito, el Bosque y acompaña a las Lobizonas donde sea que jueguen de local.

–Es el ir por el ir, porque Gimnasia es mi todo –dice–. Yo no busco nada, con llevar esta camiseta soy feliz.

Una vez fuera de sus responsabilidades, Cristian Cauteruccio se convierte en “el Fan”.

* * *

Sí. Existe “el fan” dentro de los fanes de Gimnasia. Dentro del pueblo gimnasta, el todo asume una identidad difícil de corromper, sumamente rígida, firme y fuerte. Un nosotros inquebrantable, una constitución genética diferente al resto de la raza humana. El triperío se autodefine por sus acciones, sus sentimientos y subjetividades. Uno mismo entiende, se comprende, se conoce y se ve reflejado en otros que comparten el mismo sistema de códigos. Uno entra en esa vida paralela, esa vida de Bosque, de rock, de noche, de luna y de sol, y dice: *bien, soy parte de la manada*. Perfecto. Todo eso es vox populi.

En este caso el Fan es fan por imposición. No por sus características intrínsecas y consecuentes con el ser gimnasta. Es como que el SER GIMNASISTA, así con mayúsculas, es un ente superior. Algo así como el Leviatán de Hobbes, o el del Antiguo Testamento asociado a Satán pero creado por Dios. Ese ente cargado de misticismo divino. Ese del que todos hablan a menudo y reconocen al primer contacto. Ese que más arriba aparecía como “pueblo gimnasta”.

Pero existe un nivel de análisis individual, no inferior, sí distinto. Y ahí hablamos del fan. Y nada tiene que ver con lo que uno interpreta de uno mismo, sino que se trata de una cuestión externa. Es decir, se trata de cómo los demás lo perciben a uno. Y acá, en esta situación en particular, en este tipo de relación gimnasta, el fan es el fan porque las Lobizonas así lo simbolizaron, así lo nombraron y adjetivaron para que sea reconocido y homenajeado, aunque ya lo haya sido al ser reconocido por ellas mismas.

–Las Lobizonas representan al hincha de Gimnasia: pura garra y corazón.

* * *

La palabra “fan” se usa, según la Real Academia Española, para hablar de un admirador o seguidor entusiasta e incondicional de alguien. Bien, perfecto. Al parecer cuaja con lo que cuenta Cristian. Los fines de semana se levanta a las diez y media, se toma unos cuantos mates, agarra la bicicleta y encara para el Club San Luis, en 520 y 28. Pedalea desde el barrio La Loma.

Todas las categorías del hockey del Lobo hacen de local en tierras ajenas mientras siguen esperando promesas que arrasan con sus ilusiones, las revolean al suelo, las pisotean y las vuelven a levantar. Hombres, decisiones, poder, plata. De todo eso dependen las esperanzas de las chicas de tener la cancha de sintético para poder entrenar y competir sin dar un mínimo de ventaja a ningún rival. Pero de todo eso NO depende su garra para seguir luchando por sus sueños. De todo eso NO depende la presencia de Cristian Cauteruccio cada día, cada noche, cada fecha.

Haga frío, calor o llueva. Él siempre está. En el San Luis, pero también en el Polideportivo de calle 4 bancando a las Lobas y a los Gladiadores; además participó de caravanas triperas que acompañaron los momentos más gloriosos de los Guerreros cuando lograron el ascenso en futsal. Al Bosque, jamás dejó de ir.

—¿Quién no siente esa cosa acá, en el corazón, cuando va al Bosque? ¿Cuándo entra a la cancha? —pregunta—.

Más allá de los que llevan la camiseta, uno siente mucho y no puede dejar de ir.

Pero el fútbol es pasión de multitudes y lo dijeron miles, pero miles de personajes de todos los ámbitos de la vida. Por diversos motivos. Hay quienes lo tildan de irracional; otros dicen que es mercado capitalista en estado puro, cruel y sanguinario pero que mueve demasiado dinero como para no sentirse atraído por él; otros que es el opio de los pueblos como la religión para Karl Marx y que todas las mentes en pausa caminan alienadas detrás de aquella actividad en la que el deporte es lo último que importa.

Se puede estar horas escribiendo sobre la significación del fútbol en las culturas globales, en la colonización o no de las subjetividades y delirar con análisis sociológicos. Pero no. Sólo quiero decir que el fan no lo es de la actividad más convocante. Él no es parte de esa multitud apasionadamente futbolera.

El fan es fan del amateurismo. Y no de cualquier amateurismo. El fan es fan de las actividades amateurs triperas. Es fan de Gimnasia y de quienes se rompen el lomo para dejar todo por la camiseta, como verdaderos hinchas porque, entiende, ese es el ADN gimnasta: la lucha por los colores, por la institución, por el Tripa mayor, ese ente superior. Luchar por la gloria y los objetivos comunes. Eso es Gimnasia para él.

El fan es fan de los hinchas que visten camisetas dentro de campos de juego amateurs. El fan es distinto.

Para tratar de entender a qué se refiere uno al hablar de fanatismo, seguí buscando. Internet me llevó al año 1700. Impresionante. En aquel entonces un tal Antonio Shaftesbury de Inglaterra hablaba del SER GIMNASISTA. En serio. En su "Carta sobre el entusiasmo". El fanatismo es la forma degenerada del "noble entusiasmo". Se trata de algo divino, de una pasión poderosa innata a la humanidad que inspira a héroes, estadistas y poetas. Todo esto es causado por amor. Sin dudas habla del triperío que, casi 200 años antes de su nacimiento, ya estaba latente en las conciencias del mundo.

Después, más adelante, Federico Hegel en Alemania revisó lo que dijo su colega y agregó que el fanatismo no es una especie de locura, sino que es una modalidad de la voluntad indeterminada, un proceso de libertad abstracta. El mismo Hegel que dice que quien hace cultura, quien mueve la historia es el esclavo que, oprimido por el amo, termina plantando bandera y revelándose porque es quien tiene el verdadero poder en la historia. El hereje es el subalterno, quien se revela es aquel que siente la injusticia. He aquí el tripero. El tripero que sabe de adversidades, de injusticias y no sólo deportivas. Injusticias, destiempos económicos, culturales. Destierros e intentos de derrumbes de valores y códigos. Nada

pudo con el SER TRIPERO, ese que renace a diario. Ese pueblo tripero fanático en términos filosóficos.

El Tripero, como el esclavo de Hegel, es quien mueve la historia, entonces, superando contradicciones. Es así una forma constitutiva del pueblo tripero. Gimnasia es una forma de ser, una forma de hacer.

El fanatismo es para Cristian una forma de ser. Vivir Gimnasia para él es todo, es su vida, su historia. La historia que él hizo. La historia que tantos triperos fueron escribiendo. Gimnasia es el fan, Gimnasia son todos los triperos. Una forma de ser. Un fanatismo. Un entusiasmo constructor.

* * *

–Vieja, me voy a ver vóley

–¿Vóley?

–Sí, juega Gimnasia.

–Pero, ¿vóley, desde cuándo?

–Desde hoy –dijo Cristian hace 8 años.

Y nunca más dejó de ir a ver a las Lobas, vivió campeonatos de las chicas, alegrías, enojos, festejos y mucha garra gimnasta ahí. Sí ahí, donde se respira deporte, se respira música, se respira pasión. Es imponente y cualquiera se siente pequeño ante semejante inmensidad. El **único Polideportivo de la ciudad de La Plata** está frente a sus ojos desde el 2009 cuando decidió cortar el cordón de la herencia divina con su padre.

–Mi papá es lo más grande que hay, él me enseñó a Gimnasia.

Cristian tomó la posta de su papá, esa posta que decidió virar hacia los deportes amateurs. Él decidió conocer más de lo que su papá le había enseñado. Se independizó, entonces, pasionalmente. Una vez más: el alma tripera, el corazón Azul y Blanco avanza, madura, crece, se educa y hace su propia historia.

Y ahí se encuentra Cristian, cada fecha, en el Poli con sus “amigos de tablón”. En el Poli, sí. Todo para él. Gira sobre su eje y contempla. Butacas azules y blancas envuelven la cancha de parquet que pisa y en la que tantas generaciones de deportistas se formaron, compitieron y se coronaron. En la que tantos socios decidieron los destinos del Club, en la que tantas bandas de rock hicieron vibrar corazones como si de gimnasistas se trataran todos. Paro

también fue ese lugar el elegido para eventos nacionales e internacionales, para la preparación de la Selección de Básquet y para deleitarse con estrellas deportivas.

Arriba de las butacas, en los dos extremos: la popular. ¡Y qué le van a hablar de pueblo al corazón triperero! Sabe de qué se trata. Allí miles de compañeros cantaron y alentaron a las Lobas y a los Gladiadores, el eco puede sentirse. Ahora. Siempre. Los acordes de “Ji-Ji-Ji”, “El Farolito” y “Vasos vacíos” siguen resonando veinticinco años después, como las vibraciones que se sienten en la piel. Esa piel de Lobo que se eriza cada vez que Gimnasia da vuelta un marcador adverso en el segundo suplementario con un triple (in)esperado, o cuando las Lobas meten un bloqueo para convertir el tanto ganador del set.

Los Redondos, Fito Páez, León Gieco, Los Piojos, Los Fabulosos Cadillacs, Molotov, Guasones, Soledad Pastorutti, entre otros; partidos y campeonatos de vóley y básquet; ascensos y descensos; fiestas, galas, asambleas, discusiones, abrazos y festejos; anfitrión de extranjeros y de festividades y eventos de orden político, del espectáculo y del deporte nacional e internacional. Todo en el Polí.

El Polideportivo es patrimonio gimnasta y de la ciudad de La Plata. El fan lo sabe y, parado en el centro de esa enorme madriguera, es invadido por una profunda sen-

sación de realización. Es en ese lugar donde el corazón triperero entiende el sentido de las cosas, el sentido de la vida, el sentido de pertenecer.

Fue en ese lugar sagrado donde Cristian conoció la verdadera amistad. Fede, Ale, Héctor, entre otros, son sus amigos. Esos amigos que el Lobo le dio y que, juntos, son parte del pueblo y la música que habitan el Poli y el San Luis para bancar a las mujeres triperas. Ellos son el séquito que, religiosamente, están. Firmes. Están.

—Gimnasia y mis amigos son lo más importante y tengo que cuidarlo.

Cristian es tímido. Le cuesta abrirse con los demás, con situaciones nuevas, con gente desconocida por conocer. Siempre le fue difícil, una materia pendiente de los tantos colegios que visitó. Varios colegios porque ninguno supo controlar ese ser rebelde, esa conducta desordenada.

—El psicólogo me dijo que todo lo que sea de Gimnasia me da la facilidad de socializar, lo demás... cuesta un poco más.

La psicología también considera que a todos nos falta algo desde el momento en que nacemos y de ahí el llanto del bebé. De ahí que vivamos siempre motorizados por conseguir algo que, creemos ocupará la falta, pero

no. Siempre está esa sensación de insatisfacción. Según este pensamiento de Jaques Lacan, a cada humano le hace falta el útero de su madre. Es decir, extraña aquella situación que, naturalmente, no volverá a vivir.

Bueno, entonces no hay mucho por hacer, dirán los que lean esto y no conocían esta teoría. Claro, sucede que uno nace con una falta. La falta fundacional, podríamos decir. Pero nadie sabe que lo que le falta es el útero de la madre, ¡más vale! ¿Cómo pensar semejante cosa? Entonces, es ahí como la vida y uno mismo empieza a generar realidades, una especie de dobles de riesgo de esa falta. Un auto, una casa, un celular. Más profundo y, quizá, doloroso en algunos casos: padres, hermanos, amigos. Y he aquí el eje de la cuestión.

Cristian creció con la falta de buenas amistades. El psicoanálisis también dice que llega un determinado momento en que no deseamos más nada, donde esa falta desaparece y es una vez muerto. Desde acá le decimos a Lacan: ¡No, muchacho, usted se ha equivocado!

Hay un momento donde la falta desaparece y la persona no desea más nada y es el preciso instante en que se encuentra con Gimnasia. Sí, Gimnasia y Esgrima La Plata.

–Gimnasia es ese amigo que no tuve, que me da todo y no pide nada.

¿Qué te da?

—Amigos. Más amigos.

A todos nos falta algo y Gimnasia ocupa ese lugar vacío sin problemas. Es todo lo que a cada ser le falta en la vida. Sólo algunos, quienes hayan alcanzado el nivel máximo de realización de la raza humana pueden dejar entrar al torbellino de pasión azul y blanca a su alma. Sólo un tripero alcanza ese nivel y sólo él entiende de qué se trata.

—El Lobo es mi mejor amigo, mi buen amigo.

* * *

Primer día del mes de junio de 2017. Cristian había festejado su cumpleaños el día anterior. Con 21 se acercó, como cada fecha, tempranito, al Club San Luis para apoyar a las Lobizonas. Esas chicas que dejan todo por la camiseta. Esas guerreas que a pesar de las situaciones más adversas y desventajosas para entrenarse y competir, levantan la cabeza. Las que con armadura de pasión, espadas corajudas y el empuje de toda la mana-

da, avanzan sin chistar por sus objetivos que son los de todo el pueblo tripero.

El Lobo enfrentaba a Universidad de La Matanza por la séptima fecha del Torneo Metropolitano de Hockey. Y ahí estaba firme el fan. Después de atar la bici, se acomodó a un costado de la cancha para ver pasar todas las categorías: la Novena que perdió, la Octava, la Séptima, Sexta y Quinta que ganaron. Llegó el turno de la Intermedia que, según titularon medios partidarios, se encontraba “prendida fuego”. También ganó. Y finalmente, por la tarde, la Primera no pudo poner el broche al asunto y cayó por tres goles contra el de la piba Sanabria.

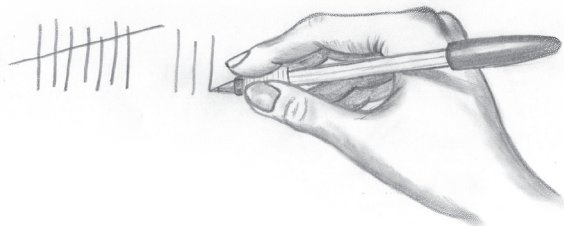
Aplausos. Más aplausos en señal de saludo. Al final de la jornada, Cristian encaraba para su bici. Pero las Lobizonas lo sorprendieron, no lo dejaron continuar su andar. El “Feliz cumpleaños” resonó en el San Luis. Un buzo con capucha azul que en la manga derecha dice, en blanco, “Gimnasia” y, en el pecho, del lado del corazón, el escudo donde se lee “Hockey”. Sí, el mismo que usó en la parrilla. Ese fue su regalo.

El Lobo estaba de fiesta, como siempre. El fan estaba siendo agasajado y retribuido por las chicas del hockey tripero. Unión de fuerzas en un instante. Amor de ida, amor de vuelta. Eso es Gimnasia. Y el sentimiento no se termina.

Y era distinto, nomás.

–Me contaron que había un fan y entendí que era yo.

ATRAPADO EN LIBERTAD



*“Qué duda cabe que llegará ese día
imposible, utópico,
en que las palabras ocupen las celdas
y los hombres salgan a pasear sus propias vidas.”*

Ricardo Bizarra.

–Voy a cantar con mi hija un par de temas, “El equipo de Jesús”, “El equilibrio del mundo”, de Sambayoni, “Las sirenas”, de los Espíritus y alguna del Flaco.

-¿También sabés cantar?

-No, pero tampoco se hacer radio, ni teatro. No se escribir, ni actuar, mucho menos dar clases de eso.

-¿Y?

-Lo hice igual.

De filosofía y libertades ricoterías

Cincuenta personas eran las que disfrutaban de la fiesta del varieté redondito en el 82 en un teatro platense. Los años anteriores a la presentación de Gulp! en Cemento, cuando poco más de ochocientas personas cantarían La Internacional comunista palpitando la salida del Indio, Skay, Bucciarelli, Fargo, Crook, Ávalo, coristas y del periodista Rosso que se vestiría de oso en "Ñam Fri Frufi Fali Fru", se gestaba en plena dictadura cívico militar el germen de una expresión de delirio artístico en La Plata. Vida ante la muerte. Luz frente a la oscuridad. Amalgama de diversas manifestaciones humanas versus la única y omnipotente del garrote. Aparición del arte más multifacético de todos frente a la desaparición de miles de rostros.

Es que esa famosa receta de una tal Patricia Rey se fue cocinando en el *under* platense. *Bajo la tierra* del

éxito, la fama y las presiones culturales. Bajo la tierra y desnuda de imposiciones comerciales. Lo más puro de los redonditos de ricota de Rey se expresaba de manera simple y natural con restos de Cofradía en su ADN por bares y pubs. Y teatros como el Lozano. O también en el cabaret Tango Club de 1 y 61 hoy más conocido como "Puticlub". Y también en las reuniones en la casa de Skay o en la de la Negra Poli, y los ensayos en el Pasaje Rodrigo.

La receta tenía rocanrol, filosofía, ballet, teatro, una pizca de humor, circo y cantidad necesaria de psicodelia. Y muchos personajes que el éxito ricotero olvidó bajo la tierra del *under* y son pocos los que hoy los recuerdan. Al escenario subían también: "El Doce" Gaudini, un gordo simpaticón repartidor de fantasías y buñuelos de ricota y nuez antes de los recitales en el Lozano. Según decía eran afrodisíacos. Él se vestía de sultán. Gran militante de los derechos humanos. Siempre de este lado de la mecha.

En aquel disparate talentoso aparecía también Sergio Martínez o *Muferchus Filosofoforum* vestido de tirolés hablando en alemán, recitando filosofía heideggeriana. Pepe Fenton, el bajista inicial y el último hippie. Ricky Rodrigo un guitarrista de la puta madre y el de la familia del pasaje de 51. El Mono Cohen (Rocamble), artífice y difusor de identidad. Quipe Peña, fotógrafo de estrases, sedas chillonas, narices de payaso y vestidos de flamen-

co. Sensualidad congelada desde 1978. Cuerpos y melodías rockeras desafiantes bajo la tierra del orden. Antes de que Los Redondos editaran Gulp! ya sonaban entre diagonales "Superlógico", "Mariposa Pontiac", "Nene, nena" y "Pura Suerte".

Muchos fueron los privilegiados que se deleitaron con aquella perversión rocanrolera que se pervertía para no ser considerada perversa por la gorra de turno. Así los Redondos hacían teatro y no rock. Todo bajo control. Una vuelta, en el teatro Lozano, llegó a durar 4 horas un recital redondito. Parecía que no había mucho establecido de antemano, todo sucedía y ya. Ahí estaba Ricardo Bizzarra entre tantos jóvenes. Ricardo, como loco por ese rock que lo moldeaba y comenzaba a definir. Esos delirantes interpretaban y escupían a colores: "Verte feliz no es nada, es todo lo que hacemos por ti", y no sabían ni de casualidad que lo que hacían por Ricardo era todo.

Ricky Bizzarra con 22 años agitaba de este lado del escenario. Sabía que aquello que veía la rompía, que iba contra lo malditamente establecido, que la poesía era encantadora, el gordo un cago de risa, la voz del Indio particular y única. Sabía que pertenecía a ese colectivo bajo tierra. No sabía hasta qué punto, no. No sabía, claro, que después de Pabellón Séptimo conocería al "Doce" después de, aquel, haber estado *guardado*. No sabía que sería su amigo entrañable que lo haría cagar

de risa, aun después de haber recibido 20 puñaladas en la espalda. Aun hoy, recordándolo.

Mientras la fascinación calaba profundamente en sus venas al ver semejante espectáculo multifacético, Ricky no sabía que conocería a Fenton y sería como su hermano. No tenía ni idea que aquel delirante monologuista de "Ser y Tiempo" los acompañaría a las peñas platenenses. No estaba al tanto que aquella noche le marcaría el camino y que nada sucede porque sí. Que uno camina, siempre los circuitos que lo identifican, que las calles que se caminan llevan una y otra vez al mismo centro, a la misma raíz de sensaciones.

Ricky ni siquiera intuyó aquella noche del 82 en el Lozano, que más adelante el teatro y la escritura serían su arma de transformación, que en una jaula de gente se cruzaría con la Bestia Pop de esos mismos Redondos, y que la vería vagar por tribunas y andenes de todo el país, agitando la Azul y Blanca, vistiendo la del Lobo, levantando la del pueblo. Esa misma camiseta que Ricardo vestirá 35 años después en Olavarría junto a su hijo, en lo que será, quizá, el último show del Indio Solari.

Los Redondos, el rock, la resistencia, la perpetuidad y el amor certero, la libertad y la justicia, la poesía, el arte, la filosofía, el teatro y el baile frenéticamente provocador. Aquella noche de contracultura en las calles grises de 11

entre 45 y 46 de una ciudad fría de miedo y ausencias, Ricky encontró su libertad.

La libertad de cantar igual

Su voz es particular, raspa el aire con su sonido metálicamente grave pero lo acaricia con socarronería. Se la juega a morir. Piensa cantar porque le gusta. Punto. Qué carajos importa si sabe o no sabe. Quiere hacerlo y lo hará. Su hija, Mora, toca la guitarra y le hace el aguante en todas. Así que juntos darán un gran show por algún bar de la ciudad.

Hoy con su pelo entrecano, con algún que otro infarto en su haber, con calles caminadas, con barrios pateados, con dos hijos, una esposa, con su amor a Gimnasia y Esgrima La Plata, con una mochila rebalsada de experiencias y conocimientos adquiridos, sostiene e insiste que la música lo marcó. No sólo eso, va más allá...

—Los Redondos me definieron, el Flaco Spinetta y Dylan me salvaron la vida —dice—, y Sumo está acá, en mi corazón.

Su vida puede explicarse como un cúmulo de acontecimientos continuos, uno al lado del otro y sin fisuras. Sin la música habría huecos, existirían vacíos donde uno se preguntaría, ¿acá qué pasó? Y, por ahí pasó Dylan, o

Spinetta. Su vida no puede explicarse sin la música. La música es una parte constitutiva de esa persona que hoy quiere cantar junto a su hija en algún bar bajo tierra.

La libertad de hacer teatro igual

“El Negro José Luis: un ayer de barra brava y un presente de actor”, tituló La Razón de La Plata el viernes 18 de diciembre de 1987. Tres días después, Ricardo Bizarra, en una carta de lectores dirigida al mismo diario platense, repudiaba la nota.

—Habían mandado un periodista de espectáculos y la nota aparece en “Policiales”, unos hijos de puta, mirá a foto que le pusieron al Negro, pareciera que está en combate.

Los tipos se mandaron a reafirmar lo barrabrava de José Luis, más que a destacar el acto que había tenido lugar en la Unidad Penitenciaria número 9 de La Plata, donde un grupo de internos representaron dos obras de teatro. Fue una movida cultural donde el Negro había sido uno más. Pero claro, resulta que a José Luis lo daban por muerto. He aquí la cuestión, comuniquemos la que vende. ¿A quién carajos le iba a interesar que los presos actúen?

—Y pensar que estos tipos eran progresistas.

Jaula de gente

La Unidad N° 9 ocupa cuatro manzanas de Villa Elvira y sus muros tétricamente grises se ven a dos cuadras. La fachada de madera barnizada y vidrio espejado es un tanto más amable que sus otras tres caras pintadas de un blanco viejo y descascarado.

Sobre la calle 76 unas rejas decorativas, para nada oxidadas, lucen un color negro brillante que hace juego con el verde primaveral del jardín de la vereda. ¡Qué linda está por fuera la cuestión! El pasto tiene un corte prolijo y al ras. Algunos presos consiguen el privilegio de ser jardinero extramuros.

La cocina está tan cerca de la calle, que los vecinos que caminan por el lugar perciben los olores e imaginan la preparación de cada plato, que será consumido por los internos en los horarios estrictamente establecidos. En la cocina también trabajan algunos detenidos que disfrutan de ver el exterior a través de las altas pero pequeñas y alargadas ventanas.

Sobre las paredes de la cocina dice en aerosol negro: "Jaula de gente". Y Ricardo Bizarra es uno de los tantos voluntarios que intentan resocializar a aquellas personas que conviven con un sistema penitenciario viciado de perversas costumbres de hombres uniformados con aires de superioridad y abuso de tal.

En el año 83 empezó a trabajar en las cárceles y su primera parada fue la cárcel de Olmos. Estudió filosofía.

–En dictadura sacaron una ley que prohibía cursar tercero si adeudabas materias de primero.

Y el adeudaba Latín I, de primero.

–La daba un facho y estuve todo un año para darla, entonces para no perder tiempo me anoté en Magisterio.

Y cuando terminó, Pablo, su amigo quien era el director de la cárcel lo convocó para que diera clases. Así fue conociendo otros penales donde podía ejercer como maestro. De boca en boca fue generando su *docencia under*. Ese bajo tierra que tanto mamó. Está vez bajo tierra y entre rejas.

Presentó un proyecto de educación y a los dos meses se aprobó y quedó a cargo de dirigir un taller de teatro con la asistencia del director teatral de la Universidad, Norberto Barruti. En la fría Unidad 9, en democracia, sucedió el encuentro. Había varios pibes de La Plata, muchos eran hinchas de Gimnasia, como él.

Ricardo y 20 alumnos se reunían cada tarde donde funcionaba el teatro, bien en el fondo. Antes de llegar a la última reja hay una división: vas para un lado, la escue-

la; para otro, los talleres. Un teatro, teatro. Con butacas y todo. Con escenario de un metro setenta.

—Lo tenían medio al pedo y yo empecé a hacer ensayos ahí.

Empezó el acondicionamiento, la puesta a punto. Mientras algunos preparaban los personajes, otros pibes hacían toda la conexión de luz. Así se laboraba. Todos. Mientras ensayaban uno de los pibes triperos le contó a Ricardo que en la unidad también estaba guardado el Negro José Luis. Lo quiso ver.

El Negro ese que habían dado por muerto. Ese que había recibido unas puñaladas en el Bosque. El Negro, ese que como Ricardo, daba cátedras de vida a los pibes que, arrojados a las calles y encerrados como animales, todavía no la habían entendido.

Se dedicó a ayudar a los demás, a llenar vacíos, a mantener contentos a los que lo rodeaban, a revertir injusticias y denunciarlas. Siempre tuvo una mano para tenderle a cualquier persona, ya sea facilitando la entrada a una cancha, plantándose frente a cualquiera que maltratara a una mujer o un pibe, curándole una pierna a un desconocido tras un tiroteo, o dando consejos a los muchachos que no podían ponerles límites a su vínculo con las sustancias. Tuvo mucho para dar y tiene mucho dado. Sigue cultivando a diario, miles de jardines en almas guerreras.

Paradójicamente, Ricardo Bizzarra, quien dedicó su vida a transitar los mismos caminos del respeto y abrazo justiciero contra atropellos de mierda contra el ser humano... paradójicamente, Bizzarra, con las mismas cualidades que Torres pero, según él, "sin tanto huevo", quiso verlo. Paradójicamente o no tanto, el *under de la vida* los unió, otra vez.

Te conozco de antes

Es que los dos son triperos. Se habrán dado cuenta cuando arriba se habló de características que hacen a la guapeza, a hacer la que pinte sin joder a los demás. ¡Tripa, papá! Los dos son de la misma época, o más o menos. Pero que andaban por las mismas canchas y andenes, no hay duda.

Resulta que Bizzarra dio sus primeros pasos en la esquina de 4 y 49, a dos cuadras del Polideportivo del Lobo. En esa esquina, frente al ex Mercado de Buenos Aires (que hoy oficia de estacionamiento), su abuelo tenía un comercio. Negocio que creció a almacén, de almacén a supermercado y después a mayorista. Justo donde hoy funciona la cervecería. Y ahí andaba el pequeño Ricky entre estanterías con su primo con el que no sólo compartían sentimiento albiazul -como toda su ascendencia-, además tenían la misma edad: diez.

Iban a la colonia de vacaciones en verano y a la techada con su carnet de socios cadetes. Con los tíos y el abuelo. De lejos divisaban la gloriosa. Les llamaba más “la Centenario” y su pogo de tablón, que el partido que se estuviese jugando en el campo de juego del Zerillo. Ellos querían rocanrol.

Ahí nomás del negocio de 49, el Loco Tabbia administraba un barcito. En diagonal 80. No solo era el capo de la barra tripera en aquel momento, sino que era cliente del abuelo de Ricky.

—¿Así que van a la cancha ustedes? —les dijo el Loco a los pibes—. Vengan conmigo, yo los cuido.

Y lo cierto es que el viejo, el tío y el abuelo no ofrecieron resistencia. Los pibes quedaron bajo el ala de Tabbia que los apadrinó y les dio el rocanrol que querían, o más. O mejor.

Plena dictadura, pero así como a los recitales *under* de Los Redondos no se los consideraba peligrosos, a la barra tripera tampoco. Palos y cadenzos, mano limpia y trompadas. Nada de fierros, facas, ni cuchillos. La tranquilidad y la seguridad del mano a mano. En esa escena aparece el Negro José Luis, el otro capo de la banda del Lobo. No hacía nada malo, lo único que hacía era fajar a la policía y romper patrulleros en Plaza Italia. Siempre a mano limpia y por el bien común.

* * *

Miércoles del 75. Dos de la tarde. Ricardo y su primo ya hicieron los trámites para ratearse de la escuela. Falsificaron a la perfección notas que informaban de su urgente asistencia al dentista. En los papeles, todo legal. Patearon hasta la estación donde los esperaba el Loco Tabbia quien ordenó se les diera Gancia o Cinzano. Había que ir a Ferro. De golpe unos pibitos se acercaron corriendo y le dieron a José Luis una porción de tarta. El Negro ni lo pensó y le dio un mordisco.

“¿Qué hacés, José Luis? ¿Sos pelotudo? ¿No ves que le afanaron la tarta al vendedor?”, dijo Tabbia en lo que fue la escena más dramática de la tarde. Y el Negro le devolvió la tarta al ultrajado. Tarta masticada, pero devuelta al fin. Inocencia y honestidad. Pero automáticamente: *“¡Dale, che! A cantar que vinimos los patronos”*, grita como un desaforado José Luis. Jugaba el Lobo que manda en todos lados. A demostrarlo, sean cincuenta o miles.

El Negro siempre tuvo la libertad que necesitó para hacer lo que se le cantó las pelotas, para pararse con el pecho en alto frente a cualquier circunstancia adversa. Esa libertad que Ricardo también conoce, que fue tallando y rellenando huecos con música, con arte, con

relaciones, con Gimnasia. Y al Negro se lo eligió como líder de una manada, y el que no le tenía miedo, lo respetaba. Miedo... ¡qué locura, si tan solo lo hubiesen conocido! Ricardo pudo hacerlo. La vida los juntó puertas adentro, en otra circunstancia. Con la libertad de uno de ellos no tan libre. Pero siempre erguido, con la cabeza en alto, el mentón arriba y mirada desafiante.

Es el *under* de la vida, el encierro de lo disfuncional, el momento en que mentes brillantes como la de Foucault se percatan del sistema carcelario perverso, donde se retiran a las "personas peligrosas" de la sociedad para castigarlas aun corriendo el riesgo de volverlas más peligrosas. Que la cárcel no es la solución, que ningún pibe nace chorro. Ya lo decía Foucault, sí. Con otras palabras. Si hasta Monzón -a quién algunos aún respetaban luego de matar a su mujer- la pasó mal adentro. Pero el Negro no. Y querían hacerte creer que era un tipo peligroso. Que si pasabas por el Club Atenas o Plaza Italia te cagaba a palos cuando no te robaba. Mentira.

Y en la Unidad 9 se lo presentaron nomás, como si el pasado de *los patrones* no hubiera sucedido jamás, se conocieron de vuelta. Esta vez, un amigo en común sirvió de anzuelo y puntapié para el acercamiento: Pepe Fenton. Otra vez, Los Redondos. El Negro no se acordaba de Ricardo, pero Ricardo sí de él. Y se cayeron bien. Y se cagaron de risa juntos.

Jueves diez de diciembre del 87. Se estrenan en la unidad dos obras de teatro. "¿Quién, yo?" de Dalmiro Saenz y "El acompañamiento", de Carlos Gorostiza. Obras del género absurdo que cuestionan el poder y lógica aparente, indagando y ubicando a los hombres frente a la injusticia y la muerte con hilarante humor. Fueron familiares, amigos, funcionarios, hasta Diputados. Claro, las autoridades del penal estaban dulces porque se hacían cargo de semejante actividad. A Bizarra ni le calentaba, sólo le interesa (ba) el laburo colectivo, solidario y desinteresado. El aprender riendo.

¡Qué sorpresa se llevaron todos cuando apareció sobre el escenario el Negro José Luis! ¿No estaba muerto? Y era bastante quilombero, pero no choreaba, no era un delincuente. Pero lo sacaron de circulación un tiempito, para marcarlo. Un escarmiento. Y ahí estaba. José Luis, con un parche de pirata en el ojo, largó una carcajada seguida de un grito de guerra: "¡Dale Lobo!", y siguió actuando. Todos los presentes lo reconocieron y una caratata de aplausos resonó en esa tumba donde el Negro revivía, una vez más.

Y después se terminó. Al año siguiente Ricardo se fue, llevó el proyecto a otro penal. Al Negro lo cruzó afuera, en la calle. Pero en este tercer encuentro, el Negro lo recordaba y respetaba como su maestro. Esa vez fue distinto.

-¿Diste clases de teatro afuera?

-No. Solamente en la cárcel.

-¿Por?

-Porque me importa tres carajos si la subjetividad de los tipos que tienen posibilidades de elección se transforman -dice-. Estoy convencido que una apuesta es llevar arte a las cárceles y cosas que sean creativas, no mecánicas y así lograr efectos y dejarnos de joder con el castigo.

La libertad de hacer radio igual

Edgardo Gaudini, el Doce, el Sultán, el cocinero de Los Redondos, el de los buñuelos. Sí, ese. Era el conductor del programa "El pez náufrago", de Radio Universidad. Un programa delirante de "preguntas y sospechas". Ricardo Bizarra co-conducía y producía. Fue a mediados de los 80 y duró una década más.

-Era muy divertido, el gordo era un personaje, un cago de risa -cuenta Ricardo -.

Una de las secciones se llamaba "Los marginados del sexo". El Doce viajaba, entraba en las villas, lo conocían

y lo respetaban. Empezó con zoofilicos porque conoció a dos pibes que venían del interior y habían practicado sexo con animales, después llevó a la radio a Ruth Mary Kelly, una de las primeras prostitutas. La mina vivía en la Isla Maciel y ya tenía como setenta y pico de años cuando fue a la radio.

–También con cuadripléjicos, llevó un tipo que se re enganchó y dijo: es la primera vez que me hacen una entrevista donde me siento como un ser humano.

No por nada el Doce era cocinero de Los Redondos, cocinaba muy bien. Otra sección era, entonces, “Cocinando con el Doce”. Y cocinaba con el entrevistado de turno. Una vez hizo malfatis: los malhechos. “Y sí, te hicieron mal”, le repetía al entrevistado.

–El programa iba una vez por semana, pero el gordo era un hincha pelotas, te pedía: quiero el tema de Astor Piazzola con Gerry Mulligan del 74, tocado en aquel teatro italiano –dice–. ¿De dónde sacábamos los discos? No teníamos acceso a la red.

Entre encares, programas y fiestas pasaron miles de historias juntos. Y pensar que aquella noche en el Lozano, Bizarra ya lo había conocido y se había maravillado con su extravagante actuación. ¿Quién diría, no?

La libertad de escribir igual

Lo bajaron a balazos en Rosario. Fue un tiroteo con la policía... Así arranca "El 22". Poema de Ricardo Bizarra en memoria de Marcelo Amuchástegui, "el Loco Fierro". Así lee Carlos "Tato" Amuchástegui, el hijo de Fierro, ahijado del Negro José Luis el día del cumpleaños 50 de Ricardo.

Fue en el 2010. Las almas del Negro y de Fierro brotaban de las palabras de Tato con una potencia energética que no se veía desde el manotazo que le puso el Loco a un milico en la cara bajándole los Ray-Ban oscuros y un poco su delirio de grandeza, allá como en los 80 en el Bosque. Que no se sentía desde que el Negro la agitaba en cancha de Argentinos para que dejaran pasar a los pibes. La emoción de escuchar su escrito dedicado al Loco, recitado por Tato, viajó con la velocidad más audaz, de la misma calaña de la que Marcelito usó aquel clásico para cruzarse toda la cancha, robar el trapo vecino y traerlo como trofeo a la manada. Inolvidable para Ricardo, que de recordarlo se emociona y moja sus ojos con dulce licor que acompaña la piel de lobo que recubre su ser. "Feliz cumpleaños", dice el pibe Amuchástegui al finalizar el video. Y Bizarra atesoró ese momento en el cajón de los más felices.

Como trabajó mucho tiempo en cárceles hubo historias que le partieron la cabeza. Entonces, se dio cuenta que

la única forma de liberar era escribirlas. Que la libertad estaba en la escritura. Que las palabras querían salir de sus celdas. Que él era libre de hacerlo. Y se mandó a hacer poemas o como le gusta llamarlos “cuentos poetizados”. Escribió sobre los de adentro y sobre lo de afuera que habían estado adentro. Sobre dos de los redonditos originales: Mufercho y El Doce. Uno sobre El Loco Fierro, otro sobre La Bestia Pop, el Negro José Luis. Los reunió en un libro que se titula “Poemas infames”.

Pero no quedó ahí, escribió una novela también, bajo la misma lógica del encierro, de ese encierro que le voló la nuca. Se titula “Reclusa” y tuvo una mención de honor en el concurso “Aurora venturini 2011”. Y publicó muchísimos artículos sobre educación en cárceles y además se lo consulta como conocedor ricotero. Es miembro fundador del Grupo de Estudios sobre Educación en Cárceles. Y ahora que está jubilado, no pierde tiempo y semanalmente se junta a pasarla bien con gente cálida en un taller de escritura, donde leen y escriben. Anda con libros todo el día y cuando tiene un momentito se sienta en algún bar, pide un café y lee.

Lee y escribe porque lo considera arte. Y en el arte se pone mucho de uno, al menos así lo cree. Al tocar una guitarra, al componer un tema, al escribir una poesía, uno pone en juego su creatividad y su sensibilidad. Uno está poniendo un pedacito propio en esa pieza artística. Ricardo es un hombre con una sensibilidad extrema,

con una calidez y sencillez de pueblo, con el corazón abierto y decidido a dar. Con mirada afectuosa y sincera. Ahí está, sentado en un bar y agradeciendo a la vida ser de Gimnasia.

La libertad de amar igual

–Gimnasia es mi historia y la de mi familia –dice con lágrimas en los ojos y la rudeza en su voz no tan ruda.

Es su historia y su futuro. Ricardo no puede explicarse sin Gimnasia. Eso que decía de los huecos vacíos de momentos sin Spinetta, Dylan o Los Redondos, lo mismo sucede con el Lobo. Hasta infartado, en el hospital, pidió a gritos ver Gimnasia-Tigre en 2013. Morir es una posibilidad. Pero el Lobo es una convicción.

–Un día llegué a una certeza, en una crisis existencial muy grande, dije: puedo dejar de escribir, puedo dejar a mi mujer, pueden dejar de gustarme las mujeres, me pueden empezar a gustar los tipos, puedo ser travesti, monje o talibán, pero lo único que no podría dejar de ser es de Gimnasia.

Es cierto. En un mundo de posibilidades lógicas existe todo. Ya lo decía Mufurcho en el teatro Lozano al recitar Heidegger: *el hombre está arrojado al mundo de*

las posibilidades, el hombre mismo no es real es una posibilidad. Lo que el alemán llamó el "Dasein". En ese mundo de posibilidades infinitas, Ricardo Bizarra tiene dos certezas absolutamente certeras: el amor a Gimnasia y el amor a sus hijos. Dos tipos de sentimientos, dos amores plenos, puros y únicos.

—Es mucha pasión, sé que los voy a amar como sea. El Lobo y mis hijos, mi pilar.

—¿Pero qué te da Gimnasia?

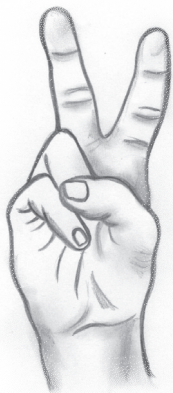
—¿Qué me da? —se ríe—. La alegría de haberlo conocido y poder participar de eso, dejarme ser uno más de los que estamos en su historia.

Y no espera nada de Gimnasia, porque lo ama. ¿Qué espera de los hijos? Que sean felices. Nada más. La plenitud pasa por levantarse y decir: ¡qué lindo encontrarme de este lado de la mecha, qué lindo es ser Tripero!

—Esperar una retribución de alguien que uno ama es como dejar decaer un poco ese amor.

NdR: En breve, Ricardo se presentará en algún bar de la ciudad, en el under, con su hija y algún libro debajo del brazo. Cantará temas que lo definieron como tal, canciones que le dieron sentido a su vida. Esa música que inundó de sensibilidad esos vacíos existenciales. Hoy ES una posibilidad. Hoy TIENE una posibilidad. La de cantar, su asignatura pendiente. Y seguirá transitando sus posibles y cuando no pueda hacerlo y la posibilidad más posible se haga carne, habrá discípulos que recorrerán su camino, ese que él les enseñó.

¿BARRABRAVA QUIÉN?



*“El Negro hizo lo que se le cantó las pelotas, que es una
manera de ser libre”,
Gabriel Fernández.*

El alboroto de bocinazos, risas, gritos y palabras danzantes retumban entre los edificios del centro de la ciudad. El azul y blanco predomina en las calles grises que intentan teñir de luto lo que es una verdadera efervescencia de pasión, amor y carnaval tripero.

Las calles de La Plata son testigos de algo que jamás creyeron presenciar y que nunca más sucederá: un séquito de cientos de personas delirantes y descontroladas, de fiesta, con bombos, trapos y cartones de vino acompaña un ataúd hasta el cementerio. ¿Festejan la muerte? No. O sí. Simplemente porque está dando lugar al renacimiento de la identidad gimnasta, porque entre todos se le está abriendo el paso de la eternidad al hombre que personificó los verdaderos valores triperos: justicia social, solidaridad, familia y compañerismo.

Ahí van, desde Sepelios Ruiz en 39. Ahí van por el Polideportivo de 4. Ahí van por Plaza Italia. Como un imán energético, los triperos -y no tanto- se unen a la caravana surrealista -y no tanto- y, automáticamente, se empoderan de ímpetu y enarbolan en miles de banderas el sentimiento más puro de nostalgia y tristeza rebautizadas este día como alegría de ser parte.

El Negro José Luis encabeza la multitud, como en Vicente López, en la Boca o en Lanús. Adelante, su energía mueve y van tras él, camino al cementerio donde reposará su delgado cuerpo. ¿El cajón? Puro simbolismo. Una especie de estandarte donde la esperanza y el fervor de las personas que lo rodean demuestran que la muerte no es tal cuando alguien se convierte en un mito.

El 7 de junio de 2001, José Luis Torres fue el jefe de su propio sepelio, marchó delante de cientos de tripe-

ros marcándoles el camino para hoy y para siempre. No está adentro de esa caja de madera que tiene el escudo de Gimnasia al lado de la cruz. Está adelante, de joda, con su corte *stone* y la musculosa que alguna vez fue negra. Encabeza con su jean -que supo estar sano- y las ojotas. Corta el tránsito, está atento a que nadie moleste, que todo fluya en sintonía. Eso quería el Negro y ahí va, guapo y atrevido. Puro rock triperero.

Hoy no se muere nadie, ¿estamos? Hoy se nace. Nace un nuevo mito, renace la identidad gimnasta que él masticó junto al Loco Marcelo para desperdigar por todo el país.

“Cuando me muera quiero fiesta de la morgue al cementerio”, había dicho el Negro. No había plata para bancar una despedida de esas que hace todo el mundo porque los triperos no son todo el mundo, los triperos son la periferia, lo sencillo, la humildad. Se debía saludar al Negro como estuvo acostumbrado a vivir en la tierra y no había plata. En menos de tres horas los Amuchástegui, los Torugos, los Delmar, los Lemos, los Montesino, el negro Domínguez y tantos triperos más juntaron lo necesario para pagar la casa velatoria donde se haría la previa a la caravana.

Y así fue como el Negro tuvo su merecido paso a la inmortalidad, a la eternidad. Ahí donde él mismo dijo que iba a desplegar una bandera que dijera: “Triperero hasta la muerte”. Y es ahí, desde la eternidad donde cada día

agita el trapo para darle empuje al pueblo tripa y dar batalla a la que sea, desde abajo, arriba o del costado.

Abrazados a la algarabía albi azul, frenéticos de pasión y en pedo, todo un pueblo despidió, hace 16 años, al cuerpo del Negro que quedó en el cementerio de La Plata. El cuerpo quedó, el Negro vive.

Desobediencia justiciera

Y se murió a los 46 años cuando iban a operarlo de la vesícula en el Hospital Gutiérrez pero decidió irse antes. Indomable desde el día que nació, allá por noviembre 1954. Bueno, eso. Nació un año antes de que la "Revolución Libertadora" derrocará a Juan Domingo Perón. Ese Perón del que tantas veces levantó su bandera y la fundió con la Azul y Blanca en cada cancha y sobre tantos pibes difundiendo doctrina y convicciones bien marcadas. ¿Barrabrava quién? "Si soy barrabrava por defender a alguien, así seré".

Daba pelea a quien sea por los atropellos a la dignidad de las personas, por los abusos de autoridad sobre los pibes. Era quien invitaba a la insurrección de la periferia, de los trabajadores y clases más bajas, de los más chicos, de las mujeres. Quienes compartieron tablón con José Luis coinciden en algo: "Tenerlo cerca te daba

seguridad". Y bueno, a las fuerzas policiales esto no le gustaba demasiado y mucho menos en la época de su adolescencia, los fatídicos setenta argentinos. De ahí que el Negro pasara noches enteras en comisarías o, que en medio de recitales, los milicos intentaran reducirlo sin éxito. Los de gorra pasaron a tenerle respeto por no decir miedo.

Fue un héroe colectivo y famoso en la ciudad (y alrededores), más famoso que Los Redondos de Ricota que lo convirtieron en la Bestia Pop. Solari, Skay y la "Negra Polly" daban sus primeros pasos en la composición de su rocanrol exitoso y lo hacían teniendo en cuenta los personajes y elementos más movilizantes de sus alrededores. Visitaban religiosamente el Bosque y por eso comprendieron que si querían romperla con un tema el Negro José Luis debía ser el protagonista. Y así fue. Su héroe fue (y es) la gran Bestia Pop.

Consejos de libertad

Su vieja, el Lobo, el rock, Paloma Azul y Perón. Sus pasiones, todas. Lo de uno, con lo que nace, lo que le tocó y lo que hay que defender a muerte. Lo que eligió y también hay que bancar. Esos discursos le daba a los pibes en los trenes, en las calles. Y los pibes lo escuchaban, como apóstoles.

El Negro daba cátedras de vida a los pibes que, arrojados a su suerte, todavía no la habían entendido. La calle lo conocía y él a ella. La calle lo vio caminar, correr y crecer.

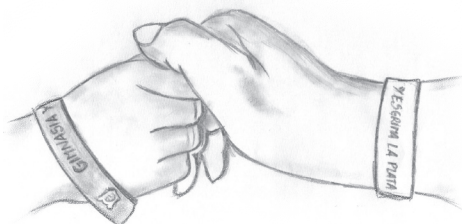
Se dedicó a ayudar a los demás, a llenar vacíos, a mantener contentos a los que lo rodeaban, a revertir injusticias y denunciarlas. Tuvo mucho para dar y tiene mucho dado. Sigue cultivando a diario, miles de jardines en almas guerreras.

Su madre lo trajo al mundo y le dio la libertad que necesitó para hacer lo que se le cantó las pelotas, para pararse con el pecho en alto frente a cualquier circunstancia adversa. Gimnasia le permitió ejercer ese ser y poder transmitir esa sensación a miles de triperos que lo eligieron y respetaron. Militar en la Juventud Peronista le dio la posibilidad de contagiar y hacer entender a todo el mundo que nadie es más que nadie, que la felicidad del pueblo es la prioridad. Siempre.

Su hija, Paloma Azul, tenía 4 años la última vez que vio al Negro. "Va a ser libre, como es el padre", decía José Luis. Ella era (es) su vida entera. Con las alas que su papá le regaló, Paloma vuela hasta lo más alto del firmamento, vuela entre pinos y eucaliptos en el Bosque, entre diagonales y plazas y se encuentra con él, con el Negro transformado en libertad. Ella y él. Los dos. Gimnasia.

A 16 años, el Negro José Luis está más presente que nunca en las libertades rebeldes de cada corazón tripero. ¡Gracias!

SE ELIGEN Y RESPIRAN BOSQUE



*“Un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo,
cuando ha de ayudarle a levantarse”,
Gabriel García Márquez.*

–¿Querés que sea tu mamá?

Keila sumó a su blanca y permanente sonrisa un gesto de regocijo intenso que denotaba plenitud. Levantó, suavemente, su pequeña cabeza desde la falda de Irene.

Buscó su mirada expectante y ansiosa por la respuesta. Mirada rebotante de destellos de cariñosa luz, mirada de la que brotaban gotas del más puro amor. Mirada de impaciencia pasional.

–¿Querés ser mi hija? –insistió temblorosa.

Y no hizo falta hablar. Kei le dio un abrazo de casi cuatro años de espera contenidos en su cuerpecito dañado, pero jamás abatido; un cuerpecito que, a pesar de los golpes, sirvió de armadura para un corazón sin frenos, un alma atrevida y corajuda, un ser sumamente guapo y luchador.

Se eligieron. Se fundieron en lo que sería un lazo inquebrantable. Felicidad líquida amalgamada en una misma sustancia de exorbitante belleza. Fusionaron sus corazones. Estrecharon su relación hasta el más alto nivel de intimidad. Keila no está sola. Están juntas ahora. Dolerá menos todos. Estarán juntas siempre. Madre e hija. Hija y madre. Siempre fuertes, siempre unidas.

Madre

IRENE, nombre griego: "la que tiene paz"

Irene Lugo es la mamá de Keila. Nació en Formosa hace 31 años. Desde su primera semana de vida vive con sus padres. Cuando tenía diez años su papá tuvo un acci-

dente por el que le amputaron una mano. Por el mismo motivo el jefe lo derivó a La Plata a trabajar en un campo. Así llegaron, Irene y sus padres, al corazón de sus razones, a la razón de sus corazones. Así llegaron a la ciudad que siempre los estuvo esperando.

A veces los avatares, que la propia existencia tiene deparados para cada ser, son tantos y generan una transformación tan profunda que uno termina por naturalizar la cuestión. En este caso, Irene, una pequeña de pelo negro y mirada simpática pero reflexiva, pudo adaptarse gratamente a la única escuela privada de la localidad de Lisandro Olmos, dentro del partido platense. ¿Lo naturalizó? ¿Le hizo frente al cambio? Y... un poco y un poco. ¿Por qué? Porque Irene era (es) tripera. ¿Y eso, qué tiene que ver? Mucho. Todo.

Con tan solo diez años ella pudo elegir de qué lado de la mecha se encontraba y se pararía por el resto de su vida. Son momentos de pleno crecimiento y desarrollo donde los chicos forman sus conductas a partir de vivencias, sentimientos y valores adquiridos. Y ella ahí estaba en una nueva ciudad, con gente desconocida, en su flamante escuela con dos caminos de vida bien delimitados y con características propias. Irene debía elegir, sólo uno estaba destinado a ella.

Un camino estaba colmado de bellas compañías y humildad a flor de piel, hijos de obreros laburantes a

los que no les sobraba más que la valentía para encarar la rutina del sistema jodidamente opresor de libertades. Los pibes que conocían la perseverancia y paciencia en la lucha por obtener resultados -tardíos, generalmente-; aquellos que, a pesar de las adversidades, seguían de pie y eran felices sin joder a nadie. O a lo mejor no eran tan felices pero, sin dudas, no actuaban de mala fe. Nunca.

El otro estaba formado por pibes que traían consigo una cosmogonía totalmente diferente a la anterior, primaba la individualidad y el egoísmo por sobre todo valor comunitario.

En el primero caminaban los pibes del pueblo azul y blanco. Irene lo eligió.

Así fue que los compañeros de primaria la hicieron tomar su primera decisión. Así fue que eligió un camino. El primero. En el primero reconoció la lucha de su padre frente a los infortunios y golpes de la vida, la compañía de su madre y la entereza, humildad y siempre sólida solidaridad familiar. El primer camino era gimnasta como su corazón que latía y late gracias al coraje incontenible con el que cada uno de los triperos nace desperdigado por el mundo para, finalmente, encontrarse en el centro mismo de la pasión, el eje neurálgico del sentimiento más acogedor de todos: el Bosque.

En el Juan Carmelo Zerillo, como una epifanía divina, Irene por primera vez se percibió completa. Algo así como el Estadio del Espejo de Jacques Lacan pero con más pasión y en lugar de un espejo, miles de personas vestidas con la camiseta de Gimnasia y Esgrima La Plata como reflejo de su propia existencia. Completud. Sí. Lejos de la teoría del psicoanálisis que limita el proceso a los primeros meses de vida del individuo, cada ser gimnasta se percibe completo cuando en el Bosque se identifica con el otro igual, el reflejo de sí mismo. El nosotros adopta a ese nuevo yo.

Se enamoró de su nuevo *yo*, de su nuevo *nosotros*, de su identidad. Se enamoró de Gimnasia en el Bosque chorreante de dignidad, plagado de pueblo, repleto de pasión. Se enamoró del Lobo no solamente por lo que es, sino por quien es ella cuando está entre triperos. Gimnasia la cautivó aquel 27 de noviembre de 1996 cuando pinceló el verde Bosque de Azul y Blanco y lo musicalizó con la sonoridad más bella de todas: la que emana de las voces más vehementes e impetuosas.

Se enamoró de ese momento. Clásico con los del otro camino, los de la otra vereda, los del otro lado. Los otros, ellos, allá. Nosotros, acá. "El Viejo" Griguol con su locura imparable y la gorra que cobijaba y resguardaba el cerebro maestro máspreciado del fútbol argentino. El Lobo recibió a los vecinos en 60 y 118 por la fecha 15 del Torneo Apertura 96, fue un partido chato en el

campo de juego, pero delirantemente carnavalesco en las tribunas.

Esa tarde templada con olor a eucalipto será recordada siempre por Irene por haber adquirido y reafirmado valores intrínsecos a su identidad recién despierta; por haber conocido al amor de su vida y compañero eterno: el Lobo para toda la vida.

Con diez años eligió trepar la montaña más alta, eligió por convicción. Adoptó y dio inicio a una nueva relación que había germinado allá en Moreno, al nacer. Tuvo la posibilidad de elegir vivir todo el tiempo con la razón, pero eligió ser tripera.

Creció junto a Gimnasia, firme en cada paso estaba a su lado. El Lobo su todo. Terminó el colegio. Estudió Odontología en la Universidad Nacional de La Plata hasta tercer año. No terminó. Le gusta mucho el Periodismo. Quiere estudiar Fonoaudiología. Tiene 31 años. Es Mecánica y Asistente Dental. Trabaja como Secretaria de un Médico por la tarde. Es voluntaria del Programa de Asistencia Médica Integral (PAMI). Lleva el cine a lugares donde las personas no pueden acercarse o no tienen la posibilidad física y/o económica como hospitales, hogares, geriátricos. Además de películas lleva caramelos, torta, pochoclos y su aura luminosa, su energía cálida y gratificante. Lo hace para compartir lo más preciado e irre recuperable: el tiempo y con gente que lo valora enor-

memente. El ambiente cambia para aquellas personas que se encuentran solas, enfermas o abandonadas. Desde su lugar, Irene reparte lo que le sobra: amor del más puro y verdadero, ese que no cotiza en bolsa.

Así, entre tanto cine y pochoclos, un día pidió permiso para llevar una película al Hospital Neuropsiquiátrico Infantil de Olmos, donde viven una veintena de chicos con discapacidad. Allí la esperaba su hija.

Hija

KEILA, nombre griego: "bella"
NAHIARA, nombre hebreo: "valiente luchadora"

Las diagonales no florecen -jamás- para los *caminantes eternos* que, sin techo, deambulan por la ciudad en busca de paliativos transitorios para sus necesidades básicas. Aquel junio de 2009 el frío escarchaba las gotas de rocío que humedecían el empedrado de las calles grises cuando -el segundo día del mes- nació un ángel entre adoquines y tilos flameantes de aire gélido.

Su cuerpecito frágil tuvo que hacer frente a la escenografía hostil que le deparaba este mundo de humanos insensiblemente displicentes. Su delicada piel tuvo que

soportar *arrastrones* helados, raspones en su pellejito -que, como todo recién nacido, es un sesenta por ciento más delgado que el del común de los mortales adultos-, raspones que sangrarán en el momento y cicatrizarán más adelante, dejando sensibilidad absoluta en ese cuero curtido.

La fontanela posterior está en la nuca, es una de las zonas blandas de la cabeza del recién nacido que desaparecen cuando el cráneo se termina de cerrar, tiene forma de triángulo y una extrema sensibilidad. Los golpes callejeros, la falta de cuidados y los fríos permanentes hicieron que esta bebé no pudiera desarrollarse normalmente y acarreará diversos trastornos físicos y mentales, que adquiriera -sin elección- alteraciones a la salud que la acompañarán por el resto de su vida.

A los ocho meses llegó a Hospital de Niños Sor María Ludovica, la atendieron y la llevaron al Noel Sbarra (ex Casa Cuna). Quien la había traído al mundo la dejaba allí con tan sólo 5 kilos y un maltrato esperando ser curado. Keila Nahiara estaba desnutrida, con la piel dañada y con dificultades para respirar y tragar. Pero su corazón latía más fuerte que nunca. Creció con disartria que endureció los músculos de la carita, con anquiloglosia que dificultó su habla, con hipersensibilidad auditiva y con retraso madurativo.

Pero dentro suyo se estaba forjando un ser guerrero y luchador, un corazón valiente con ánimo para sobre-

vivir y ferocidad angelical para hacer frente a todo lo que vendría. Simplemente porque su corazón sabía que alguien la estaba esperando, su alma entendía que su lugar estaba siendo acondicionado, que su futuro estaba firmemente asegurado y para ella. ¿Que estaba sola? ¿Quién dijo eso? Keila nunca estuvo sola porque su mamá estaba en camino. El vínculo estaba creado, como la leyenda oriental del lazo que une almas gemelas, un hilo azul mantuvo unida a Keila con su verdadera madre.

Más adelante fue derivada al Hospital Neuropsiquiátrico Infantil de Olmos donde viven una veintena de chicos con discapacidad. Allí esperó a su madre.

Encuentro

–Cumplimos 34 meses –dice Lola Ramone.

¿Quién es Lola Ramone? Irene Lugo. Le gusta el punk y es fanática de los Ramones. Lola es su apodo y es en homenaje a un tema, justamente, ramonero.

–No me gusta contar años, pero nos encontramos cuando ella estaba por cumplir cuatro y hoy tiene seis más uno –agrega sonriente.

Cuenta meses, no años. El amor de una madre es amor *antes* de la primera vista. En este caso, casi 48 meses antes, cuando Kei recién nacía. El cerebro de Lola empezó a producir cantidades cada vez mayores de oxitocina, la “hormona del amor”. Como un cuento de hadas, mágicamente se encontraron. Esos dos seres perdidos en el mundo encontraron el porqué de sus existencias. Del otro lado del lazo azul estaba, sí. Su madre. Su hija.

Ahí, en el hospital hogar que está detrás de la cárcel de Olmos, Keila esperaba ansiosa comer pochoclos y disfrutar una peli en un contexto duro, donde convivía con chicos con trastornos muy profundos, en condiciones precarias. Lola se acercó y su corazón latió desencajado, sus sentimientos perdieron el eje, sudorosa se acercaba a lo que -creía- sería una tarde más. Pero no, algo más estaba sucediendo y las dos lo sentían. Algo se aproximaba.

El retraso madurativo de Keila había avanzado lo suficiente como para impedirle el habla y la motricidad “normal”. No comía sólidos, ni controlaba esfínteres. Con todas sus dificultades se acercó a su madre la que, sin ser plenamente consciente, la había estado buscando.

-Y ella me eligió, era tan chiquita y lo hizo -cuenta Lola y sigue-, yo la abracé y le hice upa.

No se soltaron más. Se amaron antes de verse. Se cuidaron a la distancia. Se conocían, lo sabían, sus caminos se fundieron en uno. Ahora, *la que tiene paz* está junto a *la bella luchadora* y juntas transitarán el camino más bello de todos.

Eran (son) madre e hija, claro. Pero este mundo, donde prima lo material, lo formal, lo escrito, había que exponer todo el amor de Keila y Lola en algún papel. ¿Es posible? ¡Claro que no! ¿Es necesario? ¡Sí! Sobre todo para poder encarar una vida juntas y fuera del hospital, cerca del calor materno, para conocer gente y aprender, de la mano. Las dos.

Así comenzó un largo derrotero de trámites para legalizar una conexión eterna. Que la partida de nacimiento, que el DNI, que un abogado, que un juez, que no hay plata, que sale veinte lucas, que si se quiere cambiar el nombre cincuenta más, que hay que pedir prestado, que estás loca te llenas de problemas, que por qué no te buscás un novio y te embarazás, que sos joven déjate de joder, que rifas para juntar plata, que sorteos de camiseta del Lobo donada por Fito Rinaudo, que canastas navideñas, que el correo, que la Defensoría del Pueblo, que el Registro Civil, que malos tratos, que Gimnasia ayuda, *que es mi hija y lo será por siempre*. Eso sintió y siente Lola que luchó contra viento y marea para conseguir la adopción de Keila.

Desde diciembre del año pasado su hija se llama Keila Nahiara Lugo. Tiene el apellido de su madre.

–El nombre lo respeté porque es su identidad.

Choque y fusión de identidades. Identidad que se constituyó de este lado de las elecciones, con el nosotros luchador, junto al nosotros fiel a una sola razón demente: el amor y la pasión.

–Adoptar es ahijar, que el chico esté en una familia y a Kei la esperaba la familia gimnasta.

En estado de Gimnasia

Ya son tres. ¿Tres? Sí. Keila, Lola y Gimnasia.

Caminan las dos por la avenida Centenario esa que bordea el Juan Carmelo y conecta el monumento con la 60. Lola, mientras avanzan, saca de la campera los carnets de socias para poder ingresar y desenreda los cordones azules de los tapones para los oídos de Kei. Claro, la triperita más chiquita, debe cuidar como cristales sus tímpanos de seda.

–Ella tiene una sensibilidad enorme, quizá dice “ambulancia” y al rato uno escucha que se acerca una –dice Lola–, es impresionante.

Y el Bosque siempre es fiesta, es ruido, bombo, trompeta y carnaval. Por lo que: tapones para los oídos de Keila que salta de alegría al entrar al Templo. Su sonrisa es enorme, sus ojitos brillan como si estuviese mirando por primera vez, nuevamente, a su madre. Se miran las dos. Comparten sentimiento, se funden en un nuevo abrazo. Keila hace un gesto de agradecimiento interminable a ese noble corazón materno que tanto amor le da. Es feliz. Son felices.

Las tribunas explotan de pueblo tripero expectante por el inicio del partido. Olas azules y blancas en las cabezas, en la techada. Mucho ruido y movimiento en el Bosque. Lola atenta a los movimientos de su hija que, antes de entrar, temía al ver una mariposa, un pajarito, o al escuchar el sonido de un auto por haber estado encerrada 4 años en un mismo lugar.

Kei balbucea: "...ese telón no lo pudiste ni estrenar, Verón es fuego". Lola se sorprende y agarra lo que su hija le apoya en la palma de la mano: los tapones de sus oídos. Keila salta, se mueve y continúa cantando: "...ya falta poco para volvernos a ver y corrés de nuevo". Ya no hay miedo. Ya no duele y no va a doler. El amor de madre es el más grande y puro del universo, pero el amor de todo un pueblo gimnasta es aún mayor. Y parte de ese pueblo son ellas dos.

Y el Lobo le ofrece entrar en la burbuja contenedora, su casa, el abrazo más amoroso e inclusivo. Eso es Gimnasia, el que todo lo puede. Ese es Gimnasia, presencia en el camino que eligieron Keila y Lola. Lola, Keila, Gimnasia: estado de adopción eterna.

Cuando se encontraron, Keila e Irene ya se conocían. ¡Más vale, son madre e hija, sus corazones están conectados desde el momento mismo de la concepción! Lo que no conocían era lo que la vida les fue dando a cada una. Irene (Lola), decidió mostrarle su camino, la elección que tomó allá por el '96 cuando, con apenas unos años más que ella, optó por el camino que creyó correcto.

Lola le dio amor pero le enseñó que en nombre de ese sentimiento que parece ser tan abstracto, se pueden lograr grandes cosas. Lola mostró que con paciencia y perseverancia las cosas se logran y lo fue demostrando con pequeños (enormes) actos. Kei aprendió que podía prescindir del pañal cuando su mamá le explicó y le hizo creer que esto era real. Aprendió también a que en la ducha no iba a ahogarse y que en el baño no iba a sucederle nada malo. Costó, claro que sí. Pero ya no hay un paso atrás de estás dos mujeres que aprenden a diario la una de la otra.

En el afán de exponer su vida pre-encuentro divino, Lola le contó sobre su amor por Gimnasia. No tuvo que hacer más que dar el primer paso para que Keila sintiera igual, el Lobo hizo el resto.

Keila practicó un año natación terapéutica en el club, con la profe Flor que la ayudó a sumergirse en el agua sin llorar, a perder el miedo al baño, a respirar mejor, sin sobresaltos ni ahogos. A olvidar y dejar bien atrás las duchas con una manguera y una cuenco de plástico. Kei está naciendo de nuevo, Kei respira Bosque.

Gimnasia le dio la oportunidad de conocer muchos amigos en Iniciación Deportiva, pequeños enanitos de entre dos y siete años que son pura ternura y entrega desinteresada. Todo lo que necesitaba. Allá la llevó Lola cada semana. Verla sociabilizar, hacerse entender cada vez con menos gestos y más palabras le infló el pecho de emoción y orgullo. Y que sea Gimnasia y su gente la que le inyecta vitalidad, no tiene explicación.

Keila siguió yendo a natación, pero libre, ya no terapéutica y en la pile de lobitos. Este año fue a lo profundo de la pileta grande y nadó sola. Gimnasia y Lola le dan una seguridad que nunca antes tuvo, le dan el amor que no había tenido la posibilidad de experimentar. Keila camina segura, avanza en su nueva existencia de la mano de su madre y apoyada en los cimientos firmes y fuertes que el Lobo le dio. Son un tridente indestructible.

–Lo adoptó ella también, lo tiene incorporado, lo siente –dice Lola sumergida en litros de lágrimas de felicidad–. Ella siente Gimnasia de una manera que a mí me vuelve loca, me fascina.

Iba a un jardín de Los Hornos que de integración tenía poco, Lola no soportaba más ver el cuaderno de tareas en blanco, por lo que decidió hacerle caso a los profes de iniciación deportiva del Lobo y se contactó con el Representante Legal del club para barajar la posibilidad de que Keila entrara al Jardín de Infantes de Gimnasia y Esgrima y posteriormente a la Escuela René Favaloro. No hizo falta contarle la historia de la nena, ni ofrecer recomendaciones, ni insistir demasiado. El club le abrió las puertas y fue la única institución que no puso condiciones a la inscripción de Keila, fue en el único lugar donde no existió discriminación.

–Amo a Gimnasia y más desde que nos dio esta oportunidad.

Hoy Keila tiene seis años más uno y va a primer grado de la escuela primaria de Gimnasia. Se levanta a diario a las 4 de la mañana porque entra a las 7 y media en Berisso y desde Olmos tiene un viajecito. No le importa, se levanta, se ducha y canta “Dale Lobo” en el baño. Sale a la calle y si todavía es de noche, alza la mirada y si hay luna llena le pide a su mamá una foto con el sol tripero. Sale a las 4 de la tarde del colegio. Ahí come, aprende y es feliz. En la René Favaloro le enseñan los verdaderos valores, los más honestos del mismo camino de su madre. Ahí también respira Gimnasia, vive Gimnasia.

–El transportista de la escuela me dijo: llego hasta 152, y yo estoy en casi 200.

Día a día Lola la espera ansiosa en 152, llueve o truene, porque primero su hija, primero su educación, su vida y su felicidad.

Hace unos días Keila llevó a su casa el “cuaderno viajero”. La tarea consistía en dibujar y pintar dos objetos que empezaran con la misma inicial de su apellido: “Lugo”. El cuaderno volvió a la Favaloro con un Lobo y una Luna coloreada con lentejuelas azules y blancas que sobraron del traje que usa esta tripera para *murgear* con “La 60 y 118”.

Irene le mostró su vida, le enseñó de amor, pasión e igualdad. Ella, la Mujer Gimnasta 2016, así reconocida por la Comisión Directiva, es una madraza. Ella le enseñó a su hija a dar. Por eso, Kei llega a su casa semana tras semana sin su pulserita de goma azul y blanca.

–¿Adónde dejaste la pulsera?

–La regalé

–¿Por?

–Porque no tenían.

La bondad de estas dos mujeres no conoce de límites y ya están en búsqueda de un fabricante de pelucas. Sí, donarán cuarenta centímetros de los muchos que mide el pelo de Keila para “prestarle” a alguna nena a la que la maldita enfermedad se lo haya quitado.

No conocen límites para su bondad, no conocen límites para su amor, su honestidad, solidaridad y pasión exorbitante. No conocen de etiquetas, ni de catalogaciones. Ellas se aman. Ellos. Ellos son tres: Keila, Lola y Gimnasia.

Si alguno de los que está leyendo esto quiere conocerlas vaya a los jardines del Bosque, cualquier fin de semana, juegue o no juegue el Lobo. Ahí estarán ellas, juntas, de la mano, creciendo, amándose, respirando Bosque.

ÍNDICE

1 EL DUEÑO DEL CAPRICHOS MÁS GRANDE	7
2 UN FANÁTICO RACIONAL	25
3 EL BOSQUE HABLA Y ELLA ES SU VOZ	43
4 CIEGA RAZÓN DE VIVIR	65
5 EN LAS SOMBRAS DEL BOSQUE	81
6 EL CROMOSOMA G DE LAS LOBIZONAS	101
7 EL CRIADOR DE FANTÁSTICAS REALIDADES	119
8 EL FAN DE SU MEJOR AMIGO	133
9 ATRAPADO EN LIBERTAD	151
10 ¿BARRABRAVA QUIÉN?	173
11 SE ELIGEN Y RESPIRAN BOSQUE	181

